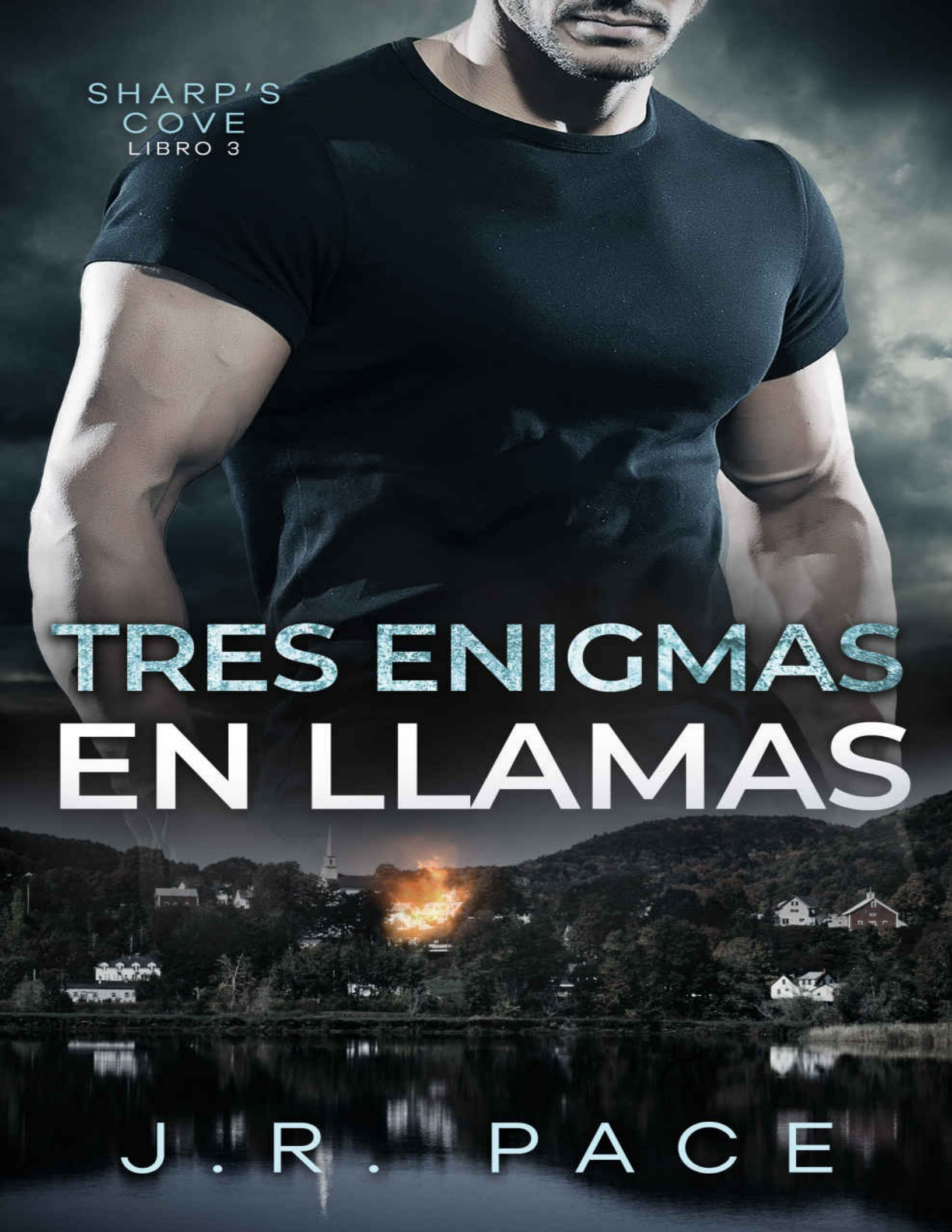

SHARP'S
COVE
LIBRO 3
TRES ENIGMAS
EN LLAMAS
J. R. PACE

TRES ENIGMAS EN LLAMAS

LIBRO 3 DE SHARP’S COVE

J.R. PACE

Tres enigmas en llamas

Copyright 2021 J.R. Pace

Copyright 2023 J.R. Pace, por la traducción

Título original: Three Times Ablaze

Traducción de V. Sellés

Edición a cargo de Ana Vacarasu

Diseño de portada de Maria Spada

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma digital o impresa.

Advertencia: esta es una obra para adultos. En ella aparecen temas que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Adelanto: libro 1 de la serie Mont Blanc
Agradecimientos

1



Jessy

Jessy Long corrió con todas sus fuerzas, ignorando el ligero dolor en su costado, que amenazaba con volverse un pinchazo en toda regla. Llevaba aproximadamente veinte minutos de su carrera diaria de cuarenta. No es que le gustara particularmente correr, pero era una de las cosas que le ayudaba a estar en forma para hacer lo que realmente disfrutaba, que era pasar tiempo en el agua con sus tiburones.

En realidad, no eran sus tiburones, pero resultaba difícil no pensar en aquel clan en particular como si fuera un poco suyo, pues había invertido todas sus horas disponibles de los últimos cinco meses siguiéndolos de acá para allá. Hasta entonces, había marcado a siete miembros del clan. Había supuesto que se mudarían hacia el sur a finales de verano, pero ya era octubre y aún no habían manifestado intenciones de irse a ninguna parte.

Se estremeció con el aire frío de la tarde y se subió hasta el cuello la cremallera de su anorak negro. Para distraerse del dolor de su costado, se dedicó a admirar el muelle renovado hacía poco. A aquella hora del día, los pescadores y los pocos turistas que quedaban se habían marchado a casa o habían vuelto al hotel.

Jessy prefería correr por la playa, pero cuando la marea estaba alta, correr por el muelle era una alternativa más segura. Antes solía ir al bosque que había a las afueras de la ciudad, pero desde que su amiga Emma se había convertido en la rehén de un loco dos meses atrás, que la había llevado allí, Jessy no se había animado a poner un pie en el bosque.

De pronto, oyó un aullido estrangulado frente a ella. Sonaba como algún tipo de animal. Fue tan leve que casi no lo escuchó por encima del ruido de las olas que golpeaban el muelle. Avanzó un par de pasos más corriendo y luego se detuvo en seco cuando lo oyó otra vez.

«No es un animal. Es una persona».

El sonido se escuchó de nuevo.

«Viene de debajo del muelle».

Jessy se acercó al borde, cautelosamente, con la mirada aún fija en las altas olas que rompían contra los lados del muelle. Nunca había tenido miedo del agua, pero sentía un sano respeto por el océano. Y allí, agarrándose a la parte inferior del muelle, vio a un hombre siendo golpeado por las olas.

Sus ojos se encontraron y el hombre abrió la boca, desesperado, justo cuando una gran ola impactaba contra él. Su cabeza se sumergió durante unos momentos, pero no se soltó de la roca. Cuando la ola remitió, su cara volvió a aparecer. Escupió y estuvo a punto de soltar su agarre.

—¡Aguanta! ¡No te sueltes! —gritó Jessy.

Miró a su espalda, con la esperanza de que hubiera alguien allí, pero el muelle estaba desierto.

«La única noche en la que dejo el teléfono cargando en la mesilla de casa».

Su mente de científica intentó abordar el problema de un modo racional. Sabía que era una locura meterse en el agua sin hacer sonar la alarma antes. Así era como se ahogaba la gente.

«Pero ese hombre no va a poder aguantar mucho más».

«O te metes ahora, o se va a ahogar».

Con la decisión ya tomada, Jessy corrió hasta la boya de rescate más cercana, alegrándose de que el muelle estuviera lleno de ellas y regresó a toda prisa. Se quitó el anorak, las zapatillas y los calcetines, con un ojo aún clavado en el hombre para no perderlo de vista. Caminó directamente hacia el borde, sintiendo la madera fría y mojada bajo sus pies.

Envolvió el cordel del aparato de flotación en torno a su mano y se sumergió limpiamente, cortando el agua como un cuchillo. Jessy no era una gran corredora, pero en el agua se encontraba en su elemento. Permaneció sumergida durante el mayor tiempo posible, nadando paralela al muelle en dirección al hombre, pero sin acercarse a las rocas todavía. Arriba rugía el viento, pero allí abajo todo iba un poco más lento y el mundo estaba en calma.

Esperó el momento en el que acababa de pasar la última ola, para salir. La espuma la golpeó en el rostro y se frotó los ojos para no quedarse ciega. Luego nadó con fuerza hacia el lugar donde había visto al hombre, empujando la boya de rescate por delante suyo. Por fin, estuvo lo bastante cerca para agarrarse a las rocas junto a él.

—Por favor —balbuceó el hombre. Jessy pudo verle bien por primera vez. Era mucho más joven de lo que había supuesto al principio; un chico más que un hombre, de dieciséis o diecisiete años, como mucho. Y a pesar de que era más alto y grande que ella, vio que se encontraba exhausto, agarrándose a la roca por pura determinación.

—Voy a sacarte de aquí —dijo en lo que esperaba que fuera un tono tranquilizador. Empujó la boya de rescate hacia él—. Agárrala.

Él sacudió la cabeza y se aferró a las rocas con más fuerza, temblando.

Jessy se dio cuenta de que tendría que convencerle de que se soltara. Las olas estaban embistiéndolos y por muy buena nadadora que fuera, ella también acabaría exhausta si seguían allí mucho más tiempo.

En ese momento, otra ola más grande que la anterior los golpeó. El chico se soltó de las rocas. Jessy se zambulló tras él y consiguió agarrarle del pelo antes de que se hundiera. Tiró con todas sus fuerzas.

—Vamos —dijo, apretando la mandíbula—. Vamos.

Por fin, su cara estuvo fuera del agua otra vez. El chico no gritó ni hizo ningún ruido, solo se contrajo en dolorosas arcadas.

«Al menos ya no tienes que convencerle de que se suelte de las rocas».

Tiró de la parte superior de su cuerpo y colocó sus brazos en torno a la boya de rescate.

—Agárrate ahí —le ordenó—. Prometo llevarte de vuelta.

Alzó la cabeza para buscar la escalerilla más próxima. Estaba a solo cincuenta pies de distancia, pero podrían haber sido cincuenta millas.

«Lo primero es lo primero, alejarnos de las rocas. Luego me preocuparé de la escalera».

Nadó con fuerza, pero sus piernas se movían con lentitud. Podía sentir cómo temblaba mientras su cuerpo trataba de generar algo de calor. No estaba acostumbrada a estar en un agua tan fría sin su traje de neopreno.

Jessy se esforzó por mantener su cabeza y la del joven por encima del agua. Aunque estaba consciente, el chico no hizo ningún movimiento para ayudarla o entorpecerla, se limitó a agarrarse a la boya de rescate con todas sus fuerzas.

Jessy hizo girar al chico justo cuando otra ola les golpeaba, acercándolos de nuevo a las rocas, peligrosamente.

De pronto, oyó un grito.

—¡Jessy!

Levantó la cabeza con dificultad, para mirar al muelle. En el borde había un hombre alto y corpulento. Jessy reconoció a Darryl Berner, el jefe de los bomberos de la ciudad y su pesadilla personal desde que había llegado a Sharp’s Cove.

Que no sintiera su irritación habitual al verle, fue una prueba evidente de lo asustada que estaba.



Darryl

El corazón de Darryl Berner casi se detuvo cuando vio el pequeño montón de ropa en el muelle. Reconocía ese anorak de running de color negro. Parte de él supo, de forma instintiva, que Jessy estaba en apuros, incluso antes de verla en el agua.

Furioso, Darryl saltó de un pie a otro para quitarse las botas y luego se inclinó hacia adelante para deshacerse de su camiseta.

Se forzó a respirar de forma acompasada. A Darryl también se le daba bien compartimentar. Primero sacaría a Jessy del agua y luego le preguntaría en qué diablos estaba pensando para meterse allí.

Mantuvo la mirada fija en las dos figuras que había en el agua, las cuales se estaban acercando peligrosamente a las rocas y se zambulló. Emergió rápido y nadó hacia ellos. Darryl nunca podría haberse convertido en nadador profesional —era demasiado corpulento para ello— pero en aquel momento nadó con fuerza, usando sus grandes manos y los largos brazos como remos para impulsarse por el agua.

Por fin estuvo lo bastante cerca para lograr ver a la otra persona que estaba con Jessy. Era un chico joven. Darryl supo que estaba vivo por cómo agarraba la boya y por el ligero gimoteo que se le escapaba a cada pocas respiraciones, pero era Jessy la que mantenía su cabeza fuera del agua.

Lanzó una mirada rápida en su dirección. La veía exhausta, pero por lo demás parecía estar bien. Darryl comprendió que había saltado al agua para salvar al chico.

—Yo lo llevaré —gritó Darryl para que ella pudiera oírle por encima del ruido del viento y del mar.

Jessy asintió agradecida, pero no dijo nada más. Por una vez, no parecía molesta al verle.

«Debe de estar realmente agotada».

Darryl se colocó detrás del chico y pasó el brazo derecho por debajo de uno de sus hombros, inclinándole contra su pecho. Mantuvo los ojos fijos en Jessy, en busca de algún indicio de que estuviera en apuros. En su fuero interno sabía que, si tenía que hacerlo, soltaría a aquel chico para salvarla a ella. Rezó porque no fuera necesario.

No tendría que haberse preocupado. Jessy se movía bajo el agua más como un pez que como una mujer. Darryl vio sus pies pálidos elevándose muy alto en el aire, antes de desaparecer bajo el agua.

Nadó con fuerza hacia la escalerilla, concentrándose en mantener la cara del chico por encima del nivel del agua. Era un atleta de primera, pero le estaba resultando difícil avanzar. No estaba seguro de que Jessy lo hubiera conseguido, pero había algo que sabía con seguridad: aquella mujer cabezota jamás habría dejado que el chico se ahogase.

Alcanzó la escalerilla solo una brazada por detrás de Jessy.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó. Le castañeteaban los dientes.

—¿Qué tenías pensado hacer tú? —preguntó Darryl con sorna.

Jessy bajó la cabeza, humillada. Darryl sintió una punzada de vergüenza.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar. ¿Crees que podrás subir sola? —Esta vez Darryl habló con más amabilidad.

—Yo… creo que sí. ¿Pero él cómo va a?...

—Lo sacaré, lo prometo. Una vez que estés fuera.

Jessy asintió y empezó a subir. Su pelo oscuro y liso caía sobre su espalda; le llegaba casi

hasta la cintura. Darryl nunca se lo había visto suelto antes, porque siempre lo llevaba recogido en una cola de caballo. Cuando ascendió otro peldaño pudo ver con claridad la forma de su culo bajo los pantalones negros y ceñidos.

«¿Eso es un tanga?».

Darryl sintió un estremecimiento entre las piernas. Un detalle llamativo, pues tenía tanto frío que no sabía si lograría volver a encontrar sus pelotas alguna vez.

El viento se volvió más intenso. Jessy se balanceó momentáneamente y Darryl sintió una punzada de miedo.

—Estoy bien —le dijo.

—Lo estás haciendo genial —le confirmó Darryl—. Sigue, Jessy.

Por fin, Jessy alcanzó el borde. Su rostro en forma de corazón les observó desde arriba.

«Mi turno».

Darryl sujetó al chico entre sus brazos. Este tenía las extremidades muy largas y aún estaba aferrando la boya; a menos que estuviera dispuesto a arrancársela, Darryl iba a tener que subirle con ella.

Darryl había ascendido miles de escalerillas a lo largo de su carrera. Como parte de su adiestramiento, pero también en situaciones de vida o muerte. Se alegró de su buena condición física y de su entrenamiento, pues gracias a ambos fue capaz de colocar su hombro bajo la cintura del chico y empezar a subir. En el agua, el muchacho no pesaba nada, pero Darryl sabía que en cuanto salieran fuera, la cosa cambiaría. Pasó un brazo por los muslos del chico y se enganchó con el otro brazo libre a la barandilla, impulsándose con una sola mano.

Mientras emergía del agua, sus pesos combinados se incrementaron hasta parecer toneladas. Pesaba más de lo que Darryl había supuesto cuando le había visto en el agua. Ignoró las olas que todavía les golpeaban, sabiendo que no suponían ningún peligro siempre y cuando no volvieran a caer al agua. Sobre su hombro, el chico gimió.

Apretó los dientes y se concentró en los peldaños finales. Esta era la parte más delicada; tenía que encontrar la forma de que el chico llegara hasta el borde, sano y salvo. Alzó la mirada para hablar con Jessy y vio a Adrian Walsh junto a ella, con una expresión divertida en el rostro.

—Le cogeré a la de tres, jefe.

Darryl sonrió.

—A tiempo como siempre, Walsh.

Darryl apoyó las piernas del chico firmemente sobre la escalerilla. Tras contar hasta tres, empujó los brazos del muchacho hacia Walsh mientras se sujetaba a la escalerilla con la otra mano. Una vez que Walsh hubo alzado al chico, Darryl se quedó libre y pudo subir.

El viento soplaba con fiereza y le puso la piel de gallina. Darryl buscó a Jessy. Aún estaba de rodillas junto al muchacho, con el agua goteando sobre el suelo.

—La ambulancia está de camino, jefe —dijo Walsh. Había puesto al chico de lado, por seguridad, a pesar de que parecía estar respirando bien.

—Quédate con él, por favor —le pidió. Se acercó a Jessy y le tendió la mano. Ella la tomó sin rechistar.

«Eso es poco habitual».

La envolvió en un abrazo. Estaba helada. Por un momento, Jessy pareció fundirse contra su cuerpo. Luego sus músculos se pusieron rígidos y se apartó de él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Parecía que tuvieras frío, encanto —bromeó.

—Pero tú no eres una toalla —replicó ella.

—Quítate ese top mojado —le dijo—. Vas a coger un resfriado.

Jessy le sorprendió haciendo lo que le pedía, revelando un sujetador negro de running. Darryl no pudo evitar preguntarse si todo lo que llevaba era negro. Podría haberla estado admirando durante horas, pero no podía soportar ver su piel de gallina.

Darryl cogió su propia camiseta y la utilizó para secarle los brazos y la espalda, asegurándose de no tocarla en ningún lugar inapropiado. Jessy exhaló un suave siseo a medio camino entre el dolor y el placer.

—¿Mejor? —preguntó Darryl. Ella asintió.

—Gracias —dijo con tranquilidad.

—Solo es una camiseta.

—Sabes a qué me refiero. Gracias por saltar al agua a por nosotros —dijo temblando.

Darryl encontró el pequeño anorak de Jessy en el suelo y se lo puso sobre los hombros, pero aquella ligera pieza de ropa estaba diseñada para proteger del viento, no del frío.

Se agachó para coger su sudadera y se la encasquetó a Jessy antes de que esta pudiera abrir la boca. Era una mujer alta, pero aquella prenda la hacía parecer pequeña.

—Tendrás frío —dijo Jessy.

—Seguro que estaré bien, encanto. —No pudo evitar flexionar los músculos de sus brazos mientras se ponía la camiseta húmeda. Literalmente, era capaz de oler su perfume delicado y dulce en el tejido. Le hizo desear abrazarla de nuevo.

Jessy puso los ojos en blanco, irritada.

«Ahí está. Eso ya es más normal».

Estiró la camiseta para cubrir sus pectorales y alzó la mirada hacia ella.

—Dime, ¿qué diablos pensabas que estabas haciendo?

En lugar de achantarse, Jessy se irguió en toda su altura. Incluso con aquella enorme sudadera, parecía esbelta y elegante. Le enseñó los dientes.

—Pensé que estaba bastante claro. Estaba salvándole la vida a ese chico.

2



Jessy

Si le hubieran dado un centavo cada vez que alguien le preguntaba cómo era pasarse todo el día en el agua, Jessy habría sido rica como Creso. A menudo tenía que recordarle a la gente que no trabajaba en un acuario. Aunque fuera bióloga marina, había semanas en las que apenas veía el agua.

La mayor parte de su trabajo la obligaba a estar pegada al ordenador, bien en el laboratorio del Atlantic Shark Institute, dos horas al norte de Sharp's Cove, bien tecleando desde su coche. Había comprado una bandeja que se enganchaba al volante y le ofrecía una superficie plana para apoyar el portátil. Incluso tenía una pequeña impresora que podía conectar en el asiento de atrás, para cuando tenía que leer algo y sentía la vista cansada. De haber sabido que iba a pasar tanto tiempo en su coche, quizá habría elegido un modelo más grande en vez de aquel pequeño deportivo Audi TT, pero le encantaba su diseño negro y elegante. Por eso solía aceptar de buen grado aquellas incomodidades.

Buena parte de su trabajo consistía en analizar datos. La estadística era algo que en sus días de estudiante simplemente toleraba, pero que había terminado apasionándola. Sin embargo, nada podía superar la emoción de meterse en el agua con los tiburones. Jessy se acercó al maletero y hurgó en busca de su apreciado traje de neopreno. Se desvistió hasta revelar su traje de baño de licra y se lo puso por encima. No hacía tanto frío como para llevar un traje de licra completo de manga larga, pero este facilitaba mucho ponerse el neopreno. Además, odiaba el contacto directo de aquel material sobre su piel.

Normalmente, cuando entraba en el agua, lo que más le apetecía era ver a los tiburones. Con el paso de los meses se había acercado lo bastante a aquellos siete animales como para sentir que había aprendido algo de cada uno de ellos. En esta ocasión, sin embargo, esperaba no encontrarse con Victor.

Victor era uno de los primeros tiburones que Jessy había marcado al mudarse a Sharp's Cove, hacía casi seis meses. Por aquel entonces, medía once pies de largo y pesaba lo mismo que un toro. Ahora sería todavía más grande.

Las etiquetas que utilizaban ella y su equipo eran de última generación, una combinación de *Smart Position* y *Temperature Transmitting* (SPOT), un receptor acústico y transmisores que intercambiaban información cada vez que se encontraban cerca. Las etiquetas SPOT transmitían una señal al sistema de satélites más próximo, cada vez que la aleta dorsal emergía del agua; algo que Victor no había hecho en más de tres días.

Eso no era tan raro. En contra de la creencia popular, los tiburones no siempre nadaban con la aleta dorsal fuera del agua. Preferían quedarse a media profundidad o incluso bastante cerca del fondo. Lo que sí era extremadamente extraño era que, durante los últimos dos días, la etiqueta de Victor hubiera permanecido en el mismo punto del lecho marino. Jessy lo sabía porque su receptor había sido activado muchas veces por el de otros tiburones que pasaron cerca de la zona.

Las cosas no pintaban bien para Victor, pero Jessy no quería sacar conclusiones precipitadas. Tenía que ir allí y comprobar qué estaba ocurriendo.

Jessy ajustó el receptor a su muñeca. Aunque era más grande que cualquier reloj de mujer, le permitía ver la localización de la etiqueta en tiempo real cuando estaba en el mar.

Echó el seguro al coche y guardó el llavero en el pequeño bolsillo impermeable cerca de su cadera. Luego llevó el equipo hasta el embarcadero, donde estaba amarrada su moto acuática. El

espacio de carga era limitado, así que se limitó a lo básico: aletas —porque odiaba bucear sin ellas—, máscara, arnés y un tanque de oxígeno pequeño, con el que aguantaría unos veinte minutos. Pensaba usar mucho menos.

Se sentó a horcajadas sobre la moto, encendió el motor y sintió un enorme placer al oírla ronronear. La había enviado a revisar hacía poco, tras ponerla al límite durante el verano pasado llevando tres personas encima, cuando tuvo que sacar a Rob y a Emma de una situación crítica. Ahora, la moto estaba como nueva.

Sus músculos estaban tensos tras los acontecimientos del día anterior. Había empezado a pensar en el muchacho —tanto él como sus padres la habían llamado para darle las gracias y decirle que ya le habían dado el alta en el hospital—, pero sus pensamientos enseguida se centraron en Darryl.

La imagen de los músculos de sus brazos grandes y poderosos, y la forma en que subió la escalerilla con el chico cargado al hombro, no era algo que fuera a olvidar pronto. Sin asomo de duda, era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Recordó la facilidad con la que había luchado contra la corriente con el muchacho en brazos y cómo sus ojos castaños y cálidos no la habían perdido de vista en ningún momento. Lo segura que se había sentido desde el momento en que le vio.

Jessy sacudió la cabeza para alejar aquel pensamiento inoportuno de su cabeza. Darryl Berner era un idiota pretencioso, como le había demostrado el día que ella llegó a la ciudad. Lo mejor que podía hacer era permanecer lejos de él.

El receptor de su muñeca le advirtió que se estaba acercando.

«Concéntrate, Jessy».

Tiró del acelerador con suavidad para dejarlo en posición neutra. Cuando la moto se detuvo por completo, Jessy se giró para ponerse las aletas y preparar el equipo. Se alegró de haber practicado gimnasia, de niña, pues no había una forma fácil de llevar a cabo aquella operación, subida a una moto acuática. Izó su bandera de buceadora y se aseguró de que estaba bien visible; lo último que quería era que alguien encontrara su vehículo y pensara que estaba abandonado.

Después cogió el teléfono y marcó el número de Rachel.

—¿Jessy? ¿Ya has llegado? —preguntó Rachel. Como siempre, pudo detectar la sonrisa en la voz de la joven. Rachel se había unido al Atlantic Shark Institute hacía seis meses. Era inteligente, dedicada, y una optimista inquebrantable. Jessy confiaba en que se convirtiera en un miembro del equipo a jornada completa, en cuanto terminara su doctorado, la próxima primavera.

—Hola, Rachel. Estoy justo encima, sí, preparándome para la inmersión. Tardaré solo unos minutos.

—Comprendo. Me quedo a la espera. —Hubo una breve pausa y Jessy estuvo a punto de colgar—. Estoy segura de que se encuentra bien, Jessy.

Jessy no estaba tan segura, pero igualmente agradeció el pensamiento positivo.

—Lo sabremos muy pronto. Gracias, Rachel.

Jessy tomó una profunda bocanada de aire y permaneció sobre la pequeña plataforma que tenía la moto en la parte trasera. Ajustó las correas de su arnés y se puso el regulador en la boca. Sosteniendo la máscara con la palma de la mano, alzó una pierna y, con un movimiento fluido, saltó al agua. Infló su dispositivo compensador de flotabilidad y comenzó a descender lentamente.

Todo parecía más claro cuando se sumergía. El mundo exterior pasaba a un segundo plano. Los buceadores a menudo hablaban del sentimiento de paz y serenidad que les producía estar allí

abajo, pero para Jessy, lo más impactante era la sensación de ingravidez. Bucear le ayudaba a concentrarse; le recordaba por qué hacía lo que hacía. Allí abajo era imposible no sentir la necesidad de proteger el ecosistema marino, que albergaba tanta vida.

Planeó cerca del fondo, con cuidado de no molestar a las mantas raya que se arrastraban por el lecho marino donde se concentraba el plancton. No había señales de Victor o de cualquier otro tiburón blanco. Bajó la mirada a su receptor, guiñando los ojos para ver la pantalla.

«Tiene que estar aquí».

Con una rápida sacudida de aletas, giró en el agua y recorrió de nuevo la zona, con paciencia. Por fin lo vio —una caja negra y roja, un poco más pequeña que su smartphone— y lo cogió con rapidez.

«¿Dónde está Victor?».

Jessy agarró el dispositivo. Su corazón se aceleró al pensar en la información que contenía. Cada vez que el aparato emergía a la superficie, algunos datos eran transferidos vía satélite. Pero había mucha más información almacenada: datos que tanto ella como su equipo raramente analizaban, pues no esperaban recuperar aquellos transmisores de nuevo.

A pesar de las ganas que Jessy tenía de volver al coche y enchufarlo, su adiestramiento le había enseñado a ser paciente. Liberó una pequeña cantidad de aire para no ascender demasiado rápido y volvió a la superficie con lentitud.

Emergió a la sombra de su moto acuática y colocó el dispositivo en el espacio para las piernas mientras se quitaba el equipo de buceo y volvía a subir al vehículo. Tembló un poco al sentir la brisa; el neopreno la protegía del frío viento, pero sus manos y su cabeza estaban al descubierto.

Ignorando la sensación, Jessy cogió el teléfono y llamó.

—Lo tengo —dijo.

—Dios, Jessy, estábamos empezando a preocuparnos —clamó una voz que no era la de Rachel. Pertenecía a Tom.

Tom Rankin era uno de los especialistas en conservación marina más respetados del mundo, un peso pesado de su profesión, un hombre que había pasado casi toda su vida en el agua. Cansado de lo que denominaba «generación de científicos de Instagram», más interesados en subir fotos a la red que en la ciencia, y que se ponían en peligro tanto a ellos mismos como a los tiburones con los que trabajaban, había fundado el Atlantic Shark Institute hacía cinco años, para que los animales siguieran siendo el foco de la preservación. Todos los miembros de su pequeño equipo habían aceptado no abrir cuentas en Instagram, TikTok u otras plataformas similares. Probablemente esa era una de las primeras cosas que a Jessy le habían atraído del instituto, cuando consiguió su doctorado.

—¿Se encuentra bien? —dijo una voz suave al fondo. Jessy reconoció la voz de Lyle.

Lyle Galen era la primera persona que Tom había reclutado para el instituto. La mayoría de la gente de su sector acudía atraída por su interés por los animales y con el tiempo aprendía a trabajar con números por necesidad, pero Lyle había experimentado el proceso inverso. Llegó con un doctorado en informática, así que primero descubrió los números y luego los tiburones. En lo que a Jessy respectaba, eso le convertía en alguien a quien convenía tener cerca.

—¿Acaso es viernes hoy? —protestó Jessy. Al igual que ella, Lyle vivía en otra pequeña ciudad costera. La suya estaba al norte del instituto, allí donde se había establecido otro cardumen de tiburones. Cada viernes, el equipo al completo se reunía y pasaban la mañana juntos. Esa era una de las pocas reglas que Tom les imponía.

—Dile que tenía que venir a actualizar uno de los ordenadores, pero que no me perderé la

reunión el viernes.

Jessy esbozó una pequeña sonrisa.

—Dile a Lyle que le oigo perfectamente. —Mientras hablaba, se dedicó a retirar la bandera y guardar el equipo de buceo.

—¿Lo encontraste? —preguntó Rachel.

—Sí. —Jessy se inclinó sobre el hueco para las piernas de la moto acuática y tomó el dispositivo, con delicadeza—. No parece estar dañado. No estoy segura de cómo ha podido desprenderse.

—Ocurre a veces —le recordó Tom.

Jessy lo guardó en el pequeño espacio junto al salpicadero.

—Lo llevaré al coche y empezaré a descargar los datos.

—En serio, Jessy, me duele la espalda solo de pensar en ello —dijo Tom—. ¿Por qué no instalas el ordenador en casa?

—Está bien en el coche. Lo subiré todo a la red para que podamos verlo juntos el viernes.

—¿Puedes venir mañana? —le preguntó Lyle. Estaba ansioso por ver los datos.

—Imposible, lo siento. Por la mañana me han invitado al colegio para hablar de lo que hacemos. No quiero fallarles a los niños.

—¿En serio? Pensaba que eso era algo que hacían los padres, normalmente.

Cuando escuchó a Rachel, el corazón de Jessy se encogió. Era un dolor familiar, pero al mismo tiempo inesperado. En el pasado, Jessy había deseado formar una familia. David y ella habían llegado a planear cuándo empezarían a tener hijos. Pero eso nunca llegó a ocurrir. Jessy intentó mantenerse firme y logró contener el dolor.

«Eso forma parte del pasado».

—Supongo que ninguno de los padres que hay aquí tiene un trabajo tan guay como el mío —dijo simplemente—. Pero iré el viernes.

—Envíanos un mail cuando llegues a tierra firme —le pidió Tom. Jessy sabía por su tono de voz que no era una petición.

—Sí, señor —bromeó antes de colgar el teléfono.

Empujó suavemente el acelerador para encender el motor. Su mente estaba concentrada de nuevo en los datos que podrían descargar del dispositivo.

3



Darryl

—¡Miller! —bramó Darryl, irrumpiendo en la estación de bomberos.

Cada vez que entraba allí, le embargaba una intensa sensación de orgullo. Era un edificio viejo, lleno de historia y tradición, con suelos de madera, casilleros del mismo material y, por supuesto, una barra para deslizarse. Las paredes estaban cubiertas por cuadros de hacía cien años. Y todo estaba impoluto gracias al duro trabajo de su equipo.

Dos rostros le dirigieron la mirada, uno desde la cocina y otro desde la sala común.

—Miller *junior* —aclaró, dirigiéndose al hombre que estaba en la cocina. Jack Miller, el hermano menor de Alex Miller, había sido el último miembro en incorporarse. Aquel día terminaba su periodo de prueba de doce meses. Echó un vistazo al reloj para confirmar la hora; eran las seis y media en punto.

—¿Jefe? —preguntó.

Darryl miró la fregona que llevaba Jack. Durante el último año, el joven había fregado un montón de suelos, como mandaba la tradición, pero Darryl confiaba en que también hubiera aprendido sobre cómo funcionaban y el modo en que prestaban servicio a la comunidad. El trabajo más importante de Darryl era asegurarse de que todo su equipo supiera cómo actuar cuando sonaba la alarma.

—Necesito que me acompañes. —No se le escapó la forma en que los ojos del joven chispearon de emoción—. Vamos a ir a buscar un gatito perdido —añadió. Jack frunció el ceño con sorpresa y quizá algo de decepción, pero no dijo nada.

—¿Debería cambiarme? —preguntó, señalando sus vaqueros.

—¿Puedes trepar a un árbol con ellos?

—Joder, claro que sí.

—Entonces vámonos.

Si a Miller le sorprendió que usaran la camioneta de Darryl, no dijo nada al respecto.

Darryl tomó el camino más largo porque quería darle al resto del equipo algo de tiempo. Podía sentir en el ambiente la pregunta que Jack no tenía valor para plantear. Por fin, aparcó junto al Siren’s Call, uno de los dos bares de la ciudad.

—¿Va todo bien, jefe? —preguntó Miller—. ¿Seguro que estamos en el lugar correcto?

—Me alegra que lo preguntes. Nunca te quedes sin preguntar algo, Miller.

Darryl abrió la puerta y estiró sus largas piernas.

—Vamos, Miller, sal —le dijo, girándose para ocultar una sonrisa. Su idea era seguir con la historia del gatito, pero, justo en ese momento, Adrian Walsh y Alex Miller salieron empujando las puertas. Tras ellos estaba Rob Hope, de la oficina del sheriff.

—Vamos, Miller. ¡Que empiece la fiesta! —gritó Walsh.

—¿Qué…? ¿Qué es esto, jefe? —tartamudeó Miller.

—Ya has oído a Walsh, Miller. Esta noche vamos a celebrar algo importante —dijo Darryl mientras le daba una palmada en la espalda.

Los ojos de Miller se abrieron como platos. Un rubor se extendió por la parte superior de sus mejillas. Por un momento, Darryl pensó que iba a empezar a llorar.

—¿Esto es por mí?

—Venga, Miller, te lo has ganado —dijo Darryl, conduciéndole hacia la puerta. Para cuando entraron, Walsh, Miller y Hope ya estaban sentados en uno de los grandes reservados del fondo. La agente de policía Susan Lopes estaba allí y también estaba Alma, que se encargaba de

coordinar el envío de unidades tanto del departamento del sheriff como del de bomberos y Jonathan, un joven delgado que había empezado a trabajar con Alma recientemente.

Darryl eligió una silla en un extremo, para poder rellenar las bebidas con facilidad.

Unos minutos después, las cervezas campaban a sus anchas. Afra, la propietaria del bar y prima de Adrian Walsh, les sirvió cuencos humeantes de chili vegetariano, preparados especialmente para Jack, que no comía carne. Darryl saboreó aquel mejunje delicioso y picante.

—¿Hay sitio para uno más? —preguntó una voz suave. Darryl alzó la mirada y vio a Emma, la novia de Rob Hope. Hoy llevaba un vestido de un color fucsia chillón—. ¡Felicidades, Jack!

—Gracias, Emma —dijo Miller. Aún parecía algo abrumado por la atención, pero tenía pinta de estar pasándolo bien.

—Emma, siéntate con nosotros, tu novio estaba a punto de cantarnos algo —dijo Darryl, poniéndose de pie para dejarla pasar.

—Está bromeando, no llevamos aquí tanto tiempo para eso. Ven —dijo Rob, mientras tiraba de la mujer para que se sentara sobre su regazo.

Fue entonces cuando Darryl se percató de que algo brillaba en su dedo anular.

—¿Y cuándo pensabais compartir la noticia? —preguntó, enarcando una ceja hacia su amigo. Sabía desde el principio que Rob iba en serio con Emma, por supuesto, incluso antes de que hubiera recibido un balazo por ella, pero… ¿prometidos? Eso sí que era ir rápido.

Durante un segundo, Emma pareció incómoda.

—No íbamos a decir nada esta noche. Hoy la cosa va de Jack.

—Estoy muy contento de compartir la celebración con vosotros, chicos —dijo Jack, levantando la cerveza hacia ellos a modo de brindis. Parecía más aliviado que otra cosa.

—Entonces, parece que estamos en una doble celebración. ¿Qué quieres beber, Emma?

—Una copa de vino blanco, por favor.

—Y pídeme otra cerveza, Darryl, por favor —pidió Susan desde la esquina.

Darryl asintió.

—¿Algo más? —Podía llevar bastantes bebidas en las manos, pero no iba a pedir otra para él. Aún podía aguantar con su cerveza un rato más. Su equipo necesitaba desahogarse, así que él se mantendría sobrio aquella noche por si ocurría algo.

Darryl se dirigió al bar y esperó a captar la atención de Afra. Por fin, esta alzó la mirada, le sonrió y se pasó un mechón de cabello rojo encendido por detrás de la oreja. Aquella mujer era su tipo: tenía las tetas grandes y una sonrisa aún mayor. No le habría importado conocerla mejor, pero no se acostaba con gente con la que trabajaba o con sus allegados; eso solo traía problemas.

A Darryl le gustaba el sexo y lo practicaba a menudo, pero solo con parejas que sabían que él ya tenía una relación —con su trabajo— y no pretendían cambiar eso.

Mientras echaba un vistazo por el bar vio a Brenda, una mujer con la que se había acostado hacía unos meses. ¿De verdad había pasado tanto tiempo? Era una pianista de cierto renombre. Darryl recordaba una sesión de sexo particularmente enérgica en la que Brenda, que era muy flexible, se había apoyado sobre su piano de cola. Habían pasado un buen rato juntos y le habría gustado llamarla para el segundo asalto, pero las circunstancias no se lo habían permitido. Y, a juzgar por el modo protector con el que la agarraba el hombre que iba con ella, ese barco había zarpado.

Cuando sus ojos se encontraron, una sonrisa pequeña y triste se dibujó en los labios de Brenda. Darryl inclinó la cabeza hacia ella en un gesto de reconocimiento.

Por supuesto, sabía que la razón por la cual no la había llamado no era solo que hubiera estado ocupado con el trabajo. Durante los últimos meses no había podido sacarse a una mujer en

concreto de la cabeza. Jessy Long era alta y esbelta. Sus tetas eran pequeñas y no recordaba haberla oído reír en los seis meses que llevaba en la ciudad. Era lo opuesto al tipo de mujer que buscaba normalmente, pero por algún motivo Darryl no podía dejar de pensar en ella.

Sus pensamientos volvieron a la tarde anterior. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando recordó el momento en el que había encontrado el anorak de Jessy tirado en el muelle. No había tenido la menor duda de que Jessy habría salvado la vida de aquel chico o habría muerto en el intento. Recordó la forma en la que se había dejado abrazar después; asustada, aunque solo fuera por un momento. Su miedo había revuelto a Darryl por dentro. Le resultaba algo… inaceptable.

—¿Sabes, Darryl? Deberías acostarte con ella sin más —dijo Afra con un guiño. Señaló las bebidas que tenía frente a él. Darryl se preguntó durante cuánto tiempo se había quedado allí plantado mirando al vacío como un imbécil.

—Ojalá fuera tan sencillo —murmuró.

Había jugado mal sus cartas con Jessy desde el principio. Bueno, quizá no desde el principio. La primera vez, cuando se conocieron, la cosa había ido bien. Darryl iba en su camioneta de camino a la ciudad, con Mabel, el pastor alemán de su tía, en el asiento de atrás. Su tía insistía en que Mabel visitara a una veterinaria amiga suya que vivía en una población cercana. Como ya no veía bien y a Darryl no le gustaba que condujera, él se había ofrecido a llevar y traer a Mabel a sus consultas.

De vuelta del veterinario había visto un coche negro y estilizado a un lado de la carretera, con la rueda delantera izquierda plana como una crepe. A juzgar por su aspecto, el propietario había conducido un buen rato sin percatarse.

«Quizá necesite ayuda».

Darryl levantó el pie del acelerador y puso las luces para informar de sus intenciones a cualquier vehículo que viniera detrás.

—Vamos a hacer una parada rápida, Mabel —informó al perro del asiento de atrás, que agitó la cola en respuesta.

Darryl abrió un poco la ventana trasera para asegurarse de que Mabel tuviera aire fresco y salió de la camioneta. El conductor del otro coche también había salido y observaba con disgusto la rueda pinchada. Mientras se giraba, Darryl se dio cuenta de dos cosas: que tenía un pequeño libro en las manos y que era una de las chicas más guapas que había visto. Era alta para ser mujer, aunque Darryl todavía le sacaba casi una cabeza. Tenía un rostro en forma de corazón y ni una sola impureza en la piel. Entonces se quitó las gafas de sol y reveló unos ojos oscuros y seductores, entrecerrados por la irritación. El corazón de Darryl empezó a bombear más rápido de lo normal.

—Hola —dijo Darryl.

—Hola —respondió ella con cautela. No retrocedió, pero enderezó la columna. Darryl se detuvo a una distancia prudencial; sabía que era un hombre grande y no quería que la mujer se sintiera amenazada.

—Veo que tienes una rueda pinchada —dijo sin necesidad.

—Eh, sí. Estoy buscando el capítulo correspondiente del manual. Tiene que estar aquí, por algún lado.

—Puedo ayudar —se ofreció—. ¿Te importa si miro en el maletero?

—¿En el maletero? —preguntó.

—Probablemente la rueda de recambio esté ahí —le explicó pacientemente.

La mujer frunció el labio inferior, con si estuviera decidiendo si debía o no aceptar su ayuda.

Luego miró algo que había tras él —probablemente a Mabel, que los miraba desde la camioneta — y pareció decidirse.

—Agradecería tu ayuda —dijo.

Darryl vació el maletero —que estaba lleno de piezas de equipaje— y encontró la rueda de repuesto, al fondo. No era una rueda de verdad, sino una de esas ridículas «ruedas de galleta», preparadas solo para llevarte al taller más cercano, pero al menos podría conducir hasta allí. No había gato, así que volvió a su camioneta a buscar uno.

En menos de diez minutos, había cambiado la rueda.

—Vas a tener que conducir despacio e ir directa al taller más cercano. Hay uno en Sharp's Cove, a unas veinte millas de distancia.

Su rostro se iluminó.

—Genial, es justo a donde me dirijo. Gracias por tu ayuda.

Darryl recordó el equipaje que había visto en el maletero.

—¿Te mudas a Sharp's Cove?

—Así es —dijo, dedicándole una pequeña sonrisa—. Al menos temporalmente.

Aquella pequeña sonrisa le cegó. Se preguntó qué aspecto tendría su cara cuando sonriera de *verdad*.

—Bueno, entonces te veré por la ciudad. Me llamo Darryl.

Ella pareció saborear el nombre durante un momento y luego le ofreció la mano con elegancia.

—Gracias, Darryl. Soy Jessy.

Su contacto había sido casi eléctrico. Si se concentraba, todavía podía sentirlo.

Quién sabe qué habría ocurrido si hubiera dejado las cosas así; pero, por supuesto, no lo hizo. Aquella misma tarde, al entrar en el Siren's Call la había visto sentada sola, comiendo un sándwich.

Se había acercado a ella y había iniciado una conversación. En su defensa, Darryl estaba casi seguro de que la atracción era mutua. Si no, no se le habría ocurrido acercarse. Durante un momento, la mujer pareció tomarle en consideración. Después entrecerró sus hermosos ojos. Habló con suavidad, por lo que nadie más pudo oírla, pero Darryl sabía que nunca olvidaría sus palabras.

—¿De verdad piensas que voy a acostarme contigo, simplemente porque esta tarde llevaras un gato en el coche?

Darryl retrocedió como si le hubiera abofeteado y así había sido, en sentido figurado.

Desde entonces, Jessy y él nunca habían mantenido una conversación civilizada.

Darryl sacudió la cabeza para volver al presente. Tenía suerte de no haber dejado caer ninguna de las bebidas, de vuelta a la mesa. Las repartió con rapidez y volvió a coger su cerveza, que ya estaba tirando a tibia.

—He estado pensando —empezó Walsh— que necesitamos un nuevo nombre para ti, Jack. No podemos llamarte simplemente Miller y que os giréis los dos.

Alex Miller encogió sus anchos hombros.

—Yo estaba aquí antes. Mi hermano puede ser «Miller *Junior*»… o «*Little* Miller».

—Que te jodan, Alex —dijo Jack, pero de buen humor.

—¿Qué tal «JMiller»? —propuso Darryl.

—No está mal, jefe —reconoció Jack.

—JMiller, pues.

—Vamos a jugar a los dardos, jefe —dijo Walsh.

—¿No preferís jugar al billar? —preguntó Darryl con sorna.

—No, eres demasiado bueno al billar.

—Es una forma de verlo, Walsh. La otra posibilidad…

—Probemos mejor con los dardos —dijo Susan, acudiendo al rescate de Walsh.

Darryl rio, anticipando con ansia el resultado de la partida. El billar no era lo único que se le daba bien. Iba a patear el trasero de Walsh e iba a disfrutar de cada segundo.

4



Darryl

A las ocho de la mañana, Darryl había corrido cinco millas, se había duchado y se había puesto el uniforme de diario: un polo azul marino y unos pantalones de trabajo. A su lado, en una bolsa, llevaba su equipo de protección personal. Había hecho esto las suficientes veces como para saber que los niños se decepcionarían profundamente si no lo traía consigo. En la otra mano llevaba un taco de papeles para repartir. En la parte superior, en mayúsculas, iban impresas las palabras: «Deberes sobre prevención de incendios en casa».

Aparcó la camioneta a las puertas de la escuela, lejos de los vehículos que hacían cola para dejar a los niños. Entonces vio que alguien más había tenido la misma idea; un pequeño Audi negro. Darryl suspiró. Solo conocía a una persona en la ciudad con un coche así.

Atravesó las puertas principales. Niños de todas las edades corrían en diferentes direcciones, pero se trataba de un caos ordenado. Todos parecían saber a dónde iban. Giró a la izquierda y entró en la zona de primaria, buscando las clases de primer curso.

Entonces vio a Jessy, de pie en el pasillo, junto a una puerta. Cuando le reconoció, frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí? Hasta donde yo sé, no tienes hijos —farfulló.

—Buenos días a ti también, Jessy. Tú tampoco tienes hijos, ¿verdad?

Cuando se dio cuenta de que Darryl tenía razón, su rostro cambió y adoptó una expresión molesta.

—¿También estás aquí para dar una charla? ¿*Hoy*, precisamente? —preguntó. Hablaba en voz baja, casi gutural. Darryl se preguntó, no por primera vez, qué ruidos haría ella en la cama. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. No era algo en lo que debiera pensar en aquel momento, a menos que quisiera hacer el ridículo.

—Ya me conoces, me encanta compartir —dijo en tono de burla.

Ella puso los ojos en blanco.

—Vengo todos los años a ver a los niños de primero. ¿Esta es la clase de Emma?

Jessy se giró para mirar la puerta que tenía detrás. Las palabras «Señorita Farley» estaban escritas en colores brillantes. Cada letra tenía el tamaño de su mano.

—¿Tú qué crees? —preguntó.

Emma —todavía la «señorita Farley», aunque pronto sería la señora Hope— abrió la puerta, lo que le evitó tener que responder. Aquella mañana llevaba una falda púrpura hasta la rodilla con un cinturón rojo y un suéter verde chillón. Aquella combinación, que sonaba absurda, pero que le quedaba genial, destacaba aún más en contraste con el conjunto de Jessy. Como siempre, Jessy iba completamente de negro. En esta ocasión, vestía con vaqueros ajustados y una camiseta de manga larga y cuello redondo del mismo color que su cabello, negro como ala de cuervo, que llevaba recogido en una prieta cola de caballo. Transmitía una imagen de elegancia, rota tan solo por un par de pesadas botas negras. Darryl se prometió que algún día le preguntaría por qué siempre vestía de negro.

—Estáis los dos aquí. Perfecto. Los niños están muy nerviosos. Hemos juntado las dos clases de primer curso, para que tengáis que hacer esto solo una vez.

A Darryl le pareció que Jessy palidecía un poco.

—¿Dos clases juntas? ¿Cuántos niños son en total?

Darryl rio.

—No estarás asustada, ¿eh, Jessy? No te preocupes, Emma y yo te protegeremos.

Emma sonrió, abrió la puerta y les empujó dentro.

—Los dos lo vais a hacer genial. Recordad, cada uno tenéis diez minutos para la charla, y luego hay cinco minutos para preguntas y respuestas. Jessy, tú iras primero, ¿de acuerdo? Acabamos de terminar un tema sobre fauna marina, así que es perfecto.

Mientras Jessy se abría camino hasta el frontal de la clase, Darryl se dirigió a grandes zancadas hacia el fondo. Era imposible que una de esas diminutas sillas blancas soportara su peso, así que se apoyó contra un gran armario, junto a la pared. Un par de niños se giraron para mirarle, pero él les señaló la parte delantera de la clase, donde Jessy estaba preparándose para hablar.

Se echó hacia atrás y sonrió, disfrutando de la vista. No se había imaginado que fuera a pasarlo tan bien aquella mañana.

Plantada delante de la clase, Jessy parecía un poco asustada, pero cuando comenzó a hablar se fue relajando poco a poco.

Se dirigió a los niños con un tono calmado y mesurado. A Darryl le gustó que no les tratara como si fueran bebés ni intentara suavizar las cosas mientras les explicaba por qué era tan importante cuidar del océano y qué podían hacer ellos para ayudar. Su audiencia la escuchaba embelesada y sin quitarle ojo; incluso Darryl, no pudo evitar quedar cautivado por la charla. A pesar de que ella aclaró que no se pasaba los días en el mar retozando entre delfines y tiburones, sus palabras dejaban traslucir la pasión que sentía por su trabajo.

—Pronto seréis mayores —culminó. Su mirada saltaba de uno a otro niño de la clase. Treinta pares de ojos se la devolvieron, fascinados—. Y vais a poder elegir qué hacer con vuestras vidas. Espero que consigáis un trabajo que os permita ser parte de la solución.

—¿Hay alguna pregunta? —dijo Emma, empleando su tono de maestra.

Al menos diez manitas se alzaron al unísono. Darryl tuvo que aceptar que en aquella ocasión su charla no sería la parte más emocionante del día.

—¿No tienes miedo de nadar con tiburones?

—Hay más de cuatrocientos tipos distintos de tiburones—empezó Jessy. Voces agudas comenzaron a recitar los nombres de las especies que conocían. Jessy les alentó, asintiendo con cada nombre—. Algunos de ellos son así de grandes —continuó, abriendo la palma de la mano —. No tendríais miedo de un tiburón pigmeo, ¿a qué no?

El niño que había hecho la pregunta sacudió la cabeza.

—Algunos de ellos comen plancton. Otros se alimentan de peces, otros animales marinos e incluso otros tiburones. Normalmente, nosotros no formamos parte del menú. Pero eso no significa que no debamos tener cuidado y permanecer alerta cuando estamos nadando en el océano.

—Creo que los tiburones son criaturas muy especiales —dijo una niña.

—Estoy de acuerdo, lo son—respondió Jessy y sus labios se curvaron en una suave sonrisa. Darryl sintió que algo se sacudía en su pecho.

Tras algunas preguntas más, Emma tomó la iniciativa y detuvo la conversación.

—Ha sido increíble. Muchísimas gracias, señorita Long. Y ahora ha llegado el momento de recibir a nuestro segundo invitado, el jefe de bomberos Berner, del departamento de bomberos de Sharp’s Cove.

Darryl se abrió camino hasta la parte delantera del aula y vio cómo Jessy ocupaba el espacio que él había dejado vacío al fondo. Pudo sentir sus ojos clavados en él.

Darryl se aclaró la garganta. Era un hombre parco en palabras y normalmente no le gustaba hablar en público. Pero con los niños era distinto y la oportunidad de charlar con ellos de un

tema tan importante como el fuego y la seguridad era demasiado buena para dejarla pasar.

Comenzó a hablar mientras hurgaba en la bolsa que tenía a los pies para el aparato de respiración, los guantes y —siempre el favorito del público— su casco de bombero, que fue pasando a los niños para que lo pudieran probar. El equipo de protección era el cebo que empleaba para transmitirles el mensaje con el que quería que se quedaran: que la seguridad y la prevención de incendios era algo en lo que todos podían participar, sin importar la edad.

Después de la charla abrió un espacio para preguntas. No hubo sorpresas con las primeras. Entonces una niña de cabello oscuro alzó la mano con impaciencia.

—¿Cuántas flexiones puedes hacer?

La boca de Darryl se abrió en un gesto de sorpresa. En todos los años que llevaba dando esa charla, nunca le habían hecho esa pregunta.

—Unas cuantas —dijo, evasivo.

Miró a Emma y a Jessy en busca de apoyo, pero ambas mujeres tenían las mismas expresiones neutras.

«Ya veo hasta dónde llega el compañerismo entre adultos».

Los niños le miraron expectantes y Darryl comprendió que no iban a dejarlo escapar sin responder.

—¿Por qué no hacemos algunas juntos y las contamos?

Todos los niños se pusieron de rodillas con entusiasmo. Darryl se limpió las manos en los pantalones y apoyó las palmas en el suelo a la distancia aproximada de sus hombros. De hecho, le gustaba hacer flexiones. Mucha gente pensaba que solo servían para trabajar los brazos y los hombros, pero una flexión de verdad también activaba los abdominales, la espalda y las piernas.

Darryl adoptó la posición inicial de una plancha, equilibrando su peso sobre las manos y los dedos de los pies. Apretó los glúteos y los abdominales, formando una línea recta con el cuerpo desde la cabeza a los talones. Los niños le imitaron con ganas y resultados muy dispares.

Dobló los codos mientras cogía aire. Bajó despacio hasta un ángulo de noventa grados y luego volvió a la posición inicial.

—Vamos, chicos, eso cuenta como una —dijo.

Un pequeño coro de voces contó en voz alta sus flexiones.

«Dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho».

Darryl alzó la cabeza.

—¿Lo hacemos un poco más difícil? —dijo sonriendo.

—¡Sí!

Darryl incrementó la potencia de sus flexiones para que sus manos se separaran del suelo y pudiera dar una palmada en el aire. Los niños aplaudieron divertidos.

«Nueve, diez, once, doce, trece, catorce».

Al subir en la siguiente flexión, Darryl abandonó la postura para mirar a Jessy. Tenía una expresión extraña en el rostro. Al principio le costó entender lo que significaba hasta que la punta de su lengua apareció para lamer los labios y Darryl supo, sin asomo de duda, que esa expresión en la cara de Jessy era deseo.

—Chicos, estáis haciendo un gran trabajo —dijo Darryl, volviendo a las flexiones normales, pero sin cambiar de ritmo—. ¿Pero no deberían la señorita Farley y la señorita Long intentarlo también?

«Dieciocho, diecinueve, veinte».

—¡Sí! —chillaron los niños.

—No creo que eso sea… —empezó a decir Emma.

—Por favor, señorita Farley —le suplicaron los niños. Sus voces vibraban de lo nerviosos que estaban.

Jessy caminó en silencio a la parte delantera del aula. Por un momento, Darryl creyó que iba a largarse y dejarles allí, pero se acercó y se arrodilló en el suelo a su lado. Adoptó la posición fundamental, alineando su cuerpo para formar una plancha perfecta. Estaba lo bastante cerca para oler su aroma a limpio. Durante un instante no estuvo seguro de si estaba subiendo o bajando.

—Cuidado, hombretón —le dijo en un tono que solo él pudo escuchar—. No vayas a perder el equilibrio.

Endureció el vientre y siguió adaptándose al ritmo de Jessy cuando hizo la primera flexión.

Después de cinco flexiones, Jessy se detuvo y Darryl siguió solo.

«Veintiocho, veintinueve».

De pronto, los niños comenzaron a gritar. Emma también estaba de rodillas. Su falda flotaba alrededor de sus piernas mientras empezaba una flexión. La clase al completo rio feliz.

Ahora que nadie le estaba mirando, Darryl se puso en pie. Le ofreció una mano a Jessy y la alzó con facilidad. Juntos, se unieron al coro de niños que animaban a Emma en su única flexión.

Unos minutos más tarde, tras despedirse de los niños y prometer que podrían visitar la estación de bomberos si hacían todos sus deberes sobre seguridad, Darryl y Jessy se encontraron de nuevo en el pasillo.

—Unos niños muy simpáticos —dijo ella.

Darryl asintió.

—Disfruté con tu charla, Jessy.

Jessy le miró directamente a los ojos.

—Creo que te debo una disculpa —empezó—. Cuando te vi aquí esta mañana pensé que venías a pavonearte, pero me equivocaba. Espero que no te importe que me lleve uno de estos a casa.

En su mano tenía uno de los papeles con deberes que Darryl había repartido entre los niños. Se sabía las preguntas de memoria.

«He memorizado mi dirección y mi número de teléfono. Son…».

«He aprendido al menos dos formas de salir de mi casa. Son…».

«Mis padres y yo tenemos un lugar para reunirnos en caso de incendio. Es…».

—Disculpa aceptada. Pero me haría muy feliz ofrecerte un entrenamiento de seguridad personalizado, ¿sabes? —dijo, tratando de aligerar el ambiente.

Jessy sacudió la mano.

—A veces haces cosas que me hacen pensar que no eres un capullo. Y luego vas y sueltas algo como eso.

—Oye —respondió, levantando las palmas de las manos—. Solo bromeaba.

Caminaron en silencio hasta sus coches.

—La semana pasada me reuní con Emma y la señora McGuiness, la directora de la escuela primaria. Ambas dijeron maravillas de ti y de tu equipo.

—La señora McGuiness fue mi profesora de lengua cuando era pequeño.

—¿Tan mayor es? —preguntó Jessy.

—¿Cuántos años me echas?

—Eres mayor que yo.

—Tengo treinta y seis —le dijo—. Supongo que puedo parecerle mayor a una chica de tu edad.

—¿A una chica de mi edad? ¿Cuántos años crees que tengo exactamente?

Él hizo un ruido para no comprometerse. Desde luego no pensaba responder a esa pregunta.

—Tengo treinta y tres —le dijo.

Darryl miró aquel rostro desprovisto de arrugas. Parecía estar en plena veintena.

—¿Qué puedo decir? Tengo buena piel. Me viene de mi madre japonesa.

—Así que no sería ningún asaltacunas si te invitara a cenar. Déjame invitarte a cenar. —Pudo ver cómo sus labios comenzaban a formar la palabra «no» y la interrumpió antes de que pudiera pronunciarla—. Solo a cenar. Lo juro.

Ella pensó durante un momento y luego le sorprendió asintiendo.

—Vale, genial. Te iré a buscar a las siete.

—Vale. —Jessy abrió la puerta de su coche.

—¿Dónde te recojo?

—¿Sabes qué? Mejor quedamos en el restaurante. Mándame un mensaje con la dirección.

Recitó su número de teléfono, que Darryl memorizó a toda prisa. En cuanto se hubo marchado, lo apuntó en el teléfono. Su memoria a corto plazo era buena, pero este era un número que no quería perder.

5



Jessy

Darryl la llamó para preguntarle si era vegetariana. No lo era, así que unos minutos después le envió la dirección de una marisquería en el muelle. Nunca había comido allí, pero sabía que era popular solo por la cantidad de coches que siempre había aparcados fuera.

Cuando llegó a las siete en punto, había una cola de gente esperando a sentarse. Jessy iba a unirse a la fila cuando vio a Darryl, que estaba sentado a una mesa junto a una esquina. Tras una rápida disculpa a las personas que había en la fila, fue a buscarle. Darryl se levantó y sus ojos castaños y cálidos recorrieron su cuerpo de arriba abajo antes de detenerse en su cara.

—Estás increíble —dijo.

En esta ocasión no podía decir que no se hubiera esforzado. Se había cambiado de ropa y se había puesto un vestido negro y sencillo que le llegaba casi hasta las rodillas. Era un estilo algo arriesgado, con un cuello en uve que bajaba hasta el esternón. Incluso se había deshecho de su coleta habitual y se había secado el cabello oscuro con el secador para que cayera en una suave cortina por su espalda.

Se debatió sobre si debía llevar o no sujetador; sus tetas no eran lo suficientemente grandes para necesitarlo realmente, pero se sentía más segura llevándolo. Al final optó por uno de esos sujetadores bajos mágicos, que al menos le daba una sensación de control. Se alegró de habérselo puesto, cuando la intensa mirada de Darryl hizo que sus pezones se endurecieran.

—Gracias. Tú tampoco te arreglas del todo mal —le dijo. Recién afeitado, Darryl se había puesto vaqueros oscuros y una camisa verde oliva, abotonada hasta arriba, que acentuaba sus anchos hombros y los brazos musculosos. Sus ojos se concentraron en sus manos, fuertes, firmes y recias. Se preguntó cómo se sentiría si aquellas manos la agarraran por la cintura o, aún mejor… Jessy se detuvo en mitad de la reflexión. Se trataba de Darryl. Seguía siendo un capullo. No podía pensar así en él.

Mientras tomaba asiento, se fijó en que estaban en una mesa de cuatro.

—¿A quién has tenido que sobornar para conseguir esta mesa? —le preguntó muy en serio.

—Mi equipo ayudó a los propietarios con un incendio en la cocina, el año pasado. Nadie resultó herido y pudimos sofocarlo antes de que llegara al salón principal —dijo.

—¿Y desde entonces traes a todas tus citas aquí?

—Nunca he traído a nadie aquí. Solía venir con mis padres cuando era niño, pero esta es la primera vez que como aquí desde la adolescencia.

—¿Cómo es crecer en Sharp’s Cove? —preguntó con curiosidad sincera—. ¿Nunca quisiste marcharte?

Darryl se encogió de hombros.

—Me fui para estudiar en la universidad. Mi primer trabajo como bombero fue en la ciudad. Después volví. Sharp’s Cove es… es mi hogar. Y no es solo una cuestión de nostalgia. Para alguien que viene de la ciudad, sé que puede parecer que aquí nunca ocurre nada, pero en realidad, las cosas están cambiando todo el tiempo… y yo quiero formar parte de esos cambios.

Jessy envidiaba aquel sentimiento. Aunque sus padres estaban vivos, ella ya no tenía un hogar al que volver. Habían dejado muy claro que no aprobaban las decisiones que había tomado en la vida.

La camarera que acudió a tomar nota de las bebidas la interrumpió antes de que pudiera seguir dándole vueltas al tema. Darryl esperó a que ella pidiera primero. Jessy decidió concederse una copa de vino tinto.

—¿Alguna preferencia, cariño? —preguntó la camarera—. Tenemos un Cabernet Sauvignon local, un par de Merlots de California…

—«Local» suena bien, gracias.

—Yo tomaré una cerveza, por favor —dijo Darryl. Jessy agradeció que no se pasara veinte minutos decidiendo qué tipo de cerveza quería—. Disfruté con tu charla de esta mañana. Me hizo entender mejor por qué haces lo que haces.

—Supongo que puedo decir lo mismo —respondió ella.

Dos hombres se acercaron a la mesa, con cervezas en la mano. Jessy trató de ubicar al único que reconoció y por fin logró identificarlo como el mánager de una de las gasolineras de la zona.

—Un gran trabajo, el de esta tarde —le dijo a Darryl. Luego se dirigió a sus amigos mientras se alejaban—. Tendríais que haber visto lo que hizo este tío.

Jessy esperó hasta que estuvieran lejos y no pudieran escucharla.

—¿De qué iba eso? ¿Qué ha pasado hoy?

Darryl se encogió de hombros.

—Hubo un accidente entre una furgoneta de reparto y un camión. Mi equipo y yo ayudamos con el rescate del conductor y lo llevamos al hospital —dijo, quitándole importancia.

Jessy se preguntó cómo sería tener un trabajo así, con tanta responsabilidad. Esperó un momento mientras la camarera les servía las bebidas.

—Guau, no has dicho nada.

—No había gran cosa que decir. Estábamos haciendo nuestro trabajo.

—¿Se va a poner bien?

—Tenía una fractura angulada en la pierna. Lo sacamos del coche en dieciocho minutos y lo metimos en una ambulancia. El hospital ha llamado hace un rato para decirnos que se va a recuperar.

—Qué bien, me alegro de que estuvierais allí. ¿Fue entonces cuando te hiciste daño en el hombro?

Darryl arqueó una ceja, sorprendido. Se llevó la mano derecha a su hombro izquierdo.

—Eres muy observadora.

—Te vi hacer una mueca al levantarte y tengo la total seguridad de que tu hombro estaba perfectamente esta mañana —dijo mientras se mordía el labio inferior y trataba de no volver a pensar en todas las flexiones que había hecho.

—Solo es un rasguño, nada importante. —Giró el hombro despacio como si quisiera dar validez a sus palabras.

Jessy tomó un sorbo de vino. Tenía un hermoso color rubí y, aunque lo habían servido un poco frío para su gusto, estaba delicioso. Cuando apartó la mirada del vaso, comprobó que Darryl la estudiaba con intensidad. Un músculo palpitó bajo su fuerte mandíbula.

La camarera eligió aquel momento para volver.

—¿Habéis decidido ya qué os gustaría tomar? La langosta siempre es muy popular y, esta noche estamos recomendando el pastel de cangrejo y los mejillones salvajes al vapor.

Las orejas de Jessy se irguieron con la mención de los mejillones. Hacía años que no los comía.

—Los servimos al vapor con puerro y vino blanco —dijo la camarera tras detectar su interés.

—Suena genial. Tomaré eso.

—Que sean dos —dijo Darryl.

—Me encantan los mejillones —admitió Jessy cuando la camarera se fue otra vez.

—Dime, ¿cuándo decidiste que querías investigar a los tiburones? —preguntó.

—Siempre supe que quería dedicarme a la protección de los océanos. La idea de trabajar con tiburones llegó algo más tarde. Digamos que mis padres no se pusieron muy contentos.

—¿De que decidieras trabajar con tiburones?

—De que eligiera un trabajo tan… absorbente.

—¿No son todos los trabajos así?

Jessy sacudió la cabeza.

—No creo. El mío lo es; y el tuyo, definitivamente, también. No me puedo imaginar la responsabilidad que manejas en tu día a día. Pero hay otros trabajos que son sencillamente… menos. Como ser cajero de banco y cosas así.

—Sí, aunque escapa a mi entendimiento por qué alguien querría conformarse con menos.

Ella asintió; eso era algo que ambos tenían en común. Tras escucharle hablar con los niños aquella mañana, había comprendido lo importante que era para él aquel trabajo; tan importante como el suyo para ella.

—¿Qué querían tus padres que hicieras?

Jessy se encogió ligeramente de hombros. No quería pensar en sus padres o en sus dobles raseros pasados de moda: les parecía muy bien que su hijo trabajara en lo que quisiera, pero esperaban que su hija se casara nada más salir de la universidad y se centrara en formar una familia. Pensar en sus padres le hacía pensar también, de forma inevitable, en David. David, que la había animado a perseguir su sueño.

A sus padres no les había gustado que empezara un posgrado y detestaban la idea de que se arrejuntara, como ellos decían, con un artista bohemio muerto de hambre. Si la abuela de Jessy no la hubiera ayudado, no habrían sobrevivido. Permanecieron juntos durante la mayor parte del doctorado, hasta que David…

Jessy parpadeó para deshacerse de una lágrima de rabia y deseó que Darryl no se hubiera percatado. Era la primera vez que salía con un hombre en los últimos tres años. No iba a pensar en David. David no querría que estuviera pensando en él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Darryl.

—Sí, es que tengo algo en el ojo.

La comida llegó y la engulleron con gusto. Los mejillones estaban deliciosos. Jessy utilizó una de las cáscaras como cuchara para llevarse el caldo a la boca, pues no quería dejar nada. Mientras comían, hablaron de otras cosas. Resultó que Darryl era un hombre inteligente y mucho más instruido de lo que habría esperado.

«Tienes que conocer mejor a la gente y no hacerte ideas preconcebidas, en base a su apariencia».

—Delicioso —dijo por fin, apartando el plato.

—Me alegro de que aceptaras venir. Llevo queriendo cenar contigo desde la primera vez que te vi.

—¿De verdad? ¿Estabas pensando en cenar? No me dio esa impresión cuando te acercaste a mí la primera noche en el bar.

—Lo siento si ese día te ofendí. Llevo mucho tiempo queriendo disculparme.

Jessy asintió.

—Por aquel entonces, no sabía que eras el héroe de la ciudad —bromeó.

—¿Habría cambiado en algo tu respuesta, cuando te propuse salir?

Lo ponderó durante un segundo.

—Probablemente no.

Jessy observó la poderosa mano de Darryl cerrada en torno al vaso de pinta y lo pequeño que

este parecía en comparación. Se preguntó cómo sería irse a la cama con un hombre tan imponente. No era la primera vez que se planteaba tener un rollo de una noche desde la muerte de David, pero sí era la primera ocasión en la que se excitaba tanto pensando en ello. La primera ocasión en la que se veía realmente dispuesta a hacerlo.

Físicamente, Darryl era —y Jessy era lo bastante inteligente como para saber que no era una coincidencia— completamente opuesto a David. David y ella medían lo mismo y, de los dos, era Jessy quien tenía más masa muscular. Eso no quería decir que el sexo con David no hubiera sido placentero. Había sido un compañero considerado y el sexo con él siempre había sido reconfortante. Pero nunca se le habría ocurrido hacerlo contra una pared o en cualquier otra posición atlética; habría tenido miedo de hacerle daño.

«Ya estás otra vez igual, Jessy, pensando en David».

—Así que no te gustó que flirteara contigo la primera vez que nos vimos —dijo Darryl, interrumpiendo sus pensamientos.

—La segunda vez que nos vimos —clarificó—. De hecho, fuiste encantador la primera vez, cuando cambiaste mi rueda pinchada en cuestión de minutos. Pero no, no me ofendió que trataseS de ligar conmigo. Simplemente, yo… no me encontraba en el estado mental adecuado en aquel momento.

Esperaba que pasara por alto su comentario, pero Darryl se aferró a él como un perro a un hueso.

—¿A qué te refieres con el «estado mental adecuado»?

«Mi prometido se suicidó hace tres años. Fui yo quien lo encontré cuando volví a casa por la tarde. Me dejó una nota. La guardo en una caja de zapatos en el armario, junto con mi anillo de compromiso».

Dejó que aquel pensamiento llegara y se fuera sin más.

—No hablemos de eso ahora. Forma parte del pasado.

Pasó la yema del dedo sobre la copa de vino casi vacía. Los ojos cálidos de Darryl se agrandaron y exhaló un breve jadeo sin poder contenerse. El poder que Jessy tenía sobre él era embriagador.

—¿Y ahora? —preguntó con voz ronca, casi un gruñido—. ¿En qué estado mental te encuentras?

—Ahora, de hecho, estoy preocupada de que puedas llegar a gustarme —le dijo. Sintió que Darryl se merecía una respuesta sincera—. Pero quiero aclarar algo. Mi trabajo es mi prioridad y no estoy buscando una relación. Si eso te parece bien y no esperas nada más que… un poco de diversión, entonces quizá podamos divertirnos juntos.

Él soltó una risotada.

—Eso, suelo ser yo quien lo dice.

—¿Entonces te parece bien? —le preguntó. Su corazón golpeaba en el pecho con fuerza. No le gustaba admitir lo mucho que quería que dijera que sí.

Darryl alargó el brazo por encima de la mesa para alcanzar la mano de Jessy, mucho más pequeña que la suya. Pasó la mano sobre su piel, acariciándola, hasta que Jessy se estremeció.

—Creo que podría estar bien para ambos —dijo y tomó aire—. ¿Te gustaría algo de postre?

—Nada de lo que tienen aquí —respondió—. Ven a mi casa.

Fue gratificante ver lo rápido que Darryl pidió la cuenta.

6



Darryl

De camino a casa, Darryl posó el pie con suavidad sobre el acelerador, con cuidado de no acercar demasiado su camioneta a aquel deportivo diminuto y ridículo.

Su miembro se endureció mientras pensaba en las posibilidades que se abrían ante él, pero trató de mantener su excitación a raya. Sabía que, para cuando llegaran a su casa, Jessy podía haber cambiado de opinión. Tenía todo el derecho de hacerlo y, en cualquier caso, Darryl había disfrutado mucho con la cena. Le había gustado pasar un rato con aquella versión más relajada y menos irritable de Jessy.

Cuando su coche se desvió hacia la costa en la siguiente intersección, no le sorprendió. La elección del vehículo ya daba a entender que a Jessy no le faltaba dinero, así que tenía sentido que hubiera decidido vivir junto al mar. Era un área para gente pudiente, por lo tanto, pocas personas podían permitirse residir allí. Joder, él cobraba un sueldo decente y no podría. Casi todas las casas eran enormes y solo estaban habitadas un par de meses al año, cuando sus propietarios querían alejarse de la gran ciudad.

Darryl paró detrás de su coche y, al salir, se encontró con una mansión enorme. Apostaría lo que fuera a que tenía diez dormitorios y diez baños.

—¿Vives aquí? —le preguntó con incredulidad.

Jessy sacudió la cabeza y comenzó a caminar por una pequeña vereda que había tras un seto.

—No, esa mansión está vacía. Yo he alquilado la vieja casa del conserje, que hay al lado. Tiene dos dormitorios y está junto al mar. Espera a ver las vistas.

Le tomó de la mano. Su expresión no dejaba lugar a dudas: seguía interesada. Darryl sintió que su miembro se endurecía otra vez y se acomodó para dejarle espacio, pero Jessy le agarró con más fuerza y frotó las caderas contra él. Darryl era más alto y sabía que aquella fricción no incidía en el lugar correcto. Agarró sus nalgas con las manos y la alzó con facilidad para alinear su sexo con su pene enhiesto. Jessy gimoteó ligeramente.

—Me gustas —susurró y luego mordisqueó con suavidad su oreja.

Deseaba penetrarla. Era como si su cuerpo no se diera cuenta de que las medias de Jessy y sus propios pantalones estaban en medio.

Darryl dejó la mano abierta sobre el culo de Jessy para mantener el equilibrio y porque le gustaba el contacto. Con la otra, empujó su espalda para atraerla. Ahora estaban frente a frente. Sus ojos ardían de deseo.

Sus labios se rozaron con suavidad por primera vez. Darryl deslizó la lengua con delicadeza por su labio inferior. La lengua de Jessy le recibió a medio camino, explorando sus labios en respuesta. Nunca había saboreado algo tan dulce.

Mientras se besaban, Jessy recorrió sus hombros con las manos. Aunque eran pequeñas, sintió su firmeza al contacto con su piel. Cada pedazo de piel que tocaba, ardía de placer. Darryl la agarró con más fuerza. Quería arrancarle las medias y las bragas y hacerlo allí mismo, pero supuso que, al ser la primera vez, ella preferiría otra cosa.

—Muéstrame el camino —le dijo, mientras bajaba con facilidad por el sendero empedrado en dirección al porche frontal. Luego subió los escalones—. ¿Tienes la llave? —susurró en su oído.

Jessy le miró como si hubiera olvidado lo que era una llave. Entonces asintió e hizo gestos para que volviera a dejarla en el suelo. Al hacerlo, Darryl se alegró al ver que parecía menos estable que antes —parecía tan excitada como él— y la sujetó.

Jessy hurgó en su pequeño bolso, sacó una llave suelta y trató de introducirla en la cerradura

durante unos segundos. La puerta se abrió con suavidad.

—Qué raro —dijo—. Juraría que había cerrado con doble vuelta.

Darryl debería haber prestado más atención a sus palabras, pero apenas la escuchó. Jessy le cogió de la mano y tiró de él hacia el interior con una fuerza considerable.

Su primera impresión fue la de un espacio amplio y diáfano. No había paredes entre el hall, la sala de estar y la cocina; todo se encontraba en la misma habitación, organizado en torno a los grandes ventanales del lado opuesto de la casa, que daban al mar. Ahora estaba oscuro, pero Darryl podía imaginarse sin problemas cómo serían las vistas por la mañana.

El orden incrementaba la sensación de amplitud; allí solo había unos cuantos muebles limpios y funcionales y muchas pinturas modernas en las paredes. Una escalera conducía a la planta superior. Los peldaños de madera eran visibles desde arriba y desde abajo y solo estaban sujetos por cables de metal en suspensión. A Darryl le gustaba poco aquel diseño; había visto los suficientes accidentes en escaleras como para saber que no era lo más seguro.

Cuando se giró para decírselo a Jessy, el agarre que esta ejerció sobre su mano se incrementó hasta volverse doloroso. Estaba completamente inmóvil y había adquirido una palidez mortal. Miraba hacia el centro de ocio de la esquina del salón. Darryl oyó la música suave que brotaba de los altavoces. Se paró a escuchar. Llevaba más de una década sin escuchar esa canción en particular.

—¿Qué ocurre, Jessy? —preguntó. En ese momento, el cuerpo de Jessy osciló un poco. Parecía estar en estado de shock. Darryl reconoció los síntomas, incluso sin saber qué lo había provocado.

La sujetó con facilidad antes de que cayera, preocupado porque Jessy no hiciera ningún gesto, ni para agarrarse a él ni para aparatarle. La depositó con suavidad sobre el sofá, se arrodilló frente a ella y le quitó los zapatos de tacón, asegurándose de que apoyaba las plantas de los pies en el suelo. Después se incorporó para colocar su cabeza con cuidado entre sus piernas.

—Haz respiraciones profundas, Jessy —dijo con voz tranquila y profesional. No hizo preguntas, pues sabía que no sería capaz de contestarlas. Algo había provocado esa reacción. Esperó a que la fuerza de la gravedad hiciera su trabajo y la sangre volviera a su cerebro.

Por fin, Jessy alzó la mirada. Era como si hubiera visto un fantasma.

—¿Puedes decirme qué ha sucedido? —preguntó en voz baja.

—Esa canción… —dijo mirando otra vez al rincón.

—Parece Cat Stevens. —Todavía podía oírla, lo que quería decir que el equipo debía de estar en modo de repetición.

—Sé lo que es. —Su voz era débil, trémula—. ¿De dónde viene?

Darryl apretó su mano una vez más y se puso rápidamente en pie. Se acercó al equipo de música que estaba sobre una balda en la esquina. Aún no sabía qué estaba ocurriendo, pero comprendió que era importante para ella.

La pequeña pantalla le informó de que la canción estaba sonando en Spotify. Efectivamente, estaba en el modo de repetición. Tocó el equipo de sonido. Estaba caliente.

—Está sonando en Spotify —dijo.

—Apágalo, por favor —le suplicó. Darryl presionó rápidamente los botones hasta que la habitación se quedó en silencio.

Jessy hizo un ruidito a medio camino entre el alivio y la desesperación.

—¿Quizá lo dejaste encendido al salir? —le preguntó con amabilidad.

—No este disco. Jamás este disco —dijo con vehemencia. Estaba empezando a hiperventilar otra vez.

—Baja la cabeza, Jessy. Estás muy pálida.

Hizo lo que le pedía. Momentos más tarde, su respiración volvió a estabilizarse y alzó la cabeza.

—Gracias —susurró— por detenerlo.

Sus hombros se encorvaron al tiempo que volvía a bajar la mirada. Era como si sintiera un profundo dolor.

—¿Quieres hablar de ello? —Darryl tenía un montón de preguntas.

Jessy sacudió la cabeza.

—No puedo.

Darryl tomó sus manos entre las suyas con suavidad y las acarició.

—Shhh… Estoy aquí. Sigue respirando.

Jessy alzó la mirada y sus ojos se cruzaron. Ver el dolor reflejado en aquellos ojos era como una patada en los huevos.

—Lo siento. No creo que esta noche vaya a ser una buena compañía. ¿Podemos dejarlo para otro momento?

Darryl sonrió. Jessy intentaba librarse de él, pero no le parecía bien que se quedara sola en aquel momento.

—Déjame echar un vistazo rápido por la casa, ¿vale?

«Déjame asegurarme de que aquí no hay nadie más».

Jessy asintió agradecida.

Darryl se acercó a la pesada puerta de madera de la entrada y la estudió con cuidado, como tendría que haber hecho cuando Jessy se sorprendió de que no estuviera bien cerrada. Había algunos arañazos en la cerradura, pero nada demasiado obvio, así que probablemente eran consecuencia del uso diario. Corrió la cadenita de la puerta y volvió a la sala de estar con la cocina integrada —aquel espacio diáfano facilitaba la búsqueda— donde se limitó a abrir la otra puerta que había en esa planta. Conducía a un pequeño aseo para invitados. Volvió a la cocina y empujó la gran puerta de cristal que daba a la costa. La puerta no cedió. Estaba cerrada con llave.

Subió las escaleras que conducían al descansillo de la segunda planta. Al abrir la primera puerta a la izquierda se encontró en una habitación vacía, decorada en cálidos tonos beige. Recordaba más a una habitación de hotel que a una casa.

«Debe de ser un cuarto para invitados».

Cerró la puerta tras él y buscó lugares donde alguien pudiera esconderse. Abrió el armario, echándose a un lado como precaución. Miró bajo la cama, como hacía cuando acostaba a su sobrino.

«Nada por aquí».

Darryl abandonó el cuarto y cerró la puerta tras él. Como bombero, conocía las ventajas de mantener las puertas cerradas. Se preguntó a cuánta gente podría haber salvado a lo largo de los años si todo el mundo cerrara las puertas por la noche.

La siguiente puerta conducía al dormitorio principal. Era grande y se encontraba justo sobre la cocina. A través de la ventana, Darryl pudo ver la luz de la luna incidiendo sobre el agua. Al amanecer, aquella habitación debía de ser un festival de color.

Se abrió camino hasta un gran vestidor y un baño aledaño con una ducha enorme. Le resultó extraño pasearse por la habitación de Jessy sin que ella estuviera presente.

Trató de completar la búsqueda con rapidez, pero no pudo evitar percatarse de lo habitado que parecía aquel espacio en comparación con el otro. Estaba decorado en los mismos tonos terrosos, pero Jessy había alegrado el cuarto con pequeños cojines de colores. La cama era

grande, las sábanas y el edredón del blanco más puro imaginable; no había espacio para ocultarse bajo el canapé. Sobre una gran cómoda descansaban un par de velas. La habitación tenía un olor ligero y fresco que le recordó a Jessy.

Darryl regresó al descansillo. La última puerta era la de un pequeño armario capaz de albergar a duras penas el aspirador y algunas toallas.

Mientras volvía a la planta baja echó un vistazo al sofá. Jessy no se había movido de donde la había dejado. Darryl observó con el corazón en un puño su posición erguida y rígida. Fue a la cocina a coger un vaso de agua para ella. Las encimeras de mármol estaban impolutas; era como si nadie hubiera cocinado jamás allí.

Fue al sofá y le ofreció el vaso. No lo soltó hasta que no estuvo seguro de que Jessy lo había agarrado con firmeza. Jessy alzó la vista y le lanzó una mirada inquisitiva y silenciosa.

—Todo en orden —le dijo—. Por supuesto, no puedo saber si se han llevado algo, pero todo parece normal. —Se acercó de nuevo al equipo de sonido—. ¿Usas Spotify a menudo?

Jessy asintió.

—Todo el rato. Tanto en casa como en el coche.

—Así que en teoría ha podido encenderse solo.

—Pero nunca escucho esa canción, ni ninguna otra de ese artista —dijo Jessy, como si fuera incapaz de pronunciar su nombre en voz alta.

—Deberíamos llamar a la oficina del sheriff —concluyó Darryl.

—¿Y qué les digo? Pensarán que estoy como una cabra.

—Yo no pienso que estés como una cabra.

Su expresión se suavizó.

—De verdad que lo siento. Te acompañaré hasta la puerta. —Trató de levantarse, pero Darryl posó la mano sobre su hombro, con suavidad.

—No voy a ir a ninguna parte —le dijo—. Deja que te lleve a la cama, al menos, si no quieres llamar a la sheriff.

—No creo que…

—Dormiré aquí, en el sofá. O en la habitación para invitados.

Por un momento le miró agradecida; luego, sus facciones se endurecieron.

—No tienes por qué hacerlo. No soy tu problema, Darryl.

—Quiero quedarme. Me sentiré mejor si no estás sola hoy.

Pasó un brazo por debajo de sus rodillas y el otro alrededor de su espalda y la alzó con facilidad. Podía sentir su cuerpo en tensión y el esfuerzo que le estaba costando no ceder a lo que fuera que la incomodaba tanto.

—Shh… No pasa nada. He cerrado la puerta. Mañana puedes cambiar la cerradura y mejorar tu sistema de alarma, pero esta noche estaremos seguros.

Cargó con ella hasta su cuarto y la dejó con delicadeza sobre la cama, donde Jessy se acurrucó formando un cuatro con sus piernas.

—¿Dónde tienes el pijama? —preguntó.

Alzó la cabeza un instante de la almohada.

—En el tercer cajón.

Darryl abrió el tercer cajón. Estaba lleno de pijamas de colores claros. Palpó la suavidad de la tela. En la parte de atrás descubrió otro tipo de prenda, un camisón de encaje negro, de aspecto satinado. Tragó saliva. Era lo bastante corto como para que a Darryl no le cupiera duda de que, si Jessy lo hubiera llevado puesto, habría podido tocar su culo desnudo para llevarla a la cama.

«Joder. No es el momento».

Cogió uno de los pijamas de color claro y se lo acercó. Luego le puso la mano en el hombro.

—Toma, ponte esto, Jessy —le dijo—. ¿Necesitas ayuda?

Ella abrió los ojos y negó con la cabeza. Avanzó con paso vacilante hasta el baño y cerró la puerta tras ella. Darryl se sentó en la cama a esperar y oyó el sonido de la tela mientras se cambiaba de ropa y luego el ruido del agua del grifo corriendo. Salió del baño un momento después, con la cara y las manos todavía mojadas.

El corazón de Darryl dio un vuelco. Nunca la había visto con algo que no fuera negro. Con aquellos sencillos pantalones beige y esa camiseta parecía más joven y mucho más vulnerable.

Darryl se puso en pie para dejarle espacio y al mismo tiempo, estar preparado para cogerla, si se derrumbaba de pronto. Aún estaba terriblemente pálida. Por fin, Jessy llegó a la cama. Abrió la boca para hablar y Darryl asumió que iba a pedirle que se marchara.

—Gracias por quedarte —le dijo, sorprendiéndole.

Él asintió con rigidez.

—Estaré en la sala de estar, si necesitas algo.

Jessy ocupó el lado derecho de la cama y se arropó echándose el edredón por encima de los hombros.

—Por favor, quédate —susurró—. No quiero estar sola.

Darryl comprendió lo mucho que le costaba pronunciar aquellas palabras. Se quitó los zapatos, pero se dejó el resto de la ropa. Ya iba a ser bastante difícil convencer a su cuerpo de que era hora de dormir. Se estiró junto a ella, por encima del edredón y apagó la luz.

Pasó mucho tiempo antes de que la respiración de Jessy se ralentizase y se volviera más regular.

Jessy

Despertó a la mañana siguiente con el sonido de la cafetera en la cocina. Ese era el problema de los espacios diáfanos, que los sonidos se propagaban con facilidad. Antes de que pudiera preocuparse, oyó un canturreo desafinado.

«Darryl».

«¿Nos acostamos juntos?».

Jessy enrojeció de vergüenza al recordar la noche anterior. Su ataque de pánico, su incapacidad para reaccionar, la forma en que Darryl la había arropado en la cama. No habían dormido juntos. Probablemente había estado babeando sobre él durante toda la noche; mientras tanto, Darryl se había comportado como un perfecto caballero.

Soltó un leve gemido cuando comenzó a recordar todo lo demás. En su mente, aún podía oír la canción que su cerebro asociaría para siempre al momento en el que había abierto la puerta de entrada y se había encontrado a David colgando de las vigas del techo. En cierto sentido, le parecía que llevaba los últimos tres años escuchando esa canción, sin descanso.

Sabía que David nunca hubiera querido que fuera ella quien lo encontrase. Jessy se había ido con el grupo de la universidad y esperaba estar fuera durante las dos noches siguientes, pero el mal tiempo les había hecho acortar el viaje, así que había vuelto a casa. Por desgracia, no lo bastante rápido para salvarle.

Se sentó en la cama. Con la luz de la mañana, su pánico había remitido ligeramente.

Apoyó los pies sobre el frío suelo de madera. Eso la estabilizó. Aquella madera clara sin teñir era uno de los motivos por los que había elegido la casa. Eso y las vistas. Se dirigió a las grandes ventanas del mirador, que cubrían una pared entera del dormitorio. Probablemente lo lamentaría si se quedaba allí cuando llegara el invierno y tenía que calentar aquel lugar, pero le encantaba despertarse y mirar el océano a través de la ventana.

«Piénsalo bien, Jessy. ¿Cómo pudo empezar a sonar esa canción?».

Cogió ropa interior limpia del vestidor, un par de vaqueros negros y la primera camiseta que encontró. Luego fue al baño a toda prisa. Estaba saliendo cuando Darryl entró. Las dos tazas de tamaño extragrande que llevaba consigo parecían diminutas en sus manos.

—Espero que no te importe que haya usado tu cafetera —dijo sonriendo. Su ropa estaba arrugada —al fin y al cabo, había dormido con ella puesta— y una sombra de barba asomaba por la línea de su mentón. Nada le habría apetecido más a Jessy que acercarse y tocar su rostro, pero le pareció un gesto demasiado íntimo.

—Te quedaste conmigo —dijo.

«Vaya obviedad has soltado, Jessy».

—Te dije que me quedaría, ¿no?

—Mira, lo siento… No es como imaginé que íbamos a pasar la noche.

—No pasa nada —dijo él sin darle importancia.

Se acercó a él y cogió la taza que le ofrecía.

—No sé cómo te gusta el café —le dijo Darryl—. He echado un poco de leche, pero nada de azúcar. Así es como lo tomo yo.

—Gracias, seguro que está bien —dijo Jessy y lo probó. Estaba fuerte y caliente. Le dedicó una pequeña sonrisa—. Quizá la próxima vez sería mejor con un poco de azúcar.

—¿Vas a contarme qué fue lo que ocurrió, Jessy? —preguntó. Hablaba en voz baja y ronca.

—No sé lo que me pasó —dijo, evasiva.

Darryl dio un pequeño paso al frente.

—Creo que sabes exactamente lo que te pasó. Quiero que me lo cuentes, pero puedo esperar hasta que estés preparada para hacerlo.

Jessy asintió.

—Solo… necesito algo de tiempo para procesarlo.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí. Hoy voy al laboratorio.

Por un momento pareció que Darryl fuera a decir algo más, pero luego aquella expresión se desvaneció y Jessy supo que no diría nada.

Darryl echó un vistazo a su enorme reloj de muñeca.

—Tengo que reunirme con mi equipo para salir a correr en veinte minutos, y antes quiero pasar por casa a cambiarme. ¿Puedo llamarte esta noche?

—Eso me gustaría —dijo ella.

Cuando Darryl se marchó, Jessy se quedó de pie en la sala de estar, mirando de reojo el equipo de sonido. Suspiró. ¿Cómo podía haberse encendido Spotify solo? Y además, con millones de canciones disponibles, ¿qué posibilidades había de que apareciera esa en particular? Estaba segura de que nunca había escuchado nada de Cat Stevens en Spotify. Solo de pensarlo le entraban escalofríos.

No le daban miedo los fantasmas; David no sería la clase de fantasma que la atormentaría, en cualquier caso. Siempre fue un hombre amable y generoso.

Pero le asustaba revivir aquellos recuerdos.

Encendió la alarma, cosa que hacía en raras ocasiones, pero que esta vez la hizo sentir mejor, y después salió de casa, cerrando la puerta una, dos y tres veces, por si acaso.

«Porque todo el mundo sabe que las cerraduras funcionan mejor cuando se abren y cierran al menos tres veces».

En el coche, esperó que su teléfono se conectara con el sistema de manos libres del vehículo y llamó a Emma. Habían intimado en los últimos meses, desde que Jessy había ayudado en su rescate de las manos de un maníaco que intentaba matarla.

—¡Hola, Jessy! ¿Va todo bien? —preguntó Emma.

Aunque era temprano, Jessy sabía que Emma no estaba durmiendo. Aquellos días siempre se levantaba pronto para pintar antes de ir a la escuela. Jessy podía imaginarse a su amiga en el porche cubierto de la nueva casa que había comprado con Rob, donde había montado su estudio.

—Todo va bien, voy de camino al instituto.

—Es verdad, es viernes.

—Algo raro pasó anoche… Creo que necesito un cerrajero.

El tono de Emma cambió.

—¿Qué quieres decir con «raro»? ¿Has llamado a Rob? Ahora no está aquí, pero…

Jessy tomó la salida que conducía a la autopista.

—No creo que sea nada de lo que preocuparse. Simplemente estoy siendo cautelosa en exceso, nada más.

—De acuerdo, si tú lo dices… Puedes llamar a Jimmy, el cerrajero del pueblo. Es un tío genial y de total confianza.

Jessy memorizó el número que le dictó Emma.

—Gracias, Emma, le llamaré cuando pare a tomar café —dijo Jessy antes de colgar la llamada. Tomó nota mental de enviar un mensaje a su casera para informarla de que iba a cambiar las cerraduras.

Jessy volvió a pensar en el aparato que llevaba en la mochila. Ardía en deseos de compartirlo con Tom, Lyle y Rachel. Había extraído alguna información preliminar en su portátil, pero necesitaba las potentes máquinas del laboratorio para analizar el resto.

Seis meses de datos, esperándoles. Se preguntó si Lyle, que era tan bueno con los ordenadores, sería capaz de obtener las partes que necesitaba para su propia investigación.

7



Darryl

Darryl redujo la velocidad de sus zancadas cuando vio aparecer la estación de bomberos. Respiraba con fuerza tras correr diez millas. Oyó un ruido y miró atrás, esperando encontrarse con Jack o con Alex Miller; cualquier día, uno de los miembros más jóvenes del equipo iba a adelantarle, solo era cuestión de tiempo.

Le sorprendió ver a la agente de policía Susan Lopes. Rob y ella se habían unido hacía poco a las sesiones de entrenamiento de los bomberos, pero Darryl no esperaba que fuera una atleta tan excepcional.

—Ha sido una buena carrera —dijo, mostrando unos dientes muy blancos. El ritmo de su respiración apenas se había acelerado.

Darryl rio.

—Eres dura, Lopes. Creo que están desperdiciando tus talentos en la comisaría. Deberías venirte con nosotros.

—¿Qué demonios, Darryl? —preguntó Rob con rabia fingida, llegando a la vez que Adrian Walsh—. Esto no es uno de tus eventos de reclutamiento.

A Darryl le gustó comprobar que ambos hombres respiraban trabajosamente. Walsh se dobló en dos y apoyó las manos en las rodillas. Al igual que Darryl, Walsh era un gorila; ambos podían levantar mucho peso, pero necesitaban equilibrar esa fuerza con velocidad y resistencia. En un trabajo como el suyo, debían ser capaces de levantar peso y correr con él a la espalda durante mucho tiempo, tanto de forma figurada como literal.

—¿Qué diablos, habéis tomado un atajo? —preguntó Jack Miller, mientras su hermano y él llegaban por detrás.

Susan rio y cogió una botella de agua.

—Chicos, con las pesas seréis imbatibles, pero llamadme cuando necesitéis subir a una décima planta. —Les había dado una paliza cuando se habían parado en el pequeño estadio, detrás de la escuela, para subir y bajar las gradas.

—Dime que no tenemos que hacer esto otra vez —dijo Walsh con un gesto de dolor.

Darryl miró su reloj. Eran las diez de la mañana. Se preguntó qué estaría haciendo Jessy y si habría llegado ya a la ciudad. No le había enviado ningún mensaje, para no agobiarla.

—¿Jefe? —dijo Miller.

Darryl sacudió la cabeza.

—Perdona. Tomaos cinco minutos de descanso y luego iremos dentro para hacer ejercicios de resistencia. —Se acercó a coger su propia botella de agua y una toalla que había dejado sobre un banco.

Susan sonrió.

—¿Y qué? ¿Te lo pasaste bien anoche?

Darryl la miró.

—Pero ¿qué pasa, es que nadie tiene una vida privada en esta ciudad? —preguntó.

Susan lanzó una ruidosa carcajada.

—Diane, del Holly’s Café, vio tu coche aparcado junto a la puerta de la casa de Jessy Long.

Darryl se giró hacia Rob.

—Si alguna vez necesitas un detective, Diane es claramente la persona indicada.

—Me parece que le queda demasiado poco para jubilarse —dijo Rob.

—Es una forma de verlo —dijo Darryl. Diane se acercaba peligrosamente a los setenta años.

—¿Entonces, es verdad? ¿Jessy y tú pasasteis la noche juntos?

Darryl sabía que Emma, la prometida de Rob, era una de las mejores amigas de Jessy, y que no había ninguna mala intención detrás de la curiosidad de Rob. Aun así, no pensaba contarle una mierda.

—No vamos a hablar de eso —dijo, dando por zanjada la conversación. Luego recordó sus inquietudes. No quería traicionar la confianza de Jessy, pero llevaba preocupado toda la mañana —. Quizá te llame Jessy más tarde —añadió.

La pareja se enderezó, abandonando su actitud relajada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Va todo bien?

Darryl asintió.

—Preferiría que fuera ella la que os lo cuente, pero anoche estaba preocupada por algo. Cree que alguien podría haber entrado en su casa.

—¿Echó algo en falta? —preguntó Susan.

—Nada que pudiera ver. Simplemente, algo no encajaba. —No quería hablar de la canción, porque ni él mismo lo entendía del todo.

—Los viernes viaja a la ciudad, ¿no? Nos pasaremos esta tarde por su casa cuando vuelva, para asegurarnos de que todo va bien.

—Os lo agradecería —dijo Darryl.

Rob se golpeó con la mano en la cabeza.

—Casi me olvido. Hemos quedado con Jessy esta noche para tomar algo en el Siren's Call. Emma quería contarle en persona lo de la pedida de mano.

—¿Ya tenéis fecha para la boda? —preguntó Walsh—. Es mejor que te des prisa, Hope, o te la quitaré de delante de tus narices sin que te des cuenta.

—No te emociones tanto, sellamos el trato en invierno. Mañana vamos a ver tres posibles lugares para la boda.

«Las cosas que hace la gente por amor».

—Suena divertido, tío, nos gustaría apuntarnos —dijo Darryl, dándole una palmada a Rob en la espalda, con tanta fuerza que su amigo se tambaleó—. ¿Verdad?

Susan rio.

—Ya te digo. Qué lástima que tenga que quedarme en casa a ver cómo se seca la pintura de la pared.

—Mañana voy a la ciudad —intervino Alex Miller—. No me esperéis de vuelta hasta que empiece mi turno, el domingo.

Darryl se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que él no se iba de vacaciones, ni iba a ningún sitio. Y sabía que la pequeña ciudad podía funcionar perfectamente sin él, pero de algún modo sentía que, si algo ocurría, debía estar presente.

Rob y Susan cogieron sus cosas.

—Nosotros os dejamos ya. Tenemos que volver a la oficina.

Cuando se marcharon, Darryl llevó a su equipo a la planta superior. Puso a los hermanos Miller a hacer ejercicios de resistencia, mientras Walsh y él iban a su despacho. Darryl sacó la hoja de papel que Adrian había dejado sobre su escritorio la tarde anterior.

—¿Qué opinas, jefe? —dijo mientras tomaba asiento frente a él.

Darryl reconoció la mayoría de los nombres de la lista. Había un hombre tan claustrofóbico que no podía ponerse una mascarilla. Otro tenía problemas de espalda, pero aún podía ayudar en un puesto de apoyo que no implicara formar parte del operativo. En cualquier caso, el problema principal era obvio —lo había sido desde que llegó al departamento de bomberos—, no había

suficientes jóvenes capaces de cumplir los requisitos del puesto y dispuestos a ello.

—De los cuarenta voluntarios de la lista, casi el cincuenta por ciento cumplirán los cincuenta y cinco en los próximos tres años —empezó a decir Walsh.

—Y no tenemos suficientes voluntarios jóvenes para reemplazarlos —concluyó Darryl por él.

Los bomberos voluntarios cumplían un papel importante en su comunidad. Con solo cuatro bomberos profesionales, los voluntarios eran los que ofrecían la fuerza de trabajo, mientras esperaban a que llegaran los operativos de otras estaciones de bomberos cercanas.

—Exacto.

—Ahora que la edad para los bomberos voluntarios ha bajado hasta los dieciocho años, podemos empezar una nueva campaña en el instituto.

—Es una buena idea. Cuéntame más.

Ambos hombres pasaron la siguiente hora estudiando cómo podrían atraer a chicos jóvenes interesados en prestar un servicio a la comunidad, y cómo podían plantear esa propuesta de valor.

Les interrumpió una llamada de la centralita.

—Berner —respondió Darryl.

—Jefe, soy Jonathan Sparks. Acabamos de recibir una llamada de una de las granjas de la zona; hay un caballo herido. Repito, un caballo herido, justo a la salida de Holden Creek. 72-A-1. Paul Ryan ha llamado y ha confirmado que es uno de sus caballos. Parece que cayó al arroyo y no puede salir.

«Mierda».

Darryl conocía a Paul Ryan y sabía que ya estaría con el agua por la cintura, tratando de sacar el caballo él solo.

—Recibido. Podemos llegar en quince minutos. Dile a Paul que salga del agua y deje de intentar sacar al caballo por sí mismo.

—Le tengo en la otra línea, se lo diré.

—Y llama a la doctora Kilroy, Jonathan. A ver si puede ir en coche hasta allí. —Jane Kilroy era la mejor veterinaria del condado, para animales grandes. Se negaba a examinar cualquier criatura más pequeña que un ternero y solía rechazar a los turistas que acudían para que les echara un vistazo a sus pequeñas mascotas domésticas.

—Recibido. Cambio y corto.

Walsh ya estaba de pie. En menos de tres minutos, los cuatro hombres estaban listos y entrando en el Engine 1, el único camión de bomberos que quedaba en Sharp’s Cove. En aquella ocasión, le tocaba a Darryl conducir.

—¿Y esa cara tan seria, JMiller? ¿No te gustan los caballos? —preguntó Adrian.

—Es mejor que la típica llamada del «gato atrapado en un árbol» —replicó Álex.

—Walsh, pon a Ryan al teléfono —le pidió Darryl—. Dile que hablaba en serio, debe esperar en la carretera a que lleguemos, para que podamos verlo.

—No te preocupes, jefe, lo sacaré del agua —replicó Adrian. Darryl sonrió. Llevaban mucho tiempo trabajando juntos.

Paul Ryan agitó el brazo desde un lado de la carretera. Darryl conocía a Ryan desde que era un niño. De niño, había robado manzanas de su granja para vendérselas a los turistas en el puerto.

Cuando se unió al servicio de bomberos y coincidió con Ryan de nuevo, este le ofreció una manzana. Darryl comprendió así que el granjero siempre lo había sabido.

Como Darryl había predicho, el granjero se había metido en el agua. Su ropa estaba empapada y cubierta de barro, hasta el punto de que era imposible saber cuál era su color original. El hombre estaba temblando. Por primera vez, Darryl le vio como a un hombre bien entrado en años. Sus hijos se habían marchado de la ciudad. Darryl se preguntó qué le ocurriría a la granja cuando Ryan no estuviera.

—Paul —llamó Darryl.

—Darryl… Jefe de bomberos Berner… —respondió Ryan—. Caballeros, gracias por venir. Widow se cayó al arroyo y no he sido capaz de sacarla. Está agotada. Temo que esté a punto de darse por vencida. —Su voz estaba teñida de pánico.

Darryl asintió.

—Echaremos un vistazo. Paul, quédate aquí para recibir a la doctora Kilroy, que está de camino. El resto, seguidme.

Darryl comenzó a descender por la hierba mojada y resbaladiza, maravillado de que Ryan hubiera podido bajar y subir de nuevo por allí él solo.

Tras él, Alex Miller se cayó y se deslizó por la pendiente. Lanzó un torrente de maldiciones hasta que logró detener su avance.

—Demonios —se quejó mientras se levantaba, medio cubierto de barro—. ¿De dónde viene toda esta agua?

Su hermano sacudió la cabeza, riéndose.

—No vamos a ser capaces de generar tracción aquí —dijo Darryl, mirando hacia lo alto de la pendiente donde esperaba el camión. Bajo ellos, el caballo piafó lastimeramente. Era un ejemplar grande; Darryl no era ningún experto, pero calculó que debía de pesar más o menos como un SUV.

Alzó la cabeza hacia ellos y trató desesperadamente de alzarse antes de volver a hundirse sobre sus patas traseras. Sus ojos aterrorizados eran como perlas negras; su respiración, errática.

—Está muy estresada —observó Jack—. Y tiene frío.

Darryl se dio cuenta de que el joven estaba empatizando con el animal. Eso podía ser bueno… o no tan bueno.

«Es el momento de hacer un recordatorio rápido».

—Widow es un caballo. Recordadlo. Debemos afrontar casi cualquier riesgo para salvar a una persona, pero solo algunos en el caso de animales o propiedades. Soy yo el que decide los riesgos que tomamos en cada caso. ¿Está claro?

—Sí, jefe —respondieron los tres hombres al unísono.

—Ahora, veamos si podemos sacarla. Miller, coge una manguera. Vamos a hacer un tirachinas con ella.

—Voy a ello, jefe —dijo Alex, medio corriendo, medio deslizándose para remontar la colina.

—JMiller, parece que se te dan bien los caballos. Entra ahí e intenta mantener su cabeza fuera del agua —le pidió Darryl.

—Sí, jefe —dijo Jack, metiéndose en el arroyo. Incluso en la zona menos profunda, el agua le llegaba por encima de la cintura—. Joder, qué fría está. Ey, chica, hemos venido a echarte una mano —dijo con tono tranquilizador.

«Perfecto, eso evitará que cometa alguna estupidez».

—¿Qué quieres que haga yo, jefe? —preguntó Walsh.

En ese momento, Alex bajó la colina deslizándose con la manguera sobre el hombro derecho.

Uno de los extremos aún estaba enganchado al camión; iban a necesitar que siguiera así. Alex no perdió ni un momento en descargar la pila enrollada de manguera en el suelo entre Darryl y Adrian.

Darryl cogió la boquilla y tiró; sus músculos se tensaron. El que no había cogido nunca una manguera de bombero no se daba cuenta de lo mucho que pesaban. Trabajó rápido, sabiendo que el tirachinas no tenía por qué ser perfecto; solo necesitaban una ventaja mecánica para poner al caballo de pie y sacarlo del arroyo.

Desde el agua les llegó el susurro angustiado de Jack.

—Realmente lo está pasando mal.

—Mantén su cabeza fuera del agua y sigue hablando con ella. Solo palabras dulces, como si estuvieras hablando con tu chica.

Un par de minutos después, Darryl por fin se echó al hombro el tirachinas improvisado.

—Vamos, Walsh, entra conmigo en el agua —le dijo. Según llegaba a la altura del caballo, sus esfuerzos se volvieron más frenéticos.

—Buen trabajo, Jack. Aquí estamos, chica, vamos a pasarte esto alrededor del pecho —dijo Darryl con suavidad. Lanzó el extremo del tirachinas a Walsh, que lo recibió al otro lado del caballo. El agua les llegaba a la altura del pecho. Darryl pasó la última parte del tirachinas por entre las patas del animal, apretándolo en torno a sus cuartos traseros.

«Más vale que esto funcione».

—¿Dónde está la doctora Kilroy? Tenemos que confirmar que esto es seguro para el caballo antes de empezar a tirar —dijo Darryl. Creía que tenía un buen soporte, pero no podía estar completamente seguro.

—Estoy aquí, jefe Berner —respondió una voz de mujer. Jane Kilroy se acercó a ellos, bajando por la pendiente con facilidad. Era una mujer atractiva de unos cincuenta años. Se había pasado la vida al aire libre, lo que se apreciaba en las curtidas arrugas de su rostro. Tenía una mirada inteligente y tranquila.

—Me alegro de verte, doctora.

Saludó a los hombres con una inclinación de cabeza, pero su atención estaba centrada en el caballo.

—Estás haciendo un buen trabajo tranquilizándola y asegurándote de que mantiene la cabeza fuera del agua —le dijo a Jack.

Darryl esperó mientras la doctora Kilroy evaluaba los aspectos mecánicos del tirachinas de emergencia.

—Tiene buena pinta —corroboró—. ¿Estáis pensando en usar el camión para sacarla?

Darryl sacudió la cabeza.

—No tiene el ángulo adecuado. No queremos hacerle daño. Usaremos el arnés solo como apoyo al principio e intentaremos levantarla nosotros mismos.

—¿Desde atrás? Si se cae…

—Será mejor que no. Miller, Walsh, agarrad la parte frontal del arnés y tirad. JMiller, quédate donde estás, sigue manteniendo su cabeza fuera del agua. Yo empujaré desde atrás —dijo mientras se situaba detrás del caballo.

—Doctora Kilroy, ¿podrías quedarte fuera? Necesitamos que nos sirvas de enlace con Paul. Paul, tienes que ponerte al volante del camión. Cuando la doctora Kilroy te de la señal, avanza muy lentamente.

—¿Yo? —preguntó el granjero, fascinado—. ¿Puedo conducir el camión de bomberos?

«El alcalde me va a poner fino. Y eso suponiendo que Ryan no acabe dando marcha atrás sin

querer y se meta en el arroyo».

—Exacto. Es como cualquiera de tus tractores. Necesitamos que lo muevas despacio, y solo cuando la doctora Kilroy te lo diga.

—Puedo hacerlo —dijo Paul, volviendo al mundo real y medio trepando, medio deslizándose para subir la colina.

Darryl tembló e intentó ignorar el frío. Entraría en calor muy pronto. Comprobó que la manguera estaba bien puesta en torno a las patas traseras del caballo.

Miró a Walsh y a Miller, que habían ocupado sus posiciones frente al animal, uno a cada lado.

—¿Listos? Uno. Dos. ¡Tres!

Darryl empujó al caballo por detrás al mismo tiempo que Walsh y Miller tiraban. Al principio, el caballo se movió hacia adelante. Darryl estaba seguro de que iban a conseguirlo. De pronto, una de las piernas del caballo se deslizó y su cuerpo volvió a caer al agua. Darryl se echó hacia atrás para no acabar aplastado, mientras el caballo aterrizaba de lado donde él había estado hacía un segundo.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo Jack para calmarla. La voz del joven parecía tranquila, pero Darryl fue capaz de detectar una nota de pánico.

Tiró del arnés. Necesitaban que el caballo se levantara para intentarlo de nuevo.

—Ponte de pie —gruñó mientras tiraba hacia arriba. Sus músculos se tensaron por el esfuerzo. Walsh y Miller ahora estaban juntos. Ambos tiraban por delante.

—A la de tres —dijo Darryl—. Uno. Dos. ¡Tres!

Los tres tiraron con todas sus fuerzas. Widow relinchó, protestando por ser maltratada de aquella manera. Por fin consiguieron que se levantara. Darryl mantuvo la presión hasta que estuvo seguro de que sus patas iban a aguantar. Sus músculos protestaron. Podía sentir cómo el ácido láctico se acumulaba en sus brazos.

—Doctora Kilroy, a la de tres vamos a intentar de nuevo sacarla. Paul tiene que mantener la tensión en la manguera en todo momento.

La doctora Kilroy asintió y comenzó a gritarle las instrucciones a Paul.

«Tres».

Darryl empujó con todas sus fuerzas. Los cuatro hombres trabajaron al unísono; pulgada a pulgada, dirigieron al enorme caballo hasta el límite del riachuelo. Cuando ya no hubo peligro de que su cabeza se sumergiera, Jack se unió a Darryl para empujar desde atrás.

Darryl detectó el momento en el que el caballo se percató de que estaba cerca de salir, pues sus relinchos empezaron a transmitir menos miedo y más impaciencia.

Por fin, el animal se encontró junto al borde. Los cuatro hombres lo sujetaron para asegurarse de que no se deslizaba otra vez hacia atrás. Darryl miró a su espalda y vio que Jack estaba demasiado cerca de las ancas traseras; era una mala idea quedarse ahí cuando estaba claro que Widow estaba aterrorizada.

—Cuidado, Jack, muévete... —Se detuvo a media frase cuando vio la sacudida de la cola y la pata trasera alzada, indicando que la yegua se preparaba para asestar una coz. Se lanzó hacia Jack para alejarlo del caballo, pero el joven ya se había apartado y lo único que consiguió fue caer de culo en el agua mientras la pata trasera pasaba a su lado sin causar daño.

—Demonios —dijo, apretando los dientes para no dejar entrever su frustración.

—¿Te encuentras bien, jefe? —preguntó Jack. Había palidecido—. Lo siento, no pensé…

—¿Te has hecho daño? —dijo la doctora Kilroy.

—Estoy bien. Lo único que ha sufrido daño aquí ha sido mi ego. Dadme un segundo para

salir de aquí.

Para cuando logró salir del agua, Adrian y Alex habían llevado al aterrorizado caballo hasta la doctora Kilroy.

—No tiene pinta de que se haya roto nada —confirmó la doctora.

Darryl volvió a reunirse con el equipo.

—Parece que camina bien—dijo Darryl—. Es hora de sacarla de aquí.

Lentamente, con el camión tirando delante y los cuatro hombres a su lado sosteniéndola, la yegua comenzó a ascender la resbaladiza pendiente.

Por fin, llegaron al borde. El caballo se colocó en un lado de la carretera, sacudiéndose como un junco en mitad de un tornado. Los hombres miraron a la doctora Kilroy con preocupación.

—Probablemente sea consecuencia del shock y el frío. Coged las mantas que hay en la parte trasera de mi pickup, tenemos que conseguir que entre en calor.

Ninguno de ellos pensaba contradecir a una experta. Durante la siguiente media hora, siguieron las órdenes de la doctora Kilroy para ayudar a la yegua a recuperar la temperatura. Pronto, Paul Ryan regresó con el tráiler para llevarla de vuelta a la granja.

—Llévala a casa, Paul —dijo la doctora Kilroy—. Va a estar bien. Iré a verla esta noche.

Paul Ryan se lo agradeció con vehemencia.

—Gracias, no tengo palabras para…

—No tienes que dárnoslas, Paul. Solo hemos hecho nuestro trabajo.

—Y ha sido un trabajo excelente. Ahora probablemente tenéis que iros a casa a cambiaros también. Lamento no tener mantas para vosotros.

—Tenemos ropa seca en el camión. Gracias por la ayuda, doctora Kilroy. Chicos, nos vamos.

8



Jessy

Jessy llegó a casa justo a tiempo para conocer a Jimmy, el cerrajero que Emma le había recomendado. Era un hombre alto y delgado que llegó pertrechado con lo que parecía una maleta llena de cerraduras. Jessy observó con impaciencia mientras las alineaba en el porche meticulosamente, antes de coger la primera y explicarle su funcionamiento, sus pros y sus contras, con gran detalle. Luego la dejó con cuidado boca arriba en el suelo y cogió a la siguiente.

Para cuando llegó a la cuarta cerradura, Jessy había olvidado todo lo que le había contado sobre las tres primeras.

«Van tres. Quedan como unas cien más».

No quería sonar impaciente, pero necesitaba algo de tiempo para prepararse antes de ir a ver a Emma y a Rob.

Controló su nerviosismo, recordándose a sí misma que Jimmy había venido hasta allí para ayudarla.

—Esta información es muy útil —le dijo—, pero lo que realmente necesito es consejo, Jimmy. ¿Qué cerradura instalarías tú si esta fuera tu casa?

La miró sorprendido, como si nadie nunca le hubiera hecho esa pregunta.

—Bueno —balbuceó—. Este es un buen barrio, pero, si esta fuera mi casa, me gustaría que fuera muy segura.

—Eso es exactamente lo que quiero —confirmó Jessy.

—La puerta es sólida, así que hay muchas opciones. Tienes esta cerradura que se conecta a la Wifi y funciona con el *smart home system*.

—Imagina que no tengo de eso. Pensemos en la mejor cerradura.

Jimmy reflexionó durante un minuto antes de elegir otra.

—Esta es la que yo instalaría, la Schlage B60N. Es una cerradura de seguridad de un solo cilindro y parece simple, pero es casi imposible de forzar y tiene la más alta certificación que existe, en lo que se refiere a resistencia contra allanamientos.

Le ofreció la cerradura a Jessy para que la sostuviera en sus manos.

—Necesitaré dos. Una para la puerta delantera y otra para la trasera.

Jimmy sonrió como si acabara de vender un Ferrari.

—Genial, no hay problema.

—También necesito que las instales hoy. Si es posible, claro —añadió, sintiéndose un poco culpable dadas las horas.

—Por supuesto que sí, ya contaba con ello.

—Vale, genial. Lo único, tengo que salir a cenar.

—Vale. Simplemente coge una de las llaves nuevas cuando te vayas para que puedas entrar esta noche. Me llevaré todo lo demás conmigo y lo podrás recoger mañana en la tienda.

—Estupendo, gracias.

—¿Qué quieres que haga con las cerraduras viejas?

Jessy lo pensó durante un momento y concluyó que su casera no necesitaba más trastos en la caseta que había al fondo del jardín.

—Llévatelas, por favor. No voy a necesitarlas.

Jimmy parecía a punto de decir algo más, pero Jessy le dio las gracias de nuevo y se fue al piso de arriba. Una parte de ella deseaba empatizar con alguien como Jimmy; parecía un hombre

de buen corazón. Pero no le atraía lo más mínimo. Automáticamente se puso a pensar en Darryl. La reacción del hombre a la pequeña crisis de la noche anterior le había sorprendido. En vez de enfadarse porque su cita se hubiera arruinado, se había comportado como un verdadero amigo, más preocupado por ayudarla, que por meterse en sus bragas.

Jessy miró su cama, con deseo. Nada le habría gustado más que quedarse en casa, ponerse el pijama y quizá llamar a Darryl.

Pero no podía cancelar su cita con Emma. Si la conocía lo más mínimo, y Jessy se consideraba relativamente hábil a la hora de juzgar a las personas, Emma estaba a punto de casarse o bien se había quedado embarazada. Jessy tenía que estar al lado de su amiga.

Como no le apetecía salir, decidió dedicar más tiempo a prepararse. Se dio una ducha larga, con el pelo recogido para que no se mojara y luego se dispuso a elegir la ropa.

Admiró una falda negra y estrecha, pero luego pensó que mejor reservarla para su siguiente cita con Darryl. El calor recorrió su cuerpo al recordar la facilidad con que el bombero la había levantado y la había apretado contra su cuerpo.

«Definitivamente, voy a reservar la falda para eso».

Suponiendo que hubiera una siguiente cita, después del desastroso final de la primera.

Decidió ponerse un par de vaqueros negros ceñidos y una blusa de seda y luego fue al baño a elegir unos pendientes.

Cogió unos aros de platino. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había puesto esos pendientes. David se los había regalado la tarde anterior a su primera exhibición de arte. Parecía que hubiera pasado un millón de años desde entonces.

Se alegraba de haber llegado a un punto donde podía recordar los buenos tiempos; David como artista, David como su mejor amigo y compañero. No lamentaba en absoluto el tiempo que habían pasado juntos.

«Ni siquiera si todo tenía que acabar así».

Ojalá hubiera tenido el apoyo de su familia; quizá entonces todo habría sido más sencillo de soportar, pero su familia nunca había aprobado aquella relación y el suicidio de David no había ablandado sus corazones. Al contrario: había ofrecido la oportunidad a sus padres de demostrarle que aún eran más severos de lo que ella creía.

No podía pensar en eso ahora.

Dejó los aros de nuevo en el cajón; aquella noche no era el momento de llevarlos y, hasta donde sabía, ese momento podía no llegar nunca. En su lugar, eligió un par de pendientes de lapislázuli con cierres de broche. Se observó en el espejo y asintió. Parecía —si no atractiva— al menos en control de sí misma.

«Mierda, voy a llegar tarde».

Se detuvo junto a la entrada de la cocina, donde Jimmy seguía trabajando en la cerradura.

—La puerta principal ya está. Puedes coger las llaves. Me llevaré el resto a la tienda para que lo recojas mañana.

Jessy le dio las gracias y se fue a toda prisa. Llegó al bar solo unos minutos tarde. Rob y Emma ya estaban allí, sentados uno al lado del otro, pegados como lapas.

—¡Jessy, has llegado! —dijo Emma, feliz.

Había otras dos personas sentadas a la mesa. Una era una mujer morena corpulenta, que Jessy había visto un par de veces por la ciudad. El otro era un hombre que no le sonaba de nada. Ambos se presentaron como compañeros de trabajo de Emma.

—Soy Lynn, enseño arte —dijo la mujer. Mientras le estrechaba la mano, los restos de pintura bajo las uñas le recordaron a su propia profesora de arte de cuando era niña.

«Quizá sea algo que todos los profesores de arte tienen en común».

El hombre se puso en pie para darle la mano. Era un par de pulgadas más alto que Jessy y muy pálido, como si no se hubiera expuesto nunca al sol. Su cabello castaño, rizado y largo, le llegaba por debajo de los hombros.

—Soy Don. Enseño lengua en secundaria —dijo con voz suave y tranquila. En cuanto hubo dicho esas palabras, bajó la mirada y empezó a jugar con la esquina de su servilleta.

—Y esta es mi amiga Jessy, de la que tanto os he hablado —dijo Emma—. Llevo queriendo que Lynn y tú os conocierais, desde hace tiempo, y Don acaba de llegar a Sharp's Cove para incorporarse al inicio del curso escolar, así que le he invitado también.

—Encantada de conoceros a ambos —dijo Jessy, haciendo un gesto para que todos se sentaran de nuevo.

Pronto, Jessy tenía una cerveza en la mano, como los demás.

—Y bien, ¿qué estamos celebrando? —preguntó, sonriente.

—Nos vamos a casar —dijo Emma, aferrando el brazo de Rob. Este miró a su prometida como si no pudiera creer su suerte.

Jessy felicitó a sus amigos con entusiasmo. Se consideraba una persona algo cínica, lo bastante como para saber que la mitad de los matrimonios acababan en divorcio, pero apostó a que Rob y Emma acabarían su vida juntos.

Después de un rato, Rob se acercó a ella.

—Felicidades, Rob —le dijo—. Me alegro sinceramente por ambos.

Parecía que hubiera pasado una vida entera desde que había intentado ligar con él y había acabado etiquetada claramente como «amiga». Ahora se alegraba de que hubiera sido así. Rob era un amigo excelente.

—Gracias, Jessy. Significa mucho para mí. Quizá Emma esté más nerviosa por la boda que yo, pero no veo el momento de casarme con ella.

—Me alegro. Ambos os merecéis ser felices.

—Escucha, Jessy —dijo poniéndose serio—. Hoy he estado con Darryl. No quiero meterme en tus asuntos, pero somos amigos y me ha comentado que había algo que te preocupaba. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Jessy sacudió la cabeza. Se lo esperaba, por supuesto, pero le sorprendió que Darryl no hubiera compartido ningún detalle con Rob.

—Cuando llegué a casa el otro día, había música sonando en mi equipo. Pensé que había entrado alguien, pero ahora me parece que no tiene sentido, aunque, por si acaso, he cambiado las cerraduras.

—Buena idea. No es un error confiar en tu instinto, Jessy. Si crees que algo anda mal, si necesitas cualquier cosa, llámame a mí o a cualquier otra persona de la oficina del sheriff, de día o de noche.

Jessy sintió un nudo en la garganta. No tuvo que responder, pues en ese momento se abrió la puerta del bar y reconoció la figura corpulenta de Adrian Walsh. Su corazón se aceleró al comprobar que había otra persona detrás de él: Darryl.

Ambos hombres caminaron directos hacia su mesa.

—Buenas tardes —dijo Adrian—. ¿Queda sitio para nosotros?

Rob se movió para dejar espacio y Adrian rio.

—Preferiría sentarme al lado de una de estas encantadoras damas —dijo tomando asiento al otro lado de Jessy. Tras él, Darryl gruñó, pero se sentó junto a Rob.

—¿Has pasado un buen día? —preguntó Emma.

—Déjame contarles la historia, jefe —dijo Adrian y procedió a explicarles cómo Darryl había terminado en el riachuelo mientras rescataban un caballo.

—Era más bien un burro, en realidad —aclaró Adrian.

—Widow te daría una coz en el culo si te oyera hablar así —dijo Darryl, pero estaba conteniendo la risa. Cuando se giró para mirar a Jessy, sintió mariposas en el estómago.

—Tú debes de saberlo todo sobre animales peligrosos, Jessy —intervino el profesor de inglés, de modales suaves.

—Nunca he sido pateada por un tiburón —dijo Jessy, tratando de hacer una broma. Al otro extremo de la mesa, Emma palideció.

Jessy podría haberse abofeteado a sí misma. Había olvidado que Emma y Rob estuvieron a punto de morir por el ataque de un tiburón el verano pasado.

—Lo siento —dijo con rapidez.

—No pasa nada —dijo Emma—. He estado viendo a un psicólogo. Me ha ayudado a comprender que el tiburón no era el problema. —El nombre de Stephen Ford no fue mencionado, pero la agonía en la voz de Emma le hizo alegrarse de que aquel hombre hubiera muerto. Cruzó una mirada con Rob; había adoptado una expresión dura.

Jessy cogió un nacho con queso y lo masticó con entusiasmo.

«Probablemente debería haber comido algo antes de empezar a beber».

Incluso si no hubiera sabido que era viernes, habría sido capaz de deducirlo por el ambiente animado y relajado que se respiraba en el bar, que casi la hizo olvidar lo que había ocurrido la noche anterior; al menos las cosas malas. Jessy no quería olvidar su cita con Darryl y la forma en que la había hecho sentir.

Lanzó a Darryl una mirada discreta; estaba tremendo con aquel polo gris. Jessy no quería que llegara el invierno, pues Darryl ocultaría aquellos poderosos bíceps bajo una sudadera y un abrigo.

«Si es que aún estoy aquí cuando llegue el invierno».

El pensamiento la entristeció. Desde que había conseguido aquel trabajo, se había comportado como una nómada. Durante los últimos años se había dedicado a perseguir a sus tiburones allá donde fueran. Esta era la primera vez que se sentía vinculada a una ciudad y a sus habitantes.

Para cuando empezaron a contar bromas de profesores, Jessy ya había bebido tres cervezas. Sabía que aún podía caminar hasta la puerta sin hacer eses, igual que sabía que tendría un dolor de cabeza de mil demonios a la mañana siguiente.

Rechazó la oferta de una cuarta cerveza.

—Tengo que irme. Voy a reunirme con mi equipo mañana para marcar algunos tiburones.

—¿En sábado? —dijo Emma. Jessy asintió.

—¿Puedo dejarte mi parte? —preguntó a Emma, después de llevarla a un lado y sacar unos billetes de su cartera.

—Invitamos nosotros —dijo Emma—, tú puedes pagar la próxima vez.

Jessy sonrió.

—Entonces invito a la próxima. Gracias. Me lo he pasado muy bien y me alegro mucho por ambos —le dijo, apretándole la mano a su amiga.

«Es el momento de hacer honor a tus palabras y caminar en línea recta».

Jessy se dirigió a la salida, sintiendo todo el rato la mirada de Darryl en su espalda. Fuera del bar todo estaba en calma y se alegró de haber tomado la decisión de caminar. No estaba borracha, para nada, pero no quería ponerse al volante del coche. Inhaló una bocanada de frío

aire nocturno y empezó a andar.

—Oye —dijo alguien en voz baja.

Jessy se puso tensa un momento antes de reconocer la voz. Se dio la vuelta con rapidez.

—¿Darryl? ¿Va todo bien?

—Eso tendría que preguntarlo yo, ¿no crees? —dijo sonriendo—. Alguien entró en tu casa ayer por la noche. No creo que sea buena idea que…

Jessy sacudió la cabeza.

—He cambiado las cerraduras. También he llamado a una empresa de seguridad para que instalen una alarma nueva. Vendrán a hacerlo mañana.

—Ven a mi casa —le dijo con los ojos oscurecidos por el deseo—. Puedes dormir allí esta noche. Tengo una habitación para invitados —añadió muy rápido.

Jessy sonrió.

—Si voy a tu casa, no voy a dormir en la habitación de invitados. De hecho, quizá ni siquiera esté pensando en dormir —le dijo y esperó a ver su reacción.

La sonrisa de Darryl se ensanchó.

—Muy bien. En ese caso, pasa la noche en mi casa, conmigo.

Alargó la mano, esperando a que Jessy tomara una decisión.

Darryl

Darryl abrió la puerta de su apartamento y se echó a un lado para permitir el paso a Jessy. Captó su perfume al entrar, un aroma fresco y sutil que había empezado a asociar con ella.

Como hacía casi todo el mundo al llegar a un lugar nuevo, Jessy fue directa a la ventana y miró al exterior. Darryl se quedó tras ella, contemplando la estación de bomberos. Podía ver luz en algunas ventanas; Jack Miller estaba de guardia aquella noche.

—No te pilla muy lejos el trabajo —le dijo.

Darryl podía llegar a la estación de bomberos en cincuenta y ocho segundos. Se dio cuenta de que gracias a eso había salvado bastantes vidas en los últimos cinco años, pero no lo comentó. Habría sonado como una fanfarronada y su trabajo no era algo con lo que fanfarronear. La confianza que la comunidad tenía en él y en su equipo le había enseñado humildad y trabajaba duro para hacerse merecedor de ella.

Darryl le dio un beso en la cabeza e inhaló su aroma. Jessy se echó hacia atrás y dejó que cargara con parte de su peso. Fue un contacto eléctrico. Darryl emitió un jadeo.

Jessy sonrió y se apartó para dar una vuelta por el salón. Darryl caminaba tras ella, con cuidado de no avasallarla. Nunca había traído mujeres allí; normalmente era él quien las llevaba de vuelta a su casa tras la cena y a veces pasaba la noche con ellas.

Vio aquel lugar como debía de verlo un extraño; pequeño, sencillo, quizás algo aburrido. La mayor parte del mobiliario era viejo y no combinaba. No reemplazaba las cosas, pese a que podía permitírselo, porque pasaba poco tiempo en casa y la decoración no era una de sus prioridades. No obstante, el lugar estaba ordenado y limpio.

Darryl dejó su móvil y su busca sobre la encimera de la cocina, deseando que siguieran en silencio. Siempre tenía el volumen al máximo en ambos, pues prefería mil veces que alguien interrumpiera lo que estuviera haciendo antes que perderse una llamada de la central; pero esta noche, más que nunca, deseaba que no hubiera ninguna emergencia.

Se quitó la sudadera, que se había puesto al salir del bar, y la dejó sobre el respaldo de una silla. Se percató de que las pupilas de Jessy se dilataban ligeramente mientras lo hacía. Le excitaba mucho que le encontrara atractivo. Aún no se habían acercado el uno al otro y su miembro ya comenzaba a endurecerse. Quería estrujarla y besarla hasta que ambos se quedaran sin aliento. Pero, al mismo tiempo, no quería que pensase que era una especie de neandertal.

—¿Te gustaría beber algo? —preguntó.

Jessy sacudió la cabeza.

—Preferiría quitarte esa camiseta —respondió. Y sin más, salvó la distancia que les separaba y le tocó. El tacto de las manos de Jessy sobre su abdomen fue suficiente para que su pene acabara de ponerse duro.

—Eres tan fuerte —susurró, levantando la tela de su camiseta.

Darryl no era un hombre vanidoso. Entrenaba porque necesitaba estar en forma para su trabajo, no por otro motivo. Pero en ese momento, con Jessy observándole como si se encontrara ante un regalo que quería desenvolver, como si apenas pudiera aguantar la tentación de tocarle por todas partes, se alegró de todos los entrenamientos y todos sus esfuerzos por mantenerse en forma.

—Por favor, tócame —le dijo con un hilo de voz.

Sus manos pequeñas recorrieron sus pectorales y su espalda, presionando su carne y arañándole suavemente. La boca de Jessy encontró sus pezones y a Darryl, a quien nunca antes le

habían parecido un punto erógeno de su cuerpo, le pareció que iba a desmayarse de placer.

—No es justo —jadeó. La levantó con facilidad, maravillado de lo poco que pesaba para lo atlética que era. Las piernas de Jessy se cerraron en torno a sus caderas de forma automática; la presión sobre su miembro se volvió tan intensa que se tambaleó hacia adelante.

La dejó con suavidad sobre la mesa de la cocina, sabiendo que nunca volvería a ver aquella mesa de la misma forma y se inclinó hacia adelante, para que sus respectivos sexos se frotaran entre sí.

«Maldita sea toda la ropa que se interpone entre nosotros».

Mientras Jessy gemía suavemente y flexionaba sus caderas para acercarse aún más a él, Darryl se obligó a bajar el ritmo. No quería correrse en los bóxers.

—Eres preciosa —le dijo, deslizando una mano por un lado de su rostro.

—Tócame —suplicó Jessy, arqueando el cuello para facilitarle el acceso. Darryl la besó y chupó el cuello y la clavícula, con delicadeza.

—Me encanta este top —le dijo. La fue besando mientras descendía por su cuello hasta alcanzar sus senos. Jessy se arqueó a su paso, gimiendo con suavidad mientras Darryl le bajaba el top para descubrir sus pechos. Llevaba un sujetador de encaje negro, casi translúcido y pudo ver la silueta de un pezón.

«No es suficiente».

No podía tirar más del top sin romperlo, así que se lo quitó con un sencillo tirón, quedando fascinado por los pequeños pezones marrones enhiestos tras el encaje negro.

—Llevan volviéndome loco toda la noche —dijo retirando las copas del sujetador para revelar sus pechos firmes—. Debería ser ilegal que llevaras sujetador.

Se lo desabrochó con un movimiento experto y se llevó un pezón a la boca mientras acariciaba el otro suavemente entre el pulgar y el índice. Siguió así durante un rato, tratando de deducir qué le causaba más placer a partir de sus gemidos leves y delicados y de la forma en que sus caderas se movían de forma instintiva hacia él.

—Necesito más —dijo Jessy por fin, tirando de su pelo corto.

Darryl chupó con más fuerza el pezón que tenía entre sus labios, con cuidado de no hacerle daño con los dientes.

—No —pidió ella—. Necesito *más*. Necesito que me toques.

Darryl se planteó desabrocharle los pantalones a Jessy y quitárselos allí mismo. Era como vivir un sueño. Estaba increíble abierta de piernas sobre la mesa de la cocina. Era como si estuviera preparada para que Darryl se diera un festín con ella. Ya estaba moviendo las manos en dirección al botón cuando algo lo detuvo. De pronto, pensó que recordaría aquel momento para siempre y que tenía que hacer las cosas *bien*.

Dio vueltas a aquella palabra en su cabeza. Siempre había tratado de ser un amante considerado; el placer no tenía sentido a menos que fuera compartido y él hacía todo lo posible para asegurarse de que sus compañeras de cama pasaban un buen rato y terminaban tan satisfechas como él. Pero aquel concepto, «bien», que daba vueltas en su cabeza, tenía muy poco que ver con el placer físico; necesitaba que Jessy estuviera tan comprometida con aquel acto como él.

Jessy emitió un pequeño gemido impaciente. Darryl rodeó su cintura con las manos y la estrechó contra él. Sus piernas fuertes y esbeltas se cerraron en torno a sus caderas, enviando escalofríos de placer por su espalda.

Había atravesado la mitad del salón cuando los labios de Jessy encontraron su cuello. Darryl se tambaleó y a punto estuvo de perder el equilibrio antes de enderezarse de nuevo.

—Cuidado —susurró Jessy, mientras sus dientes arañaban su lóbulo. Su miembro se endureció aún más.

—Pequeña descarada —respondió. La sostuvo con un único brazo y liberó su mano derecha para abrir la puerta del dormitorio. Se alegró de haber cambiado la ropa de cama aquella misma mañana.

La dejó sobre el colchón y disfrutó del contraste de su piel clara sobre las sábanas gris oscuro.

—Ahora quítate los pantalones —le pidió en voz baja.

Jessy

Jessy se contoneó para quitarse los prietos vaqueros negros. Para cuando terminó, la respiración de Darryl era rápida y trabajosa, como si acabara de correr varias millas.

Jessy sonrió, disfrutando del control que ejercía sobre un hombre tan fuerte y duro como aquel. Le hacía sentir valiente, capaz de cualquier cosa. En lugar de meterse a toda prisa bajo las sábanas, como habría hecho en casi cualquier otra circunstancia, se puso de rodillas en la cama, de espaldas, para ofrecerle una buena panorámica de su culo.

Se giró para mirarle mientras pasaba el pulgar por el interior de la tira del tanga.

—¿No quieres quitármelo? —preguntó.

La nuez de Darryl subió y bajó cuando tragó saliva. Se frotó la entrepierna con la mano derecha por encima de los vaqueros mientras acercaba la izquierda hacia ella.

Jessy sacudió la cabeza y se apartó de él, aún jugando con el tanga.

—No hasta que te quites esos pantalones… y todo lo demás que llevas puesto.

Darryl logró quitarse los pantalones y los bóxers en un tiempo récord. Saltó de una pierna a otra para quitarse los calcetines; pero no eran precisamente sus pies a donde se dirigían los ojos de Jessy. Se descubrió mirando al pene más grande que había visto en su vida.

«¿Y si no cabe?».

Aquel instante de duda fue seguido de una explosión cálida en su vientre. Se preguntó si Darryl sabría reconocer lo excitada que estaba.

Darryl aún no había movido un músculo y parecía feliz de que le mirara así. Le gustaba que, pese a ser tan fuerte, le cediera tanto el control. Comprendió de forma instintiva que con él estaba a salvo, en todos los sentidos. Se incorporó para tocarle, acariciando los músculos de sus hombros y su pecho.

—Hace mucho que quería tocarte así —dijo Jessy.

Cuando sus manos descendieron a los músculos cincelados de su abdomen, el pene se hinchó todavía más. Jessy separó los labios y besó el miembro con delicadeza. Darryl gruñó.

Cogiendo confianza, lamió su miembro de arriba abajo, explorándole en toda su longitud. Era demasiado grande para metérselo entero en la boca, pero introdujo la punta y lamió el fluido dulce que se estaba acumulando.

—Si sigues haciendo eso, me voy a correr —le advirtió.

—¿Tan malo sería? —respondió Jessy sonriendo.

—Prefiero correrme dentro de ti —dijo Darryl—, pero primero quítate esto —suplicó, enganchando su tanga con el pulgar. Sabía que podía romperlo fácilmente con un único tirón, pero prefirió bajárselo con suavidad y lentamente.

—Vas a acabar matándome —dijo en voz baja cuando ella estuvo completamente desnuda.

Jessy se alegró de haberse hecho la cera hacía solo unos días. Le gustaba mantener su depilación brasileña al estilo «landing strip» —una fina línea de vello, como una pista de aterrizaje— bien arreglada. Al parecer, a Darryl también le gustaba.

Se echó hacia atrás en la cama para que pudiera verla bien. Darryl alargó hacia ella una mano firme y curtida. Recogió la humedad alrededor de los labios con el dedo y lubricó su clítoris. Mientras lo hacía, presionaba suavemente su pubis con la otra mano. Jessy no tenía palabras para transmitirle lo mucho que le gustaban aquellas dos acciones simultáneas; esperaba que sus gemidos bastaran. Darryl introdujo un dedo largo dentro de ella. Pese a su respiración acelerada, se movía con lentitud, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Jessy necesitaba… Necesitaba *algo*. Pero no encontraba la palabra adecuada.

—No puedo pensar —dijo y soltó una risita.

Él se inclinó sobre ella, sin perder aquel ritmo lento e incansable.

—No tienes que pensar en nada, solo sentir —gruñó—. Sentir lo mucho que te deseo.

La palabra acudió a su cabeza. Lo que quería, lo que necesitaba.

—Más —le ordenó, deseando que no pidiera más detalles.

La presión en su interior se incrementó. Supuso que estaría usando dos dedos. Aún seguía frotando su clítoris suavemente con el pulgar.

—No… No pares —le suplicó. Sentía que estaba a punto de llegar al orgasmo. No había nada peor que quedarse a medio camino cuando estaba tan cerca. Tan cerca.

Darryl le habló en voz baja al oído.

—No voy a parar —susurró—. Córrete para mí, Jessy —le pidió.

Sin más, ella se dejó ir. Gritó, sorprendida por el enorme placer que la inundaba.

«Nunca me había sentido así».

Quizá había olvidado lo que era experimentar un orgasmo provocado por alguien que no fuera ella misma.

—¿Estás bien? —preguntó Darryl un minuto después, acomodándose junto a ella en la cama. Su mano acarició su brazo con delicadeza. Sus ojos estaban anegados de placer.

Jessy asintió.

—Mejor que bien.

—Mejor que bien es genial, ¿no? —dijo con ternura, rozando sus labios con los de Jessy. Jessy sacó la lengua para recibir aquel beso inocente y convertirlo en algo muy distinto.

—No hemos terminado, ¿verdad? —preguntó. Podía sentir la erección de Darryl contra su cuerpo.

—No, a menos que tú lo quieras —le dijo. Habló con ligereza, pero Jessy sabía que le estaba dando la oportunidad de decidir. Le besó con más pasión. Tener una conversación mientras se besaban le parecía muy íntimo; más incluso que lo que habían estado haciendo hacía tan solo unos minutos.

—Me siento demasiado vacía —se quejó. Cuando pronunció estas palabras, el pene de Darryl palpitó contra su muslo.

—Quizá pueda hacer algo al respecto —le dijo. Se puso de lado en la cama y sus músculos crearon deliciosas ondulaciones mientras hurgaba en el cajón de su mesilla.

—Sé que está aquí, por alguna parte —gruñó—.

Sostuvo el pequeño envoltorio plateado como un trofeo durante un segundo, antes de abrirlo y colocarse el preservativo con rudeza. Jessy sintió que el calor volvía a invadir su vientre. Separó las piernas, segura de que él comprendería que estaba lista para recibirle.

Darryl se colocó sobre ella y apoyó los codos sobre el colchón para no cargar todo su peso contra su cuerpo. Jessy tomó su miembro con la mano y lo dirigió hasta su sexo.

No tuvo que pedirle que tuviera cuidado. Darryl frotó la punta del pene contra ella y la penetró despacio, muy despacio. Justo cuando Jessy pensaba que ya tenía que haber entrado del todo, salió y volvió a penetrarla, dilatándola por completo.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz a medio camino entre un gruñido y un susurro.

«Oh, sí».

Jessy asintió y sus miradas se cruzaron.

Lentamente, su cuerpo se fue adaptando a su tamaño.

«Voy a correrme antes de que entre del todo».

«Sería la primera vez».

Entonces Darryl comenzó a moverse y cualquier otro pensamiento abandonó su mente.

«Y además sabe cómo usarla».

Si seguía manteniendo aquella presión constante no iba a poder contenerse.

—No me dejes correrme todavía —gimoteó.

—¿Por qué no? —preguntó Darryl. Su voz era firme, pero Jessy pudo ver que su frente brillaba por el sudor. No había salido indemne de aquel íntimo baile que estaban manteniendo.

—Quiero que nos corramos juntos —le dijo, culminando sus palabras con un pequeño gemido. El placer era tan intenso que bordeaba el dolor

—Yo también —le dijo. —Dios, no sé si puedo bajar el ritmo —gruñó.

—No lo hagas. Quiero más. —Se enroscó al cuerpo de Darryl con las piernas para forzarle a penetrarla aún más. Sus caderas se flexionaron de forma automática, incrementando la velocidad hasta que comenzó a levantar su cuerpo de la cama con cada embestida. Ella recibió los empellones alzándose a su vez, exigiendo más de aquel placer que ahora estaba segura de no haber experimentado antes.

Cerró los ojos al alcanzar el orgasmo. Sus músculos se tensaron, llevándola al límite. A su vez, Darryl exhaló un gruñido áspero cuando experimentó su propio orgasmo.

Lentamente, la respiración de Jessy volvió a la normalidad y abrió los ojos, deleitándose con el agradable cosquilleo que partía de los dedos de sus pies. Darryl se puso de pie y se deshizo del condón con eficiencia. A Jessy le gustó que lo revisara con cuidado antes de envolverlo en un clínex. Luego se tumbó en la cama a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo.

—Mucho, mucho mejor que bien —le dijo, recordando las palabras de antes—. ¿Y tú?

Sus ojos castaños se entrecerraron al sonreír.

—Ha sido increíble.

Ella asintió.

—Pues sí.

—Eres preciosa —le dijo, pasándole la mano con suavidad por el costado—. Tu piel es tan suave.

Jessy rio.

—Mi madre nació en Florida, pero es medio japonesa. En nuestra familia no tenemos arrugas. Pero preferiría no hablar de eso, no mantengo ninguna relación con mis padres.

—Lamento oírlo. —Su mano aún subía y bajaba por su brazo. Era relajante—. Mis padres eran increíbles —dijo en voz baja.

—¿Eran?

—Los dos fallecieron. Un conductor borracho iba directo hacia ellos. Mi padre conducía. Dio un volantazo para evitar el impacto y acabaron chocando con un árbol.

«Mierda. ¿Qué puede decir uno después de eso?».

—¿Y cuando pasó ya habías cumplido dieciocho? Lo siento mucho —dijo.

—Acababa de empezar la universidad. —Darryl tragó saliva despacio—. Ha pasado mucho tiempo, pero es una de las razones por las que me hice bombero.

Darryl se hizo un ovillo a su lado. Su brazo aún seguía apoyado sobre el cuerpo de Jessy, cálido y alentador.

—Se está bien aquí.

—¿Más que en tu casa? —preguntó con sorpresa.

—Me refiero a Sharp’s Cove. Puedes oír el ruido de la noche. Es muy diferente de una gran

ciudad.

Jessy sintió que el sueño comenzaba a hacerle mella y decidió ceder a su abrazo.

9



Jessy

Despertó en mitad de la noche, con la boca seca y el corazón a mil por hora. Había estado soñando otra vez con David. La habitación estaba oscura y al principio no supo dónde se encontraba. Luego sintió el cuerpo de Darryl envolviéndola entre sus brazos. Trató de relajarse, pero era demasiado tarde; estaba despierto.

—¿Estás bien, Jessy? —preguntó Darryl con preocupación.

—Solo ha sido una pesadilla, supongo —respondió. Su propio miedo la enfurecía—. Siento haberte despertado. ¿Qué hora es?

—Me importa una mierda que me hayas despertado. ¿Seguro que estás bien? —repitió mientras encendía la pequeña lámpara de la mesilla. Una luz suave y amarilla iluminó el dormitorio.

«Este es un lugar seguro».

—Necesito un vaso de agua —dijo, evitando responder. No quería pensar en ello y mucho menos hablar del tema.

Darryl se sentó en la cama y sus músculos se ondularon con el movimiento. Aquel cuerpo desnudo era una verdadera obra de arte.

—Dame un minuto —dijo. Volvió con un vaso de agua helada en la mano. Cuando el líquido pasó por su garganta seca, Jessy sintió que el recuerdo de la pesadilla remitía.

Darryl la observó con intensidad mientras bebía. Jessy bajó la mirada y vio que volvía a tenerla dura. Cuando se percató de su mirada, cogió unos bóxers de su lado de la cama.

—Lo siento, es que eres tan guapa que no puedo evitarlo.

—Eso no ayuda, ¿sabes? —le dijo mientras señalaba la tienda de campaña en la que se habían convertido sus calzoncillos.

Darryl rio.

—Tienes razón. Pero no te preocupes, sé controlarme.

—A lo mejor no necesito que te controles —le dijo. Introdujo el dedo en el agua helada y luego recorrió su garganta, descendiendo hasta el pezón, que se endureció de inmediato.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con un gruñido.

Jessy repitió el gesto con el otro pezón. Le encantaba el contraste entre calor y frío. Había jugado con agua fría y hielo a menudo, pero siempre sola. Nunca había jugado con nadie más y no estaba segura de por qué se sentía tan cómoda en compañía de Darryl, siendo la primera noche que pasaban juntos.

Hundió el dedo en el agua otra vez y se lo llevó al clítoris. La diferencia de temperaturas fue tan pronunciada que cerró los ojos y exhaló un gemido. Cuando los volvió a abrir, Darryl se había llevado la mano a los bóxers y se estaba masturbando con brusquedad.

—Es una lástima que no me hayas traído hielo. Podrías haber visto lo rápido que mi cuerpo lo deshace —le dijo, abriéndose más de piernas para que Darryl pudiera verlo todo.

—Basta —dijo, quitándole el vaso—. Deja las piernas abiertas, justo así.

Sin romper el contacto visual, Darryl metió el dedo en el agua y lo mantuvo allí durante un instante. La anticipación hizo que Jessy se humedeciera aún más.

«Lo quiero dentro de mí».

Darryl acercó el dedo directamente a su sexo. La tocó con delicadeza. Sintió frío durante un instante y luego calor a medida que la temperatura de su cuerpo se sobreponía al agua helada.

—Hmm… —dijo Darryl con admiración—. Es verdad que lo has calentado muy rápido.

Sacó el dedo y ella gimió con la sensación de vacío.

—No te preocupes, no he terminado.

En esta ocasión introdujo dos dedos. La combinación de presión y frío desencadenó una ola de placer salvaje.

—Voy a correrme —le dijo.

—Sí —la animó Darryl. Parecía saber con exactitud la velocidad y presión que necesitaba.

Y entonces Jessy se corrió, rápido y fuerte.

—Espérame —dijo en voz baja. El vientre de Jessy se tensó. Se sentía vacía sin él.

«Vuelve».

Darryl salió de la cama y Jessy oyó el sonido revelador que indicaba que se había puesto el preservativo.

—Ven aquí —dijo Darryl en voz baja. La agarró por la cintura con sus manos grandes y la alzó. Un instante después Jessy estaba de espaldas contra la pared.

«¿Pretendía hacerlo así?».

Darryl la penetró con suavidad, con los ojos clavados en ella.

—¿Así está bien? —jadeó Darryl.

Jessy asintió, rodeando con sus brazos los fuertes hombros de Darryl. Podía sentir lo mucho que le estaba costando ir despacio. En aquella posición, la sensación de su miembro duro penetrándola era indescriptible. Era algo que nunca había experimentado, algo que solo había leído online.

—Más, por favor.

Darryl obedeció; cada empellón era más fuerte que el anterior, abrasándola con su contacto. Gritó mientras sentía cómo se incrementaba el placer.

—Voy a correrme otra vez —le dijo.

—Eso está bien —respondió Darryl, pero su voz temblaba. Estaba más afectado de lo que daban a entender sus palabras—. Yo también.

Un instante después, cabalgaba a lomos del orgasmo mientras su cuerpo se estremecía de placer. Aquella reacción provocó también el orgasmo de Darryl; el hombre gruñó, presionando su espalda contra la pared con fuerza mientras descargaba en su interior.

—Oh, Dios —dijo Darryl.

—Sí.

Su vientre aún palpitaba por el fuerte orgasmo cuando Darryl la llevó en sus brazos de vuelta a la cama. Su fuerza bruta la fascinaba.

«¿De verdad acabamos de tener sexo contra la pared?».

Darryl hizo algo en su lado de la cama —Jessy asumió que se estaba deshaciendo del condón —, luego se tumbó junto a ella y tiró del pesado edredón para que los cubriera a ambos y la rodeó con el brazo. Jessy estaba derrotada y, por algún motivo, se sentía completamente segura. Como si dentro de aquella cama nada pudiera hacerle daño.

—Gracias —susurró.

Darryl la besó en el pelo.

—Duerme, Jessy.

Darryl

Nunca había traído mujeres a casa. Le parecía más correcto ir a la casa de ellas; así podía marcharse después sin tener que preocuparse de que tuvieran que volver a casa solas en plena noche. Pero con Jessy era distinto. No quería que se fuera.

Pensó en cómo se había sentido al sostenerla entre sus brazos la noche anterior. Pesaba más de lo que parecía; era esbelta pero compacta al mismo tiempo. Puro músculo.

Habían dormido en la misma posición durante el resto de la noche; ella de lado y él apretado contra ella. Había algo en sus cuerpos que simplemente encajaba. Ahora seguía en la cama, aunque llevaba rato despierto, abrazándola sin moverse, para no despertarla.

Finalmente, los ojos de Jessy se abrieron. Miró a su alrededor, confusa durante un instante. Luego se relajó.

–Buenos días.

Tenía una belleza natural; le había dejado sin aliento en el bar la noche anterior y ahora estaba todavía más guapa, si eso era posible.

—Buenos días —le dijo. Su voz era ronca por la mañana. Sintió cómo se le ponía dura otra vez y se obligó a pensar en otra cosa. No quería que pensara que era la clase de hombre que se abalanzaría sobre ella en cuanto abriera los ojos.

—¿Puedo hacerte un café? —preguntó, subiéndose los bóxers y poniéndose un par de pantalones de running para ocultar su erección.

Jessy asintió.

—Gracias, quizá un café rápido, luego tengo que irme a casa. —Darryl la vio desaparecer en el baño con su ropa en la mano.

Unos minutos después, ya completamente vestida, le siguió hasta la cocina y le observó mientras cogía las tazas y las cápsulas de café.

—Lo siento, solo tengo Nespresso. Antes tenía una cafetera de verdad, pero no dejaba de estropearse.

—No pasa nada. Me gusta todo el café.

—Con leche y un poco de azúcar, ¿verdad?

—Lo recuerdas —dijo sonriendo.

De pronto, al verla, experimentó una punzada momentánea que le hizo inclinarse sobre la encimera de la cocina.

«Pienso recordar cada detalle sobre ti».

El pensamiento le pasó por encima como una apisonadora. Normalmente, tras pasar la noche con una mujer, se sentía relajado y satisfecho, pero eso era todo. A veces volvían a quedar, a veces no. Pero nunca había sentido el deseo intenso de volver a estar con una mujer, antes siquiera de que se hubieran separado.

Trató de olvidar esos pensamientos y se obligó a concentrarse en el aquí y el ahora. Calentó algo de leche en el microondas antes de verterla en su taza.

—Es perfecto —dijo Jessy, tomando la taza con unos dedos delgados. Luego se quedó mirando el pecho desnudo de Darryl.

—¿Qué estás mirando?

—Simplemente disfruto de las vistas —respondió. Puso la palma en su pecho, justo a la altura de su corazón—. Anoche lo pasé muy bien, Darryl.

—Yo también.

«Aún no estoy listo para que termine».

—¿Crees que es seguro para ti volver a casa?

—¿«Seguro»? —preguntó con sorpresa.

—¿Puedes contarme lo que pasó la otra noche?

—Supongo que debería contártelo, aunque empiezo a pensar que exageré un poco. Te dije que nunca habría elegido la canción que sonaba cuando llegamos, pero no te expliqué por qué.

Los ojos de Jessy mostraron tanta tristeza que Darryl quiso tomarla entre sus brazos y obligarla a que dejara de hablar o incluso de pensar en ello. Sus manos formaron puños para contenerse y, en silencio, la animó a proseguir.

—Hace tres años, mi prometido se suicidó. David había estado… —El labio inferior de Jessy tembló y se lo mordió con fuerza. Inhaló una profunda bocanada de aire antes de continuar—. Llevaba mucho tiempo luchando contra la depresión. Un día, volví pronto de un viaje con la universidad y me lo encontré… colgando… en nuestro salón. Y esa canción horrible estaba sonando una y otra vez.

Jessy empezó a temblar.

Darryl no pudo soportarlo más. Se acercó a ella y abrazó su esbelto cuerpo. Jessy se puso rígida durante un momento, pero luego se derritió entre sus brazos y apoyó la cabeza sobre sus pectorales.

—Lo siento —dijo con torpeza—. Si es difícil para ti no tienes por qué contármelo. No puedo creer que dejara que…

—¡No! —gritó Jessy, como si la idea de que alguien pensara algo malo de su prometido le resultara intolerable—. David era amable y generoso. Había avisado a la policía para asegurarse de que fueran los primeros en acudir, pero yo llegué antes y… —Su voz se quebró en un sollozo. Darryl podía sentir la humedad de sus lágrimas en el pecho.

—Lo siento —repitió.

Pasado un minuto, Jessy se incorporó. Parecía haber recuperado el control.

—Si piensas que estoy loca, te advierto que no creo en fantasmas. Además, sé que David no me atormentaría así.

—Yo tampoco creo en fantasmas —dijo Darryl, sonriendo con amabilidad—. Ha debido de ser muy duro para ti.

—Así es —dijo ella. Su voz, normalmente llena de confianza, ahora era apenas un susurro—. Cuando la gente piensa en el suicidio, suele concentrarse en la persona que se muere, no en las que se quedan atrás. Las que lo recuerdan y se preguntan qué podrían haber hecho para que las cosas fueran distintas y cómo podrían haberlo evitado.

—¿Tú lo haces?

Jessy lo pensó durante un momento.

—Ya no. Solía hacerlo al principio, pero ahora sé que hice todo lo que pude por David. Dejó una nota en la que me decía que no había nada que pudiera haber hecho para hacerle cambiar de opinión, que me amaba, pero que su enfermedad no le dejaba otra opción.

—Debiste quererle mucho.

—Lo adoraba —dijo Jessy y Darryl sintió una punzada de celos como nunca había experimentado antes. Entonces Jessy siguió—: Quizá no era el tipo de amor romántico con el que sueñan las chicas cuando son pequeñas, pero lo que sentíamos el uno por el otro era sólido y real. Éramos los mejores amigos. Cuidábamos el uno del otro.

Dio un pequeño paso atrás y cuadró sus esbeltos hombros.

—Lo siento. Vaya forma de arruinarte el café, ¿no? Apuesto a que ninguno de tus ligues de

una noche había hecho esto antes.

—No creo que esto haya sido un ligue de una noche. Técnicamente ha sido nuestra segunda noche juntos… y me encantaría que hubiera una tercera —añadió. Se preguntó si sonaba desesperado. No estaba acostumbrado a actuar así.

Jessy rio.

—A mí también me gustaría, siempre que las cosas no se compliquen. ¿Crees que seremos capaces de no complicar las cosas?

Darryl levantó las manos con las palmas hacia arriba. Era como si estuvieran interpretando un papel y Jessy adoptara el rol que solía corresponderle a él.

—Sí —mintió—. ¿Qué tal esta noche?

Jessy sacudió la cabeza.

—Esta noche no puedo. Mi equipo ha alquilado un bote y vamos a salir a observar a los tiburones. Quizá volvamos tarde. ¿Qué tal mañana?

Darryl tenía una reunión con la sheriff y el alcalde por la tarde —el alcalde era la clase de hombre al que le encantaba poner reuniones los domingos, solo para demostrar que podía hacerlo — pero supuso que no se alargaría demasiado.

—Cuenta con ello —dijo.

10



Darryl

«Con tiempo y una llama lo bastante caliente, todo arde».

A Darryl, su trabajo le había enseñado que las cosas materiales no eran importantes, que lo importante eran las personas y, en segundo lugar, los animales. Las cosas venían detrás, a mucha, mucha distancia de las otras dos. Las cosas ardían y, la mayor parte de las veces, eso no importaba.

Pero de vez en cuando les llamaban para sofocar un incendio en el área más pobre de la ciudad y aunque los objetos afectados apenas tenían valor, era evidente que sus propietarios carecían de dinero para reemplazarlos. Darryl odiaba esa sensación de impotencia.

«Hoy va a ser uno de esos días».

En esta ocasión, la casa era pequeña y estaba rodeada por un césped bien cuidado. El padre estaba trabajando y la madre se había quedado en casa con los cinco niños más pequeños. Ni siquiera tenía un teléfono móvil, por eso había sido una de las hijas, una niña que no podía tener más de seis años, la que había ido corriendo a casa de los vecinos para llamar al 911.

Para cuando Darryl llegó con su equipo, la mujer y los niños estaban de pie o sentados en el césped, conmocionados. A Darryl, los niños le parecieron extremadamente pequeños. Dos de ellos se aferraban a sus peluches; la mayoría no llevaba bastante ropa para estar en el exterior aquella fría mañana de octubre.

Intercambió una mirada con Adrian.

—Señora Fawn, ¿hay alguien más en la casa? —preguntó Darryl, mirando la hilera de niños. Desde la centralita ya les habían avisado de que la casa estaba vacía, pero necesitaban confirmarlo.

La mujer sacudió la cabeza, con la expresión congelada en un rictus de amargura; estaba viviendo el horror de aquel momento, pero también el horror que vendría luego.

—Fue tan rápido… Estaba preparando estofado para comer. Salí un momento de la cocina para ver a los niños. Cuando volví, las llamas se estaban extendiendo…

Darryl advirtió las quemaduras de sus manos. La ambulancia estaba de camino y tendrían que echarle un vistazo. La mujer se percató de su mirada.

—Traté de apagarlo. No podemos permitirnos…

—¿Queda alguien aún en la casa, señora? —repitió con un tono más firme.

Ella sacudió la cabeza.

—No, mis tres hijos mayores están en la escuela. Mi marido está trabajando en el muelle —dijo la mujer. Se metió el puño en la boca, como si fuera lo único que se le ocurría para no empezar a gritar.

Darryl echó un vistazo a la pequeña casa.

—¿Alguna mascota? —preguntó.

La mujer sacudió la cabeza por tercera vez.

Darryl se relajó un poco. Lo primero era asegurarse de que la familia estaba a salvo. Miró a su alrededor para buscar a la vecina; aquella cuyo teléfono habían utilizado. Llevaba un colorido sari y el pelo largo —probablemente negro en el pasado, ahora salpicado de gris— casi hasta la cintura. Parecía nerviosa con el escrutinio.

—Vivo justo al otro lado de la calle —le dijo, como si esperara una bronca.

—Señora, es bueno que esté aquí. Necesito que se lleve a la señora Fawn y a sus hijos a casa. Si puede ser, deles unas galletas a los críos. ¿Sería posible?

Darryl sabía que su voz dejaba poco espacio para la réplica. La mujer asintió con rapidez, como suponía que haría. Durante una emergencia, la gente siempre quería resultar útil.

—Muchas gracias, señora, apreciamos su ayuda.

Darryl dejó escapar un suspiro de alivio mientras se apartaban. Ahora podían concentrarse en el fuego. Se había propagado hasta la segunda planta y las llamas eran visibles en la mayor parte de las habitaciones. Se giró hacia su equipo, que no habían estado cruzados de brazos. Adrian y Alex habían sacado las mangueras y se habían preparado para acceder a los casi mil galones de agua que contenía el camión.

—Alma ya ha hablado con los del condado —dijo Adrian—. Hay dos unidades de camino. Estarán aquí en veinte minutos.

—Bien —dijo Darryl. Mil galones de agua no iban a bastar ni de broma, pero no podían esperar a los otros camiones; para cuando llegaran, quizá no quedara nada que salvar, y en cualquier caso las casas de los vecinos estaban demasiado cerca.

—Los de la oficina del sheriff estarán aquí en dos minutos. Establecerán un perímetro de seguridad hasta que lleguen las otras unidades.

Darryl asintió.

—Vamos a hacer un ataque directo —dijo Darryl—. La casa está vacía. Miller, JMiller, entrad juntos, rociad el césped y la planta superior, aseguraos de que el fuego no se extiende más.

—Sí, jefe —confirmaron.

Darryl se puso el casco y el respirador. Mientras entraba en la casa, habló por el canal de la radio táctica para que tanto la centralita como las otras unidades pudieran escucharlo.

—Engine 1 desplegado. Casa independiente unifamiliar de dos plantas. Humo y fuego visibles en la cocina, donde empezó el incendio y en una ventana de la planta superior. Engine 1 en modo de ataque rápido entrando por la puerta principal.

Penetrar en aquella casa fue como poner el pie en otro universo; todos los sentidos de Darryl estaban en alerta máxima y al mismo tiempo entorpecidos por la falta de visibilidad y los fuertes olores. Sostuvo la manguera frente a la entrada y trató de ir a la cocina, abriéndose camino a través de un humo espeso y negro. Mientras se movía, recordó las palabras de su mentor:

«Pon la cosa mojada en la cosa roja y no te preocupes jamás por quedarte sin agua. Vas a tener problemas más serios mucho antes de que eso ocurra».

—Entrando en la cocina —dijo. Su voz sonó metálica a través del respirador. Tenía oxígeno para aguantar treinta minutos; no había tiempo que perder.

«Es como bucear en el infierno».

—Estoy detrás de ti, jefe —respondió Adrian.

El salón estaba lleno de humo, pero no se encontraba en tan mal estado como había supuesto al mirar desde fuera. El fuego aún no había llegado hasta allí.

Darryl giró hacia la cocina. El humo era más denso allí y a través de él pudo ver el horno donde se había iniciado el incendio. Todavía ardía con fuerza.

«Bingo».

Mientras Adrian usaba el extintor de incendios con el horno, Darryl dirigió el chorro de agua hacia las llamas de la cocina. Ignoró el malestar de los brazos, que palpitaban con el esfuerzo de mantener la manguera firme.

Adrian tiró el extintor vació y sacó un hacha pequeña.

—Abriendo las ventanas —dijo y luego esperó a recibir la confirmación de Darryl.

«Tenemos que contener el fuego de esta habitación».

—Hazlo.

Adrian golpeó las ventanas, liberando el humo. De pronto, era más fácil ver la cocina frente a él. Darryl siguió trabajando en la zona, con entusiasmo.

Apenas unos minutos más tarde, Darryl ya sabía que iban a vencer al fuego. Por mucho que odiara la destrucción que traía, era lo bastante hombre como para admitir que amaba aquella parte de su trabajo: el subidón de adrenalina y el saber que podían controlar el fuego y evitar que se extendiera por todo el barrio.

—Unidad 8 llegando —dijo una voz incorpórea a través de la radio.

—Justo a tiempo. Hemos encontrado el origen del incendio en la cocina y lo tenemos bajo control, pero se ha extendido al menos a una de las habitaciones de la planta superior. Rescataremos lo que podamos en el salón y volveremos fuera.

—Recibido, estás al mando. Extenderemos la escalera y os ayudaremos desde el exterior.

—Recibido.

Adrian y él pasaron un par de minutos más en la cocina antes de volver al salón. Allí el humo seguía siendo denso. No había fuego, pero el agua goteaba de forma constante en tres puntos distintos. Una tubería debía de haberse roto en algún sitio sobre sus cabezas.

Trabajando con rapidez, Darryl cogió la lona que habían traído y la colocó sobre el sofá. Junto a Adrian, usaron el sofá y un par de sillas para crear una especie de refugio bajo la lona. Luego dieron una vuelta por el cuarto, cogiendo todo lo que parecía importante para meterlo debajo.

Se sentía extraño cada vez que su equipo y él trataban de decidir qué era lo que la familia valoraba más.

Se concentró primero en lo más fácil, los aparatos electrónicos —no parecía que los propietarios tuvieran dinero para reemplazar las cosas perdidas en el fuego—. Encontró un viejo portátil cuadrado y una televisión y los llevó bajo la lona. Después empezó a buscar fotografías familiares, premios, cualquier cosa que pareciera irremplazable y fue acumulándolos bajo la improvisada cobertura. Al recordar el montón de niños que había visto fuera, cogió tantos peluches como pudo y los protegió también. Como siempre, confió en estar tomando las decisiones correctas.

—Vámonos —dijo Darryl. Adrian y él salieron. En cuanto estuvieron a diez pies del porche, se quitaron los respiradores. Darryl vio la escalera de la unidad ocho echando agua en el piso superior. Las llamas que había visto al entrar en la casa habían desaparecido, pero sabía que seguirían echando agua durante un rato más.

Rob caminó hacia él.

—Estamos controlando el perímetro. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? —dijo mientras miraba con preocupación las casas cercanas.

Darryl sacudió la cabeza. Su garganta estaba seca.

—Parece que está bajo control.

Rob asintió y avanzó con paso enérgico para hablar con su equipo. Darryl se acercó al camión para tomar un sorbo de agua y luego volvió para hablar con el jefe de la unidad ocho. Iba a ser una tarde larga y después todavía tenía que asistir a la reunión con el alcalde. Se acordó de Jessy y del aspecto que tenía inclinada sobre la encimera de la cocina. Quería verla otra vez.

11



Jessy

Normalmente, pasar el día en el mar la relajaba como si hubiera estado en un spa; incluso más, ya que nunca había entendido qué tenía de atractivo un spa.

Sin embargo, hoy estaba nerviosa. Habían encontrado otro marcador en el mar y este mostraba claros indicios de haber sido manipulado; probablemente por algún grupo ecologista ignorante, cuyos miembros pensaban que estaban liberando al tiburón y no se daban cuenta de que, de hecho, estaban causando daño y arriesgando con ello la vida del animal.

A pesar de todo, aquel había sido un día extraordinario. Habían visto a Nagoya, uno de los tiburones jóvenes. La última vez que lo vieron era diminuto, tan pequeño, que Jessy pensó que no sobreviviría. Ahora medía casi ocho pies de largo.

El indicador de combustible de su deportivo le informó de que necesitaba llenar el depósito, así que, en vez de girar a la izquierda al salir del muelle para ir a casa, fue hacia la derecha, en dirección a la gasolinera.

Seguía pensando en Darryl y en el contacto de sus manos sobre su cuerpo la noche anterior. Se había confiado a él por la mañana, compartiendo cosas sobre la muerte de David que nunca había compartido con nadie y se alegraba de haberlo hecho. Quizá esto era un giro hacia…

Al pisar el freno sintió que su pie se hundía en el pedal hasta casi llegar al suelo del coche. Estaba blando como una ciruela pasada.

«¿Qué demonios?».

Presionó el pedal de freno repetidamente, como si fuera a empezar a funcionar por arte de magia. En esta ocasión, su pie se hundió aún más que antes; no respondía en absoluto.

«No es posible».

El coche continuó ganando velocidad mientras descendía la colina.

El miedo atenazó su estómago. La bilis le subió a la garganta mientras intentaba aclarar sus ideas. Podía oír su corazón palpitando con fuerza en el pecho.

«¿Qué puedo hacer? ¿Conducir hasta quedarme sin gasolina?».

Entonces apareció otro coche en dirección opuesta. Unos faros brillantes la cegaron. Se estaba acercando a ella más y más. Sin pensar, Jessy dio un volantazo para evitarlo.

«¡Voy a estrellarme de frente contra un árbol!».

Dio otro volantazo. Su intuición le decía que era mejor chocar de lado con los setos y los árboles; quizá así pudiera reducir la velocidad del coche. Pero era demasiado tarde y el giro del volante demasiado difícil y no pudo evitar el choque.

El ruido fue como el de una enorme lata de sardinas abriéndose por los bordes. Sintió que volaba hacia adelante y sacó los brazos para protegerse, pero el airbag saltó y la golpeó en la cara, haciendo que su mundo se volviera de un blanco grisáceo.

Jessy sacudió la cabeza.

«Aún puedo sacudir la cabeza. Es buena señal».

No sabía si habían pasado cinco segundos, cinco minutos o cinco horas. El cielo aún estaba claro, así que no podían haber pasado cinco horas. Sintió algo caliente y húmedo en el rostro que resbalaba hasta su pecho. Su boca se inundó de un sabor fuerte y metálico.

«No bajes la mirada».

Lo cierto es que esperaba verse empalada o algo así. La realidad daba menos miedo, pero aun así era espantosa, pues su top negro estaba cubierto de sangre. Se tocó la nariz con cuidado y experimentó un estallido de dolor.

«Solo estoy sangrando por la nariz».

Oyó sirenas en la distancia.

«Debe de haber un fuego por alguna parte».

Entonces comprendió que el ruido se acercaba.

«Tengo que salir del coche».

Jessy no sabía si el riesgo de que el vehículo explotara era alto o bajo. Se encontraba muy lejos de su zona de confort y sabía que cualquier decisión que tomara en aquel momento no iba a ser racional.

Se echó hacia un lado y descubrió que alguien la empujaba hacia atrás. No, no era «alguien». Más bien, «algo»: se trataba del cinturón de seguridad. Se inclinó buscando el enganche, pero ya no estaba donde debería estar. Nada en el interior del coche parecía estar donde debía.

«Oh, Dios. Estoy atrapada».

Se obligó a inspirar y espirar cinco veces. Respiraciones lentas y profundas.

Cuando abrió los ojos de nuevo, ya no estaba sola. Había alguien fuera, gritando.

—Señora, ¿se encuentra bien? —La voz sonaba amortiguada, a pesar de que la ventanilla a su lado estaba rota. Tendría que haber escuchado a aquella persona con mucha más claridad.

«Me he quedado sorda».

Vio la chaqueta del uniforme de un bombero.

«Darryl. Me ha encontrado».

Entonces vio la palabra inscrita en la parte inferior de la chaqueta.

«Walsh».

«No es Darryl, es otro bombero».

«Pero puede sacarme de aquí».

—Mierda, es Jessy. Que alguien llame al jefe.

—Ayúdame, por favor —murmuró.

—Jessy, soy Adrian. Tranquila, necesito que cierres los ojos para poder quitar el cristal. —Su voz sonó amable.

Cerrar los ojos era fácil. Cerrar los ojos era algo que se sentía capaz de hacer.

No vio cómo lo hizo, pero de pronto la cabeza de Adrian había pasado por la abertura y el hombre estaba echando un vistazo al interior del vehículo. Habló un segundo a través de la radio:

—Necesitamos esa ambulancia. Hay un montón de sangre.

—Puedo oírte…

El bombero se giró, con la atención ya completamente centrada en ella.

—No te muevas, Jessy. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. Creo que la sangre viene de mi nariz.

Adrian encendió una pequeña linterna y dirigió el haz hacia sus pies, escrutando el interior del coche. Su ancho rostro se arrugó en una mueca.

«¿Qué es lo que está viendo?».

—¿Puedes sacarme de aquí, por favor?

—Tenemos que esperar al técnico de emergencias. Deja que…

—Por favor, estoy asustada. Ayúdame a quitarme el cinturón de seguridad.

—No te muevas, voy a cortar el cinturón.

Jessy cerró los ojos otra vez.

«Solo durante un segundo».

—¿Jessy? Por favor, no te duermas. —Ahora Adrian hablaba con urgencia. Jessy abrió los ojos.

—¿Está Darryl aquí?

—Le hemos llamado, está de camino.

—Dile que estoy bien.

No quería que se preocupara por ella.

—¿Qué tal si primero confirmamos que estás bien? ¿Puedes mover las piernas para que yo lo vea? —dijo con una pequeña sonrisa asomando en su atractivo rostro—.

Jessy movió la rodilla derecha y de inmediato esta golpeó el salpicadero.

«Esto no estaba aquí antes».

Todo el morro del coche se había arrugado y desplazado hasta ella.

—Bien, bien. Ahora la otra pierna.

Su pierna izquierda tenía más espacio de maniobra.

—Por favor, sácame de aquí.

Adrian miró hacia atrás antes de responder y luego volvió a concentrar su atención en ella.

—La puerta está atascada, Jessy. Tenemos que encontrar la mejor manera de sacarte.

—¿No puedo salir por la ventanilla? —Había salido gateando por ventanillas de coche antes. Podía hacerlo.

—Preferiría no moverte más de lo necesario. Dame solo un minuto para…

—¡Jessy, Jessy! —El cuerpo de Darryl cubrió la ventanilla.

Jessy sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Darryl. Su voz sonaba tranquila, pero Jessy podía ver el miedo en sus ojos. Tocó su rostro, como si necesitara confirmar por sí mismo que estaba bien.

—Me encuentro bien. Adrian me estaba explicando que la puerta está atascada.

—Danos un minuto, ahora volvemos.

—Por favor, no me dejes sola —suplicó.

Darryl acarició su mejilla, con suavidad.

—No voy a irme a ninguna parte, cariño, créeme.

«Nunca me había llamado “cariño” antes».

Ambos hombres abandonaron su campo de visión. Aún podía escuchar sus voces, pero no distinguía sus palabras. Cuando giró la cabeza, sintió el dolor que irradiaba de su cuello.

«Por lo menos puedo girarla».

El árbol contra el que se había golpeado compartía prácticamente el coche con ella; sus ramas se extendían como tentáculos a su alrededor. Se dio cuenta de que no le había explicado a nadie lo que había ocurrido. Debían de pensar que se había distraído o algo por el estilo. Tenía que…

Darryl volvió un momento después. Sostenía una extraña herramienta de color rojo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Lo llamamos *streeper entry bar* —le explicó. Mientras trabajaba le fue describiendo con paciencia todo lo que estaba haciendo. Jessy se concentró en el sonido de su voz y trató de ignorar el horrible chirrido del metal junto a ella. No podía pensar en eso ahora. Un ataque de pánico no iba a ayudarla. Así que centró su atención en los gruesos hombros de Darryl y en cómo los músculos de sus brazos se hinchaban en su polo de manga corta.

Le pareció una eternidad, pero quizá solo habían pasado unos minutos cuando Darryl y Adrian lograron quitar la puerta. Para entonces, ambos hombres estaban sudando.

Quería saltar a los brazos de Darryl pero él la detuvo posando una de sus enormes manos sobre su hombro.

—Quédate quieta, Jessy. Todavía no sabemos el alcance de tus heridas. —Sus ojos estaban llenos de preocupación.

—¿Dónde demonios está esa ambulancia? —gruñó Adrian a través de la radio.

Jessy necesitaba salir de allí. Hizo fuerza contra el brazo de Darryl.

—De acuerdo —accedió él—. Desliza los brazos y las piernas con cuidado hacia mí. Avísame si algo te duele.

Hizo lo que le pedía. Todo le dolía, pero era como el dolor que uno sentía después de pasarse el día nadando; nada incapacitante.

—Creo que estoy bien —dijo.

—¿Dónde está esa ambulancia, Walsh? —preguntó Darryl.

—Han tenido un problema, jefe. Un ataque al corazón. Van a retrasarse. Podemos pedir una ambulancia desde…

—No necesito una ambulancia —le interrumpió Jessy, cansada de que hablaran de ella como si no estuviera presente.

Darryl le lanzó una mirada evaluadora. Por fin, asintió.

—De acuerdo, yo mismo te llevaré al hospital.

—No creo que tenga que ir…

—Por favor, Jessy. No vamos a discutir esto.

Quería salir del vehículo, así que no siguió insistiendo. Siguiendo las instrucciones de Darryl, consiguió liberar las piernas del asiento y desplazarlas a un lado del coche. Darryl se arrodilló junto a ella. Cuando vio la sangre de su camiseta adoptó una expresión seria.

—Es de mi nariz —le explicó.

—Ahora intenta levantarte. Despacio. Estoy justo aquí.

Jessy se incorporó, feliz de que la hubiera pedido que fuera despacio, pues no creía que hubiera podido hacerlo más rápido. Se sentía torpe como un topo recién nacido, a duras penas capaz de mantenerse en pie.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió.

—¿De verdad? —preguntó Darryl—. Estás muy pálida. —La alumbró con la linterna—. Pero tus pupilas responden a la luz. No creo que tengas una conmoción cerebral. Venga, apóyate en mí, vamos a llevarte a mi coche.

Pasó un brazo por encima de sus hombros y Jessy sintió la fuerza que emanaba de Darryl. Antes de que tuviera tiempo siquiera de preguntarse cómo iba a subir al coche, él ya la había alzado entre sus brazos y la había depositado con suavidad en el asiento.

—¿Seguro que estás bien? Tengo que saber si te duele algo.

—Estoy bien —dijo y por primera vez le pareció que decía la verdad. De pronto, en lo único que podía pensar era en lo afortunada que había sido—. ¿Podemos sacar mi portátil y mi equipo de buceo del maletero?

Darryl enarcó una ceja.

—¿Qué? —dijo Jessy—. Necesito trabajar mañana.

Darryl suspiró.

—Al menos tu memoria está intacta. Cogeré tus cosas, ¿vale? Espérame aquí.

Hacía calor en el interior de la camioneta. Jessy quería cerrar los ojos, pero no estaba segura de que debiera haberlo. Se había golpeado la cabeza contra el casco del bote en una ocasión, mientras aprendía a bucear, y no le habían permitido dormir durante las siguientes horas.

«Fue porque tenías una conmoción cerebral. Darryl acaba de comprobarlo y no pareces tener una».

Se tocó la nariz con cuidado y se encogió de dolor. Le pareció enorme entre sus dedos, como

una berenjena. Se preguntó si debía de echarle un vistazo.

«Mejor no».

Un momento después, Darryl estaba junto a ella en el coche.

—Está todo en el maletero.

—Muchas gracias.

—Vamos, déjame ayudarte con el cinturón —dijo mientras se inclinaba hacia adelante. A pesar del estado de su nariz y del aroma a sangre que parecía impregnarlo todo a su alrededor, Jessy captó el olor de algo más en su cabello.

—Fuego —dijo tras identificar el olor a humo. Al menos, su sentido del olfato seguía funcionando—. Has estado en un incendio.

Darryl asintió.

—Un fuego en una vivienda. Pero me duché en la estación.

—Perdona —repuso Jessy—, es que tengo un olfato excelente.

Mientras se alejaban conduciendo despacio, captó una última imagen del coche yaciendo aplastado contra el árbol.

—Seguro que se puede arreglar —sugirió Darryl sin comprometerse.

—No pasa nada, estoy asegurada. Simplemente estaba pensando en la suerte que he tenido.

—¿Qué ocurrió? ¿Algo te distrajo?

Jessy se dio cuenta de que no le había contado a nadie lo que había sucedido. Revivió los hechos en su mente, como una película a cámara lenta. Cerró los ojos y apretó los párpados.

—No estaba distraída. Los frenos no funcionaron.

—¿Qué? —Darryl no apartó la mirada de la carretera, pero su mandíbula y los músculos de sus brazos se tensaron mientras apretaba con más fuerza el volante—. Los frenos no dejan de funcionar sin más en coches nuevos como el tuyo. ¿Los notaste blandos antes, lo llevaste al taller? Si la bomba de freno estaba goteando…

—¡No! Nada parecido. El coche estaba en perfectas condiciones por la mañana, antes de que saliera a bucear. Cuando lo cogí por la tarde todo parecía bien al principio, pero en cuanto gané algo de velocidad, el pedal del freno dejó de funcionar.

—¿Por qué no has dicho nada antes?

Apretó un botón del salpicadero para hacer una llamada.

—Walsh, necesito que alguien de la oficina del sheriff vaya al lugar del accidente ahora mismo. Asegúrate de que acompañan el coche al taller. Jessy dice que los frenos no funcionaban en el momento del accidente.

A pesar de lo horrible de la situación, Jessy experimentó una intensa sensación cálida.

«Me cree».

—Me crees —susurró.

—Por supuesto que te creo. ¿Por qué clase de idiota me estás tomando?

—A mí misma, que acabo de vivirlo, me parece inverosímil. ¿Por qué iba alguien a…?

—Tenemos que hablar con la sheriff. Ella…

—¿Ella?

—Natalie Bowmann acaba de reincorporarse tras su baja de maternidad. Rob y ella sabrán qué hacer.

Vieron el edificio del hospital. Jessy solo había ido allí para visitar a otras personas. No le gustaba la idea de ingresar como paciente.

—No quiero entrar —dijo, agarrando su brazo.

En lugar de sacudirse, Darryl cubrió la mano de Jessy con la suya, mucho más grande.

—Estaré a tu lado todo el tiempo —le prometió.

12



Darryl

Darryl abrió la puerta de su casa y dejó que Jessy entrara primero. Parecía exhausta, pero había rechazado su oferta de llevarla dentro en brazos. Por lo menos no se había negado a quedarse; probablemente lo prefería a pasar la noche en el hospital, pero una parte de él deseaba que además se sintiera segura en su compañía.

Pensó que haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. La mera idea de Jessy sola en aquel coche sin frenos le asustaba más de lo que podía expresar.

Mientras estaba en el hospital, había hablado con Natalie y con Rob. Le confirmaron lo que ya temía. La bomba de freno estaba goteando y algo así no podía haber ocurrido sin más. Alguien había manipulado los frenos para hacerle daño a Jessy. El accidente bien podría haberla matado, si hubiera ido un poco más rápido o hubiera tenido algo menos de suerte al golpear el árbol.

Jessy cruzó la puerta. Ahora se movía con más rigidez a pesar de que le habían dado un par de calmantes en el hospital. Darryl sabía que al día siguiente estaría dolorida.

—Espera aquí —le dijo, dirigiéndola hacia el sofá gris oscuro—. Voy a prepararte un baño.

—¿Un baño? —preguntó ella y su rostro se iluminó—. Mi casa no tiene baño. No me he dado un baño desde…

—Me sorprende. No hay nada mejor que un baño caliente cuando te duele todo el cuerpo.

Jessy sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—No te tomaba por alguien al que le gustaran los baños.

—Nunca juzgues un libro por su portada. Dame un par de minutos, volveré enseguida.

Darryl preparó el baño con el agua muy caliente, como a él le gustaba, sabiendo que se enfriaría un poco para cuando Jessy entrara. Sacó toallas limpias del armario. Todas eran extragrandes, pero eligió las más suaves. Luego volvió al salón. Jessy tenía la mirada perdida y se preguntó si estaría reviviendo el accidente.

—Ya estoy —le dijo. Se inclinó para cogerla, ignorando su leve protesta. Giró de lado en la puerta del baño para evitar que los pies de Jessy chocaran con el marco.

—Gracias —le dijo—, a partir de aquí puedo hacerlo sola.

—Déjame ayudarte. —Darryl se inclinó y la besó suavemente en la frente—. Me gustaría mucho volver a verte desnuda.

Había calentado el cuarto de baño para asegurarse de que estaría cómoda sin ropa, pero eso quería decir que el propio Darryl estaría sudando a mares en un par de minutos.

Empezó a desnudarla. Cuando le quitó el top ensangrentado, la visión de la sangre sobre su pecho le hizo temblar de miedo. Jessy le dio la mano. Parecía comprender tan bien sus emociones, que Darryl no sabía qué pensar.

Jessy sonrió y con el gesto, la venda que llevaba en la nariz se arrugó. Por fortuna, su nariz no estaba rota, solo magullada. La médica de urgencias le había asegurado que había tenido suerte. Darryl, que había visto más accidentes de los que podía contar, coincidía con su opinión.

Utilizó una toalla de manos para limpiar la sangre seca antes de introducir a Jessy en su enorme bañera.

—Podría nadar aquí dentro —dijo, distraída—. Quizá deberías apuntarte tú también.

El miembro de Darryl se endureció.

—Otro día. Esta noche le prometí a la doctora Leroy que cuidaría de ti.

—¿Y solo puedes hacerlo desde ahí?

—Hoy necesitas descansar —respondió, mientras cogía una esponja. Enjabonó su cuerpo con mucha delicadeza, empezando por sus brazos esbeltos y bien torneados. Tenía abrasiones en los nudillos de una mano, probablemente del momento en el que había forcejado con el cinturón de seguridad. Darryl se obligó a calmarse y siguió avanzando hasta su clavícula. Luego descendió al valle entre sus senos. Estuvo tentado de soltar la esponja y detenerse en sus pezones de color marrón claro, pero no lo hizo. Dejó que la esponja descendiera suavemente hacia el estómago y las caderas de Jessy, llegando finalmente a sus piernas. Recordó cómo aquellas piernas fuertes y firmes se habían enroscado alrededor de su cintura mientras la penetraba. Su pene se puso aún más duro. Ahora presionaba con fuerza contra sus pantalones.

Darryl oyó un ligero gemido y tardó un momento en darse cuenta de que era él quien lo había emitido.

Los ojos oscuros de Jessy se clavaron en él. Sabía exactamente lo que estaba pensando. En respuesta, sus piernas se separaron y sus rodillas se apoyaron contra los lados de la bañera.

Fascinado, Darryl soltó la esponja y se quedó mirando el dedo índice de Jessy, que se deslizaba hacia el pequeño parche de vello rizado de su sexo.

«Mi pista de aterrizaje».

Darryl se agarró a los bordes de la bañera.

—Quizá deberías ayudarme —susurró Jessy, que le miraba directamente a los ojos—. Para que no me fatigue en exceso.

Esta vez, Darryl no intentó contener el gemido que brotó de sus labios.

—Pequeña descarada.

Introdujo la mano en el agua para perseguir su dedo. Como no podía verlo bien bajo la espuma, apoyó su mano sobre la de Jessy y siguió el camino que había tomado su dedo. Disfrutó descubriendo la velocidad a la que se masturbaba, la forma en la que su dedo viajaba del clítoris a la vagina y de vuelta al clítoris otra vez.

—Sigue así —le pidió Darryl.

—Yo nunca… No en el agua…

—Sigue, estoy aquí —le dijo. El índice de Darryl, más grande y grueso, fue devorado ansiosamente por su sexo.

—Creo que voy a…

Los músculos de su vagina se tensaron alrededor de su dedo. Darryl sintió el placer de Jessy recorriendo su cuerpo. Esperó a que concluyera su orgasmo y luego se movió para que ella pudiera salir del agua, que ya se había templado.

Jessy sacudió la cabeza.

—No pienso moverme.

—Venga, sal de la bañera. Haré que te merezca la pena, te lo prometo.

Cogió una de las toallas que había preparado y la envolvió con ella. Para él era una toalla grande. Sobre ella, era como una sábana que le llegaba hasta los tobillos.

—Mmmm —dijo y se envolvió en la toalla, apretándola contra su cuerpo. Darryl frotó para secarla y luego la levantó y comenzó a caminar hacia el dormitorio. Ella pareció fundirse entre sus brazos.

—Siempre cargas conmigo a todas partes —le dijo.

—Me gusta llevarte en brazos. —Darryl dio gracias al universo porque Jessy estuviera bien. Aquel día podía haber terminado de una forma muy distinta.

Ya en el dormitorio, retiró el edredón con torpeza antes de dejarla suavemente sobre la cama.

—Deberías descansar un poco.

—Recuerdo con claridad tus palabras. Si salía de la bañera, ibas a hacer que mereciera la pena.

Incapaz de resistirse, Darryl recorrió su cuerpo con las manos.

—Debería dejarte descansar.

—No quiero descansar. Quiero que me abraces y me hagas el amor. —Tartamudeó un poco al pronunciar la palabra «amor». Darryl lo entendió. Era una palabra que él mismo solía evitar para evitar malentendidos.

—Sé lo que quieres decir —repuso con rapidez—. Yo también quiero hacerte el amor.

La cubrió con el edredón y se sentó al lado de la cama. Se quitó la ropa antes de meterse dentro.

—Te necesito dentro de mí —dijo Jessy.

—Shh… No me metas prisa. —Darryl la besó en el cuello, disfrutando de sus escalofríos. Distraído por sus senos, se detuvo a chupar con calma cada pezón antes de descender hasta su sexo. Jessy separó las piernas para facilitarle el acceso. Había la suficiente luz para ver su clítoris. Sopló suavemente sobre él antes de juguetear con la lengua sobre la pequeña protuberancia. Jessy se estremeció. Levantó las caderas para recibirle, pero él la mantuvo en su sitio con una mano.

Recorrió su vagina con la lengua lentamente, sin ninguna prisa. Darryl no había probado nada tan delicioso en su vida.

—Por favor, no me dejes terminar aún —le suplicó Jessy. Alargó la mano para agarrarle del pelo—. Quiero esperar a que estés dentro de mí.

Su pene palpitó en respuesta a sus palabras. Parecía que su miembro siempre fuera a reaccionar así cada vez que Jessy lo mentara.

No podía seguir rechazándola ni un segundo más. Ni a ella, ni a su propio deseo. Tras darle una última sacudida a la protuberancia que le proporcionaba tanto placer, fue a la mesilla de noche para coger un condón y ponérselo a toda prisa. Cuando alzó la mirada de nuevo, Jessy lo estaba observando con los párpados entrecerrados.

—Eres enorme —le dijo.

La empujó con suavidad a un lado y se tumbó junto a ella, presionando su culo bien torneado con su miembro.

—¿Qué estas…?

—Ssh… Simplemente relájate y deja que yo haga todo el trabajo.

Levantó un poco la pierna de Jessy y empezó a penetrarla despacio; aunque estaba muy húmeda, era una posición complicada. No podía ver su rostro, así que utilizó sus suaves gemidos como referencia. Sin embargo, la fricción era demasiado intensa para él. Estaba a punto de correrse, y eso que ni siquiera la había penetrado del todo. Se detuvo y apoyó la cabeza sobre la de Jessy, que descansaba sobre la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Necesito…

—Dame un segundo, Jessy, o esto se va a acabar demasiado rápido —susurró en su oído.

—Oh —exclamó, sorprendida.

—Voy a explotar si no dejas de moverte.

—No me estoy moviendo.

—Pues a mí me parece que sí.

—Quizá debería de empezar a moverme —dijo Jessy y pudo detectar la sonrisa que formaban sus labios mientras hablaba. Los músculos de su vagina presionaron su miembro.

Darryl vio las estrellas.

—Para, o me voy a correr de verdad.

Jessy se detuvo y luego se pegó a él, alineándose con su cuerpo. El placer que sintió con aquel contacto era difícil de describir; estaba seguro de no haber experimentado nada parecido antes.

En cuanto pudo, empezó a moverse de nuevo, disfrutando de los suaves gemidos que salían de Jessy. Esta vez no se detuvo. Dejó que ambos se fueran acercando al orgasmo y se abrazó con fuerza a la parte superior del cuerpo de Jessy cuando esta empezó a temblar. Llegaron al clímax al unísono; los músculos de Jessy se contrajeron, prolongando el momento de placer.

«Si pudiera, me quedaría dentro de ella para siempre».

No tenía tiempo para darle vueltas. Metió el preservativo en un clínex y volvió a la cama. Ella le dedicó una sonrisa, cansada pero luminosa. La idea de que él tenía algo que ver con esa sonrisa le dejó maravillado.

—Vale. Mantuviste tu promesa —masculló Jessy.

—¿Mi promesa?

—Cuando me dijiste que merecería la pena.

—Me alegra oírlo. —Darryl rio.

Jessy se acurrucó junto a su pecho y apoyó la cabeza en su hombro. Darryl le pasó el brazo por encima, de forma automática, sorprendido de lo natural que resultaba tenerla allí.

—Eres tan fuerte —susurró mientras recorría su pecho con las manos.

—No te pasará nada mientras esté aquí, Jessy.

—Lo sé. En parte, eso es lo que me asusta.

Darryl no quería arruinar la velada con una conversación seria, pero tenía que dejar algo claro.

—He hablado con Natalie y con Rob. Tendremos que pasar por comisaría mañana por la mañana.

Sintió cómo Jessy, que aún tenía la cabeza apoyada en su hombro, asentía.

—Puedo ir sola, Darryl. Y, en cualquier caso, necesito alquilar un coche.

—Deja que te acompañe, por favor.

—De acuerdo. Pero quizá solo fue una chiquillada. Halloween está a la vuelta de la esquina y…

—La reserva del líquido de frenos estaba vacía, Jessy. Eso no es ninguna chiquillada. Si lo sumamos al hecho de que alguien entró en tu casa hace unos días… Me da igual si no se llevaron nada. Algo está pasando y tenemos que averiguar el qué.

Mientras hablaba, Darryl le acarició el suave cabello con ternura. Jessy no se movió durante tanto tiempo que pensó que se había quedado dormida.

—Había otro coche —soltó de pronto.

Darryl se puso tenso y su mano se detuvo.

—¿Otro coche?

—Circulaba en dirección contraria. Mis frenos ya habían dejado de funcionar, pero ahí fue cuando perdí el control. Viré para no chocar con él.

—Jessy, ¿por qué no lo dijiste antes? ¿El conductor vio lo que pasó y no se detuvo?

—No estoy segura de que me vieran chocar. Quizá me vieron, sí. Estaban tan cerca… Lo siento, no se me ocurrió mencionarlo antes.

—¿Reconociste al conductor?

—No, era solo la figura de una persona. Creo que… creo que llevaba un sombrero puesto.

—Mañana a primera hora vamos a ir directos a la oficina del sheriff. Trata de dormir, Jessy. Estoy aquí.

Darryl yació en la cama, sumido en la oscuridad. Su corazón latía muy rápido. ¿De verdad alguien había visto el accidente y no se había parado a ayudar? Sharp’s Cove era una ciudad pequeña y amigable, donde la gente todavía cuidaba la una de la otra. Las cosas que le habían pasado a Jessy no tenían ningún sentido.

Después de un rato corto, la respiración de Jessy se volvió regular y su cuerpo se relajó. Darryl decidió disfrutar de su cercanía, sabiendo que aquella noche no dormiría demasiado.

13



Jessy

Jessy se levantó para estirar las piernas. No había mucho espacio en la pequeña oficina, así que caminó hasta la ventana y echó un vistazo a Main Street.

—Por favor, Jessy, apártate de la ventana —le pidió la sheriff Bowmann en un tono de voz que no admitía réplica—. Hasta que descubramos qué es lo que está pasando hay que extremar las precauciones.

Natalie Bowmann era una mujer alta y atractiva. No tenía pinta de haber dado a luz hacía un mes, pero Jessy la había visto paseando por la ciudad con el bebé en brazos.

Jessy asintió y retrocedió hasta quedarse cerca de Darryl. Se sentía fuera de su elemento. Una parte de ella se alegraba de que la sheriff se tomara en serio el accidente, pero tanto su expresión como la de Rob la estaban asustando. Era como si hubiera entrado de pronto en el set de rodaje de una serie de investigación criminal.

—Creo que los hechos están claros, Jessy —comenzó Natalie y acto seguido, se giró hacia Rob—. Quizá Darryl y tú deberíais salir a tomar un café mientras Jessy y yo aprovechamos para conocernos un poco mejor —dijo con suavidad.

Darryl asintió y dio un paso atrás inmediatamente, pero Jessy le agarró del brazo.

—¡No! No tengo nada que ocultar. Pueden quedarse. —Dudó cuando miró a la sheriff. No se conocían demasiado bien, pero de pronto era muy importante que Natalie la creyera—. Lo digo en serio, quiero que Darryl se quede aquí.

Natalie la escrutó durante largo rato. Por fin, asintió.

—No ha habido ningún incidente parecido en la ciudad que implique a nadie más, Jessy. Y si algo tienen en común ambos incidentes, es que tienen un carácter… personal.

Cuando escuchó a la sheriff verbalizar sus miedos, sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Tienes algún enemigo, alguien que pudiera querer hacerte daño?

—¡No! —respondió Jessy—. Llevo una vida de lo más aburrida. Soy científica, lo que hacemos no le importa lo bastante a la gente como para querer hacernos daño.

Natalie se inclinó sobre su escritorio.

—Hace un rato te hemos buscado en nuestras bases de datos. —Tenía un papel impreso en la mano—. Estuviste implicada en un incidente en Nueva York hace tres años…

«David».

Suponía que le mencionarían en algún momento. Algo palpitó tras sus ojos; el inicio de una migraña, si no tenía cuidado. Centró su atención en la sheriff y en su ayudante.

—No fue un «incidente». Mi prometido se suicidó en nuestro apartamento. Yo fui quien le encontró. —Pronunció las palabras de forma mecánica, como había hecho muchas veces a lo largo de los años. Era más seguro hacerlo así, contarlo como algo que le hubiera pasado a otra persona.

Darryl la tomó de la mano. Los músculos de su brazo estaban en tensión.

—Lo siento —comenzó Natalie. Su mirada era comprensiva.

—Gracias.

—¿Qué ocurrió después? ¿Volviste con tu familia?

Jessy sacudió la cabeza.

—Mis padres no veían con buenos ojos mi relación con David. Ellos… Ambos pensaban que me merecía lo que había ocurrido.

Junto a ella, Darryl emitió un sonido estrangulado. Jessy mantuvo la mirada clavada en Natalie. Era importante para ella que la sheriff la creyera. Cuanto antes lo aclararan, antes podrían concentrarse en resolver lo que le estaba ocurriendo a ella.

—Me fui a vivir con mi abuela durante unos meses, mientras terminaba mi doctorado. Ella me apoyó mucho, pero tenía cáncer y murió un año más tarde. —Cuando pensaba en su abuela, a Jessy le entraban ganas de llorar. Sus padres nunca habían perdonado a la anciana por dejarle su dinero en herencia a Jessy.

—¿Qué me dices de la familia de David?

—Sus padres viven en Minnesota. Estaban destrozados, pero sabían que su hijo estuvo años luchando contra una depresión. Trato de ir a visitarles al menos una vez al año, aunque hace meses que no hablo con ellos.

«Algo que apuntar en mi lista de tareas pendientes».

—Así que por esa parte no hay resentimiento —dijo Natalie.

«Resentimiento».

Jessy se tomó su tiempo para procesar aquella palabra tan dura.

—La muerte de Darryl fue dolorosa para ellos, pero no del todo inesperada. Ellos sabían que no había nada que yo hubiera podido hacer para evitarlo.

—Lamento tener que hacerte todas estas preguntas —dijo Natalie de nuevo, pero su tono daba a entender que seguiría preguntando hasta que tuvieran toda la información que necesitaban.

—No pasa nada. Lo comprendo —dijo Jessy. Las palmas de sus manos estaban empezando a sudar. Se preguntó si Darryl se habría dado cuenta. Miró el rostro del bombero, de perfil. Tenía el ceño fruncido y sus rasgos tostados por el sol parecían grabados en granito.

—¿Qué me dices de tu trabajo en el… Atlantic Shark Institute?

—Mi jefe me contrató en cuanto presenté mi tesis.

—Es el doctor Rankin, ¿verdad?

Los ojos de Jessy se abrieron por la sorpresa. La habían investigado a fondo.

—El doctor Tom Rankin, sí. Tuvo que presionar mucho para conseguir los fondos necesarios para montar el Atlantic Shark Institute. Tengo suerte de trabajar con él.

—¿Y tus otros compañeros?

Jessy sonrió con cansancio.

—Comprendo que tengas que hacer todas estas preguntas y las responderé todas, pero mi campo no es… No se parece en nada a la forma en la que las películas muestran el mundo académico. No tiene nada de despiadado. En nuestro caso, todos perseguimos el mismo objetivo: proteger a una especie que no tiene ningún lugar a donde ir, si los océanos se vuelven inseguros.

—Aun así, compláceme, Jessy. Háblame un poco de tus colegas.

—Es un equipo pequeño; ahora mismo solo somos cuatro. Pero todos somos científicos respetados y los conozco desde hace mucho tiempo. El último miembro en unirse al equipo es Rachel, una becaria, pero la conozco desde que estudiaba la carrera.

—Hemos googleado la institución. Parece que algunos ecologistas no tienen mucha fe en el trabajo que estáis realizando.

Jessy sacudió la cabeza con impaciencia.

—Creen que estamos alterando el hábitat de los tiburones. No se dan cuenta de que ambos buscamos lo mismo y que nosotros también queremos protegerlos. Pero, en cualquier caso, ¿por qué iban a ir a por mí? Mi jefe es una figura pública, sería un objetivo mucho más lógico.

Natalie y Rob asintieron.

—De acuerdo. ¿Y desde que has llegado a la ciudad, has tenido algún desencuentro con alguien?

Jessy lo consideró en serio. ¿Podía haber ofendido a alguien sin saberlo? Creía que no.

—No soy lo bastante… *sociable* para inspirar tanto interés. Trabajo, vuelvo a casa… Todos los días son más o menos iguales.

Sus ojos se cruzaron con los de Darryl.

«A excepción de las últimas noches», pensó para sus adentros. Pasar las noches con Darryl, desde luego había supuesto una diferencia.

—Bueno, lo único… Es lo que pasó durante el verano con Ford… —Jessy enrojeció y las palabras murieron en su garganta.

«Bien hecho, recuérdale a Natalie su violador».

—No pasa nada —dijo Natalie con suavidad—. Hice las paces con lo que pasó hace mucho tiempo. Ford ya no va a hacer daño a nadie más.

—¿Y qué hay de la mujer? —preguntó Jessy—. Tenía una compañera, ¿verdad? —Jessy recordó que Emma había sido secuestrada por una mujer.

Un músculo palpitó tras la mandíbula de Rob.

—Llamé al hospital. Melody aún sigue allí y no va a ir a ninguna parte. Hasta ahora no ha respondido al tratamiento.

—Tampoco hay ninguna razón para que Melody vaya detrás de Jessy —dijo Darryl con impaciencia.

—Solo queremos asegurarnos de que exploramos todas las posibilidades, Darryl —dijo Natalie.

—Lo siento, no estoy tratando de decirte cómo hacer tu trabajo. Solo estoy…

—Preocupado. —Natalie terminó la frase.

Darryl asintió.

—De acuerdo, deja que investiguemos —dijo Natalie—. Mientras tanto, no vas a ir a ninguna parte, ¿verdad?

—No va a ir a ninguna parte, no. Yo cuidaré de ella —confirmó Darryl con solemnidad.

Jessy sacudió la cabeza.

—Bueno, esperaba que todos fuéramos al mismo sitio esta noche —dijo, sonriendo a Rob. Los tres la miraron como si hubiera perdido el juicio—. Es tu fiesta de compromiso, ¿no?

—¡Por supuesto! —dijo Natalie—. Lo siento, Rob, no estoy durmiendo demasiado últimamente.

—No pasa nada. Yo casi me olvido. Debería llamar a Emma para ver si necesita que coja algo.

—Conociéndola, seguro que ya lo tiene todo organizado —dijo Natalie.

—De acuerdo, os veré esta noche. Gracias por vuestra ayuda —dijo Jessy. Sintió, más que vio, que Darryl salía tras ella. La alcanzó con un par de largas zancadas.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

—¿Cómo sabes a dónde voy?

Darryl sonrió.

—No me importa a dónde vayas. Le he dicho a Natalie y a Rob que estaría pendiente de ti.

—¿Así que planeas pasar conmigo todo el día?

—Y toda la noche, si me lo permites —le dijo, apretándole el hombro con ternura—. Es domingo y tengo el día libre. Pasémoslo juntos.

—De acuerdo. Primera parada, las tiendas de Main Street.

Darryl gimió.

—¿En serio? ¿De verdad quieres ir de compras?

—No es que quiera, es que tengo que hacerlo. Aún no he comprado un regalo para Emma y Rob. ¿Y tú?

—Uh, no. Pensé en comprarles algo para la boda. No creí que les importase el regalo.

—Lo sé, pero quiero regalarles algo que les parezca genial. Puedes venir conmigo. Podemos comprar algo juntos. —Hizo una pausa y se quedó mirándole—. Quiero decir, podemos comprar dos…

—«Juntos» suena bien. —Darryl pareció darle vueltas a la palabra—. Me gustaría que eligiéramos su regalo juntos.

Sus hombros se rozaron mientras bajaban Main Street. Jessy quería cogerle de la mano, pero era el jefe de bomberos. Probablemente habría un montón de rumores si…

Darryl pasó el brazo por encima de sus hombros. Jessy se puso rígida con aquella manifestación pública de afecto, pero luego lo aceptó de buen grado. Darryl le hacía sentir como si nada pudiera hacerle daño. Como si el horror de los últimos días no pudiera tocarla.

—¿Dónde vamos?

—Empecemos aquí —dijo Jessy, mirando un cartel escrito con tipografía victoriana. Había entrado varias veces a echar un vistazo y sabía que tenían algunas cosas bonitas. O, al menos, cosas que estaba segura de que le encantarían a Emma.

Jessy abrió la puerta y entró en la tienda. Pasó de largo por la parte frontal, llena de chucherías y souvenirs de Sharp's Cove y se dirigió a la trasera. Esa zona estaba repleta de hermosos muebles antiguos. Olía ligeramente a moho, como cuando olfateas un ovillo de lana o visitas el ático de la abuela. Jessy nunca había tenido una casa, pero, si la tuviera, le habría gustado decorarla con cosas que tuvieran historia.

Se sintió atraída por una hermosa colcha de intrincado diseño que cubría una de las paredes del fondo. Pese a ser claramente un objeto de época, los colores aún eran vibrantes, auténticos. Recordaba haber visto un par de colchas parecidas en la casa de la madre de David.

—Creo que a Emma le encantaría —dijo Darryl, verbalizando sus pensamientos.

Jessy alargó el brazo para tocar la colcha.

—¡Para! —gritó una voz masculina. Jessy se echó hacia atrás, asustada, justo cuando un hombre salía de detrás de un espejo y se dirigía hacia ellos. Darryl dio un paso para ponerse frente a ella.

Jessy parpadeó de sorpresa cuando reconoció al extraño; era el profesor de lengua y literatura, de trato agradable, que Emma les había presentado.

«¿Ron? ¿Don? Sí, Don».

«¿Por qué demonios está tan alterado?».

—Perdón, perdón —dijo Don, mientras se pasaba la mano por las entradas del cabello—. No quería gritarte. Pensaba que ibas a tocarla.

—Supongo que sí, iba a hacerlo —dijo Jessy, insegura.

—Entonces me alegro de haberte detenido. Mi madre tenía una colección de colchas antiguas que había heredado a su vez de su madre. Tienes que lavarte las manos antes de tocarla; de lo contrario, la grasa de tu piel podría estropear la tela.

Jessy contempló la obra de arte que había frente a ella en la pared, sintiéndose estúpida.

—Gracias, no lo sabía.

—¿Estáis buscando un regalo para Emma? —preguntó.

Jessy asintió.

—Yo también. Es la primera fiesta a la que me invitan desde que llegué a Sharp's Cove. Quizá podrías ayudarme a elegir algo para la pareja.

—Claro. —Darryl rio tras ella—. Pero no esta colcha. Jessy y yo nos la vamos a llevar.

Sonó tan íntimo que Jessy sintió mariposas en el estómago.

Aunque la expresión amable de Don no cambió, a Jessy le dio la impresión de que le habría gustado que le incluyeran en el regalo.

—Iré a pagar y luego te ayudaremos a encontrar algo que les encante, Don —le dijo.

Darryl sacudió la cabeza.

—Yo pagaré. Mientras tanto, podéis empezar a mirar —dijo girándose.

Jessy se dio cuenta de que aún no había visto la etiqueta con el precio y dudó. No todo el mundo era tan afortunado como ella financieramente hablando.

«¿Y si he mandado a Darryl a comprar algo muy caro?».

Miró a Darryl, que ya estaba en la caja y sonreía en respuesta a un comentario del dueño.

«Es mayorcito, puede apañárselas solo. Si tiene un precio absurdo, vendrá a hablar conmigo».

Centró su atención en el apacible profesor.

«Qué raro, me he convertido en una *personal shopper*».

—Entonces, Don, ¿qué estás buscando?

—No los conozco bien. Supongo que algo para su nueva casa estaría bien. A Emma le encantan los libros y el arte, así que algo de este estilo.

Eran las frases más largas que le había oído pronunciar.

—Algo que pueda devolver con facilidad si no acierto con el regalo —añadió.

—Estoy segura de que en esta tienda todo cumple con el último requisito. Pero no te preocupes, encontraremos algo genial.

Don estaba examinando con atención una vitrina de cristal llena de libros antiguos.

—Regalarles un libro me parece una idea estupenda —dijo Jessy, pero se dio cuenta de que ya no la escuchaba. Los libros captaban toda su atención. Recordó que enseñaba literatura y esperó con paciencia mientras miraba cada uno de los volúmenes. Por fin, alzó sus ojos azules llenos de ingenuidad para mirarla.

—¿Qué opinas de este libro de arte de la escuela Bauhaus? ¿Crees que le gustaría a Emma?

Jessy sonrió para sus adentros cuando le vio enrojecer, pero mantuvo una expresión neutral.

—Seguro que le encanta. Es una elección excelente.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces me llevaré este. —Se giró para incluir a Darryl en la conversación, pues ya había vuelto con la colcha envuelta bajo el brazo—. Gracias a ambos por la ayuda —dijo mientras se daba la vuelta.

Darryl le dio un beso rápido a Jessy en los labios.

—Como si yo hubiera hecho gran cosa.

—Estaba un poco nervioso. No creo que haya ido a muchas fiestas.

—Venga, larguémonos de aquí.

—Sí, necesito cambiarme antes de ir.

—Te ayudaré a cambiarte —susurró Darryl en su oído.

14



Jessy

Jessy cogió una Coronita de la zona del bar del extremo del patio, ignorando la pequeña rodaja de limón. Darryl había entrado en casa para buscar a Rob y Jessy no conocía a la mayor parte de la gente que había por allí, pero se sentía más cómoda con una cerveza en la mano; más capaz de lidiar con aquel evento social.

Nunca le habían gustado las fiestas, pero a David le encantaban; de todas las personas a las que había conocido Jessy, David fue quizás a quien más le gustaba celebrar la vida. Aunque hubiera acabado quitándosela.

Inclinó la botella sobre sus labios, pero apenas notó el sabor de la cerveza fría. Aún echaba de menos a David, aunque, para ser sincera, le echaba de menos más como a un hermano o como a un amigo.

Por aquel entonces, ni siquiera se había dado cuenta de que a su relación con David le faltaba algo. Ahora sabía lo que era: pasión. Pensó en Darryl empujándola contra la pared, en Darryl cogiéndola la mano. Pensar en él hacía que su cuerpo entrara en calor y no era solo por el sexo. Quería irse a casa con Darryl y sentir aquella conexión otra vez. Incluso ahora, cuando todos los demás aspectos de su vida parecían haberse ido al traste, lo que compartían Darryl y ella le parecía lo más auténtico que había sentido nunca.

La casa que Emma y Rob habían comprado era encantadora. Estaba llena de ventanas y de luz; a Jessy le parecía el lugar perfecto para formar una familia.

Pegó un brinco cuando oyó una voz tras ella.

—¿Va todo bien?

—¡Rob!

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—Darryl acaba de entrar. Estaba buscándote.

—Me encontró. Está en la cocina ayudando a Emma a sacar algo de comida. De hecho, me ha enviado para que te eche un ojo. Así que… tú y Darryl, ¿eh?

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Es una ciudad pequeña, no ha hecho falta que dijera nada. La gente os ha visto juntos.

Jessy sintió que se ruborizaba.

—Es un buen hombre —dijo Rob, tomando un sorbo de su propia cerveza, oscura y espumosa.

—Intenta protegerme, pero no puede seguirme a todas partes para siempre. Mañana, cada uno tendremos que volver a nuestros respectivos trabajos.

—Tranquila. Sea lo que sea lo que está pasando, vamos a averiguarlo. No ha sucedido nada más desde que hablamos, ¿no?

Jessy sacudió la cabeza.

—No. Eso me hace preguntarme si no estaremos exagerando la reacción a lo…

—No hay sobrerreacción posible en una situación así. Tienes que prestar atención a tu instinto.

—La casa es bonita, pero prefería tu barco.

Rob se inclinó hacia ella. Desprendía un olor limpio y masculino, pero el ritmo de su corazón no se aceleró.

—Te contaré un secreto. Yo también prefería mi barco. Pero vivir en el agua no es para Emma… y ella merece sentirse a salvo. Para mí, eso es lo más importante.

Jessy asintió. Rob y Emma habían vivido muchas cosas juntos. Tres personas se acercaron a ellos. Lynn y Don estaban entre ellos, así que Jessy supuso que los tres serían profesores.

—Jessy —dijo Don, que parecía genuinamente complacido al verla. Llevaba en la mano una bolsa de regalo, sin duda con el libro que le había comprado a Emma—. Fue ella quien me ayudó a elegirlo. ¿Dónde lo pongo? —le preguntó a Rob.

—Hay una mesa en el porche. Muchas gracias, chicos, no teníais por qué traer nada. Por favor, id a por algo de beber, la comida saldrá enseguida.

—¡Rob! —Natalie y un hombre alto con una camiseta negra se acercaron a ellos. Los músculos del hombre se marcaban mientras empujaba un carrito de bebé por el patio. Aunque no les habían presentado, Jessy sabía que se llamaba Hunter. Había oído la historia de boca de Emma: tras ser injustamente acusado de violación, había pasado doce años en la cárcel antes de salir y limpiar su nombre con la ayuda de Natalie.

Al mirar a Hunter y al bebé, Jessy sintió cómo algo aleteaba en su interior.

«Genial. Mis ovarios, dando volteretas».

«Lo que me faltaba».

Se quedó mirando el bebé, extasiada. Por supuesto, aquel pequeño espécimen era especialmente mono. Vestida de verde, el segundo color favorito de Jessy después del negro, dormía en el carrito con una expresión de satisfacción absoluta.

—Es preciosa —dijo Jessy de corrido–. ¿Cómo se llama?

—Te presento a Eileen —Natalie tomó el carrito de manos de Hunter—. Tiene sus momentos… Como cuando está dormida —bromeó, intercambiando una mirada cómplice con su marido. Aquella expresión decía mucho sobre el amor que sentían el uno por el otro y ambos por el bebé.

Durante un instante, Jessy se permitió fantasear con la idea de un pequeño bebé bronceado con los profundos ojos castaños de Darryl y su propio pelo oscuro.

«Pero… ¿qué demonios me está pasando?».

Como invocado por sus pensamientos, Darryl apareció con un plato de aperitivos en cada mano.

Jessy sacudió la cabeza, confiando en que no pudiera leerle la mente. Se preguntó cómo iba a plantear la cuestión de su relación delante de sus amigos. No tuvo que preguntárselo mucho: en cuanto dejó los platos con comida sobre la mesa, se acercó y la rodeó con los brazos.

—Te he echado de menos —susurró, con los labios pegados a su pelo—. ¿Va todo bien?

Jessy se acurrucó contra él. Entre sus brazos, sentía que podían superar cualquier dificultad juntos.

Asintió.

—¿En qué estabas pensando cuando salí? —preguntó.

«Me imaginaba el aspecto que tendría nuestro bebé».

—Solo charlaba con Natalie y Hunter —respondió en cambio—. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea —replicó con una expresión sincera.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —Jessy se puso de puntillas para acercar la boca a su oído—. Esta vez quiero estar yo encima.

Darryl

Darryl condujo en silencio. Había estado empalmado las dos últimas horas, desde que Jessy se había acercado y le había susurrado esas palabras al oído.

«Quiero estar yo encima».

«Dios, qué sexy».

Darryl había estado con mujeres atractivas antes, pero ninguna le había causado la misma impresión que Jessy. Detuvo la camioneta a la puerta de su casa y le echó un buen vistazo mientras esta se mordía el labio inferior.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mejor que bien —confirmó y salió del coche. Se había puesto un vestido negro de tirantes y zapatillas Converse del mismo color. Probablemente había elegido zapatillas en lugar de tacones, al enterarse de que la fiesta se celebraba en el patio, pero aquella combinación llevaba volviéndole loco toda la tarde.

Darryl la siguió por el pequeño sendero que conducía a su casa. Al final del camino, Jessy se detuvo tan bruscamente que estuvo a punto de chocar con su espalda. Se quedó mirando el porche, congelada en el sitio.

—¿Qué ocurre? —preguntó, siguiendo la dirección de su mirada.

—Hay algo ahí —dijo con un hilo de voz, muy asustada.

Darryl aguzó la vista. Al principio no pudo ver nada. Después, localizó el pequeño paquete blanco envuelto con un grueso nudo negro.

—No estabas esperando una entrega, ¿verdad? —preguntó.

Jessy sacudió la cabeza. Aún se estaba acercando a la casa, pero sus movimientos eran muy lentos. Darryl cogió el móvil para sacar una foto rápida del paquete, que estaba plantado en mitad del felpudo de entrada. Miró a su espalda. Estaban solos allí, pero todo estaba oscuro y había docenas de lugares donde podría esconderse una persona.

—Deberíamos llamar a la sheriff antes de que… —Se detuvo mientras Jessy se agachaba y lo recogía—. Espera, Jessy, no sabes si…

Jessy entrecerró sus ojos oscuros mientras batallaba furiosamente con el lazo.

—No voy a dejar que nadie me amedrente en mi propia casa —siseó. Dejó caer el lazo al suelo y abrió la caja de cartón antes de que Darryl pudiera alcanzarla.

—Oh, Dios.

Darryl tomó la caja de entre las manos temblorosas de Jessy. En su interior había un pequeño pájaro muerto; sus alas marrones estaban clavadas a los bordes de la caja para fijarlo en el sitio. Un mondadientes de acero atravesaba su pecho.

«¿Apuñalado en el corazón?».

No había nada más ni dentro ni fuera de la caja. Solo el pájaro.

—¿Quién eres? ¿Qué diablos quieres de mí? —Jessy gritó a la oscuridad. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tenemos que llamar a Natalie y a Rob —dijo Darryl—. Esto no es ninguna broma.

—No esta noche, Darryl. Por favor.

Darryl dudó antes de volver a dejar la caja en el porche. Tomó un par de fotos más del exterior y luego un primer plano del pájaro.

—Vamos, cojamos algo de ropa.

—¿Ropa?

—Vas a venir a casa conmigo, Jessy.

Darryl permaneció alerta mientras Jessy abría la puerta y desactivaba la alarma. Que no viera a nadie, no quería decir que no hubiera nadie allí. Primero la música, luego los frenos del coche y ahora un pájaro muerto. Alguien se la tenía jurada a Jessy y él iba a averiguar quién era. No permitiría que le pasara nada malo.

Diez minutos más tarde estaban de vuelta en el coche, dirigiéndose otra vez a la ciudad.

—Gracias por dejar que me quede en tu casa —empezó Jessy—. Sé que no…

—Puedes quedarte todo lo que quieras, Jessy. Lo digo en serio.

Ella asintió.

—No tiene sentido, Darryl. No tengo enemigos —susurró.

—Está claro que alguien piensa otra cosa. —Las manos con las que sujetaba el volante estaban blancas. Estaba acostumbrado a resolver problemas, pero se sentía incapaz de solucionar este en particular.

—¿Crees que mataron al pájaro?

Darryl se encogió de hombros.

—Posiblemente. Quizá. No lo sé. Tenemos que hablar con Natalie.

—Probablemente acabe de llegar a casa desde la fiesta.

—Querrá enterarse, créeme.

Darryl marcó el número de la centralita.

—Centralita, por favor, indique su emergencia —dijo una voz femenina.

—Alma, soy Darryl Berner.

—Jefe, ¿va todo bien?

—Acabo de salir de casa de Jessy Long. Había un paquete en el porche delantero con un pájaro muerto dentro.

—¿Lo has abierto?

—Sí. Escucha, Alma, esta noche Jessy se viene conmigo a casa, pero necesito que alguien vaya a la suya y recoja el paquete. No sé si habrá alguna huella dactilar…

—Me encargaré, jefe. ¿Estarás con la señorita Long? —dijo Alma.

—Sí. Estaremos en mi casa, Alma. Gracias.

Darryl colgó. A su lado, Jessy suspiró.

—¿Por qué sois todos tan comprensivos?

—Nada de esto es culpa tuya, Jessy. Vamos a descubrir quién anda detrás… juntos.

Darryl abrió la puerta y la empujó para que pudiera pasar. Tener a Jessy en su casa —en su vida— le parecía algo natural. Lo único que no le gustaba era que estuviera allí por miedo.

Darryl llevó su maleta dentro. Era pequeña y ligera, no había metido muchas cosas. Cargó con ella hasta la habitación de invitados, que era mucho más pequeña que su propio cuarto, amueblada solo con una cama doble y un escritorio. Solía utilizarla como oficina y hacía las veces de dormitorio en raras ocasiones. Pero también tenía un baño integrado.

—Iré a preparar un té y dejaré que deshagas la maleta —le dijo.

—¿Tengo que dormir aquí? —preguntó con tranquilidad. Sus miradas se cruzaron. Jessy había adoptado una expresión cuidadosamente neutral.

A Darryl le pareció que se le secaba la boca. Debía responder a aquella pregunta de la forma correcta o la perdería para siempre.

—Quiero que tengas tu propio espacio. Pero creo que sabes dónde quiero que duermas.

La boca de Jessy se curvó en una pequeña sonrisa. La primera que Darryl había visto desde que encontraron la caja.

—Bien, eso está bien. Voy a lavarme las manos y a asearme un poco y me reuniré contigo en un minuto.

Darryl salió al comedor. De camino cogió algunas cosas y las dejó en la cesta para la ropa sucia que tenía en el baño. En algún momento tendría que dedicar un rato a la limpieza. Acababa de encender el hervidor de agua cuando sonó el teléfono. Era Susan Lopes, de la oficina del sheriff.

—Supongo que te han llamado a ti. Lo siento, Susan.

—No hay problema, acabo de llegar a casa de la fiesta, aún no estaba dormida. ¿Cómo está Jessy? —preguntó.

—Está bien, pero preocupada.

—Si estuviera en su pellejo, yo también lo estaría.

—¿Lo has visto?

—Lo tengo en la parte de atrás del coche patrulla. Lo meteré en el congelador y mañana lo enviaremos al laboratorio para que lo analicen.

—Gracias, Susan.

—Jessy se va a quedar contigo, ¿verdad?

—Sí. He reorganizado mi turno para tener el día libre mañana también y así poder pegarme a ella como una lapa.

—Genial, eso está bien. Yo he hablado con el agente especial Ramsay.

Darryl recordaba al pulcro agente del FBI. Aunque no le había causado una buena primera impresión, al final había jugado un papel indispensable para encontrar a Emma cuando fue secuestrada el verano anterior.

—No sabía que seguías en contacto con él.

Hubo una ligera pausa al otro lado.

—No es que hable mucho con él, pero pensé que sería buena idea pedir la opinión del FBI, y la agente especial Vasquez no estaba disponible. En cualquier caso, ¿quieres saber lo que dijo o no? —preguntó Susan con impaciencia.

Darryl asintió y luego se dio cuenta de que Susan no podía verle a través del teléfono.

—¿Qué dijo?

—Es una escalada de manual. Jessy no ha captado el mensaje, así que está incrementando el nivel de violencia.

—¿Qué va a ser lo siguiente?

—Eso también se lo pregunté. James no lo sabía, claro, pero dijo que las desescaladas son raras. Es más probable que vaya a más…

—A menos que descubramos quién es y le paremos los pies.

—Exacto.

—¿Algo más, Susan?

—Una última cosa. Hemos investigado al grupo de ecologistas que mencionó Jessy. Fue difícil localizarles, pero por fin logramos encontrarlos.

—¿Dónde están? —preguntó Darryl, haciendo esfuerzos para que la ira no contaminara su voz. Su mano se cerró en torno al teléfono con tanta fuerza que resquebrajó el plástico.

—En una pequeña ciudad a tres horas al sur de aquí, pero no fueron ellos. Trataron de detener un concierto que iba a celebrarse en la playa y acabaron en la cárcel. Ninguno de ellos pudo pagar la fianza, así que llevan allí los últimos tres días.

—¿Estás segura?

Casi pudo oírla asentir.

—Lo siento, no son ellos.

Darryl alzó la mirada y vio a Jessy en el otro extremo de la habitación. Se había cambiado el vestido por un par de pantalones cortos y una camiseta. Entró en el cuarto descalza. Si Darryl ya creía que era atractiva antes, ahora Jessy tenía un aspecto espectacular.

«Deja de pensar siempre en lo mismo».

—Gracias, Susan. Por favor, mantenme informado si hay alguna novedad.

—Lo haré. Tómate un descanso, jefe.

Jessy se acercó a él y se inclinó sobre la encimera. Vertió agua del hervidor en las dos tazas que había sacado Darryl. Solo tenía un tipo de té descafeinado en casa, así que no le dio a elegir.

—Era la agente Susan Lopes —dijo.

—No pareces muy contento. ¿Debo entender que no han sido buenas noticias?

—Tiene la caja. La enviará al laboratorio mañana por la mañana.

—De acuerdo.

—También han localizado a los ecologistas que te enviaron cartas amenazantes hace unos meses.

—¿No han sido ellos?

Darryl sacudió la cabeza.

—Han pasado estos últimos días en la cárcel. Sea quien sea, Jessy, la sheriff tenía razón. Esto parece personal.

Jessy rodeó la taza caliente con ambas manos.

—Ojalá pudiera ayudar, Darryl, pero cuando digo que no sé quién puede tener algo contra mí, estoy hablando en serio. Matar a un pájaro y presentarlo así, parece tan… teatral…

—Estoy de acuerdo. Pero eso no quiere decir que no debamos tomarlo en serio. —Vio cómo arrugaba la nariz en dirección al té—. ¿No te gusta?

—No está mal. Supongo que no es té lo que necesito ahora mismo —dijo cruzando una mirada y dejando la taza de nuevo sobre la encimera, de forma significativa.

—¿Qué necesitas, Jessy? —Quería darle cualquier cosa, fuera lo que fuera.

—Quiero que me abraces, Darryl. Quien sea que está haciendo esto, creo que quiere asustarme. No voy a darle esa satisfacción.

—Ven aquí —dijo abriendo los brazos. Jessy era mucho más pequeña que él, pero encajaba a la perfección entre sus brazos. Darryl captó el fresco aroma de su cabello y algo más profundo que era, simplemente, ella—. Vamos a la cama, ¿vale?

Jessy asintió.

—Teníamos planes, ¿verdad?

Pese a la preocupación que sentía, no pudo hacer otra cosa que echarse a reír.

—Vete a la cama. Voy a cerrar la puerta y enseguida estoy contigo.

Darryl comprobó las ventanas y cerró la puerta de entrada. Nunca había creído necesario instalar una alarma, pero quizá había llegado el momento.

Cuando volvió a la habitación, Jessy estaba en su cama. Se había cubierto con el edredón hasta la barbilla. Al principio, pensó que ya estaba dormida, pero cuando le oyó, abrió los ojos y bajó el edredón hasta la altura de sus caderas.

Darryl inhaló una temblorosa bocanada de aire y no gimió por los pelos. Sus senos eran como pequeñas manzanas, con los pezones apuntando hacia arriba, dispuestos para el festín. Boca arriba, su vientre era casi cóncavo, con una pequeña protuberancia que Darryl ansiaba besar. Y los huesos de su cadera… Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía ver una de sus manos.

«¿Se está masturbando?».

Su miembro se endureció aún más.

—Has tardado mucho —dijo sonriente.

—Ya veo que has empezado sin mí.

—Esta vez me toca ver cómo te desvistes —dijo Jessy, empujando el edredón aún más abajo para mostrarle que estaba, en efecto, masturbándose con suavidad, formando círculos con un dedo sobre el clítoris.

Darryl nunca había sido la clase de persona que rechazaba un desafío. Se desabrochó los botones de su camiseta azul claro uno por uno y se la quitó, flexionando los músculos de la espalda y los hombros ante la atenta mirada de Jessy.

Sus manos se dirigieron al cinturón y a los botones de sus vaqueros oscuros. Se los quitó, saltando sobre un pie y luego sobre el otro. Mientras tanto, Darryl observaba con intensidad a Jessy, que se acariciaba suavemente.

Permaneció desnudo frente a ella, gimiendo mientras agarraba su miembro y recorría con la mano toda su longitud. Al ver que el dedo de Jessy desaparecía en el interior de su vagina, Darryl sintió la imperiosa necesidad de probar su sexo.

—Ven aquí —le dijo. Se arrodilló junto a la cama y tiró de sus piernas hacia sí antes de empezar a recorrerla con la boca. Empezó por saborear lentamente los jugos de sus dedos.

—Sabes tan bien… Sigue así, encanto, no pares. —El dedo de Jessy, húmedo por su saliva, volvió a introducirse en su sexo. Darryl sacó la lengua para lamer suavemente su clítoris.

Siguió dándole placer a Jessy de forma implacable hasta que esta se corrió, arqueando las caderas contra su boca mientras lo hacía.

Jessy alzó la mirada hacia él; tenía una expresión de relajación absoluta.

—Ha sido… maravilloso —dijo.

—Pues sí —convino Darryl.

—Ahora hagámoslo de nuevo, pero esta vez contigo dentro de mí.

A Darryl le encantaba esa faceta insaciable de Jessy. Se puso el condón y maniobró para posicionarse.

—¿Estás bien? —preguntó, tratando de quedarse quieto.

En respuesta, Jessy alzó las caderas hacia él.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Dime —respondió, al tiempo que mordisqueaba el lóbulo y empezaba a moverse de nuevo.

—Mi segundo orgasmo siempre es más fuerte… —susurró, rodeándole con las piernas y levantando aún más las caderas.

—Deja de moverte, o me voy a correr yo antes de que tengas la oportunidad —dijo Darryl.

Jessy rio, pero Darryl no bromeaba. Contó hasta diez para relajarse antes de comenzar a moverse de nuevo, pero en esta ocasión no iba a hacerlo despacio. El orgasmo se acercó y se acercó…

—Voy a correrme, Jessy —dijo con la respiración entrecortada.

—Hagámoslo juntos —le suplicó. Deslizó la mano entre ambos y formó círculos sobre su clítoris con insistencia mientras él explotaba en su interior.

—¡Sí! —gritó Jessy. Darryl bajó la cabeza y apoyó la frente sobre la suya mientras esperaba a que el ritmo de su corazón se normalizara.

—Dios, ha sido…

Darryl quería decirle que sentía lo mismo, pero no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas, así que se limitó a besarla profundamente.

15



Jessy

Jessy despertó con el sonido de un teléfono sonando.

«No es “un teléfono”. Es el mío».

Palpó el estante donde solía cargar su móvil, pero acabó golpeando un mueble distinto.

«¿Qué…?».

Abrió los ojos y descubrió que no estaba en su casa. Se encontraba en la cama de Darryl. Este la miró con sus ojos amables aún nublados por el sueño.

—Lo siento —logró articular. Consiguió coger por fin el teléfono, que por supuesto, había dejado de sonar.

—No pasa nada, soy madrugador. Aunque no son ni las cinco de la mañana. —Se puso de espaldas, con los brazos detrás de la cabeza. Aquella posición resaltaba el volumen de sus bíceps. Le costaba crees que alguien tan fuerte pudiera ser al mismo tiempo un amante tan generoso y considerado…

—¿Quién era?

Jessy sacudió la cabeza. Había olvidado por completo la llamada. Manipuló el teléfono con torpeza hasta que este identificó su huella dactilar.

—Era mi jefe. Tengo que devolverle la llamada.

Darryl asintió. Salió de la cama, desnudo como el día que vino al mundo, fue al baño y cerró la puerta tras él.

«Como si eso no fuera a afectar mi concentración».

Jessy marcó el número de Tom.

—¿Tom? ¿Va todo bien? —Era pronto incluso para él.

—Jessy, lamento despertarte. ¿Viste las noticias anoche?

—No, ¿qué ha pasado? —Había estado demasiado enfrascada en sus propios problemas para interesarse por lo que ocurría en cualquier otra parte.

—Una mujer murió en la playa a solo cincuenta millas de Sharp’s Cove, por el ataque de un tiburón. Su hija y otros dos testigos vieron el incidente. La llevaron hasta la orilla y trataron de salvarla, pero había perdido demasiada sangre.

Jessy sintió la bilis ascendiendo por su garganta.

—¿Qué estaban…?

—Estaban surfeando.

—¿Están seguros de que se trataba de un tiburón blanco?

—Sí. La hija vio la aleta y mencionó la película que todos conocemos. Y el forense lo confirmó. Encontró un diente en el neopreno de la mujer.

La referencia a *Tiburón* hizo que Jessy se echara a temblar. Aquella película había hecho mucho daño al representar a los tiburones como asesinos sedientos de sangre en lugar de como lo que realmente eran: simplemente, superdepredadores.

Jessy alzó la vista en el momento en el que Darryl volvía del baño. Se puso unos bóxers y una camiseta y la observó con preocupación.

—¿Cómo se lo está tomando la gente?

—No muy bien, por eso te he llamado. Incluso hay algunos barcos para turistas que han planificado batidas para cazar al tiburón más tarde.

—Oh, no.

No era frecuente que un tiburón blanco matara a una persona. Jessy lo lamentaba por la

familia de aquella mujer, que debía de estar pasándolo muy mal. Pero también le preocupaba el tiburón y el resto de la población de escualos de la zona. Cuando la gente se volvía vengativa e intentaba cazar a un tiburón, cualquier otro escualo o mamífero de gran tamaño estaba en peligro.

—¿Era uno de los nuestros?

—No, hasta donde sabemos. La aleta estaba fuera del agua, así que, si el tiburón hubiera sido uno de los nuestros, nos habría enviado información. Pero sabes que la gente no va a estar fijándose en eso.

«Betti…».

Jessy se tapó la boca con la mano. Betti estaba a punto de dar a luz y por tanto estaría cerca de la orilla. Era imposible que atacara a alguien en su estado, pero eso no implicaba que la gente no fuera a encontrarla y pagarlo con ella.

—¿Sabes dónde está Betti?

—Por eso he llamado. Salió a la superficie ayer por la noche. El satélite nos indicó su posición. Está cerca, Jessy.

—Tenemos que ir a buscarla. No quiero imaginarme…

—Ya estamos de camino. Podemos recogerte en el puerto deportivo de Sharp's Cove a las seis y media.

—Allí estaré. Gracias, Tom.

Colgó el teléfono y comprobó su reloj. Eran las cinco y cinco. Tenía un montón de tiempo.

—¿Va todo bien? —preguntó Darryl. Sus ojos castaños denotaban preocupación.

—Ayer por la tarde, un tiburón mató a una mujer. La gente está organizando batidas para buscarlo…

—Y a ti te preocupan tus tiburones.

—Sobre todo Betti. Es una de las primeras hembras que marcamos. Está a punto de dar a luz.

—Lo entiendo —dijo simplemente.

—Gracias. Siento tener que irme. Voy a reunirme con mi equipo a las seis y media. Tenemos que ir para allá.

La boca de Darryl se curvó en una leve sonrisa.

—No pasa nada. Deja que me dé una ducha rápida y prepare algo de café para llevar.

Jessy le miró durante un segundo sin comprender.

—Voy contigo —dijo Darryl.

—¿Vienes conmigo?

Él se encogió de hombros.

—Un día frío de otoño, en el mar contigo ¿cómo iba a negarme?

—Claro… y yo nací ayer —dijo Jessy. El recuerdo del riesgo que corría la golpeó como un cubo de agua helada. Había pasado la noche durmiendo entre los brazos de Darryl; su cama era un lugar seguro para ella. Pero Darryl no podía estar siempre a su lado. Mañana tendría que ir a trabajar.

Darryl se inclinó y la abrazó firmemente y ella se fundió con él.

—Voy a pegarme a ti como si fuera tu sombra, pero además, quiero saber más cosas de tu trabajo —prosiguió con voz tranquilizadora.

Jessy trató de mantener una expresión neutral. En realidad, su mente daba vueltas. Presentarle a Tom y al resto de su equipo sería como presentarle a su familia; más aún, incluso, en su caso. Se dio cuenta de que era algo que quería hacer.

—Me gustaría que vinieras —dijo, tomando la decisión consciente de no analizar demasiado las cosas.

—Genial. Entonces vamos. Quiero enjabonarte la espalda primero.

Jessy se levantó. Tenía agujetas en músculos que no había sentido en años.

—¿Estás bien? —preguntó Darryl, al advertir su malestar.

Jessy asintió. Se dirigió al baño y cerró la puerta tras ella. Quizá Darryl quisiera que se ducharan juntos, pero había un límite que no pensaba cruzar y era hacer pis delante de él.

16



Darryl

Darryl se quedó mirando cómo Jessy y Rachel, su compañera de trabajo, se echaban crema solar por tercera vez aquella mañana. Entrecerró los ojos tras sus gafas de sol mientras echaba un vistazo al horizonte. Sabía que buscaban un tiburón blanco adulto al que llamaban Betti. Lo que no tenía claro aún, era lo que iban a hacer cuando lo encontraran.

—¿Qué opinas? —dijo una voz tras él. Pertenecía a Tom Rankin, el jefe de Jessy. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, casi tan alto como Darryl. Debía de haber estado cachas en algún momento, pero la camiseta extragrande que llevaba ahora no podía ocultar una ligera barriga. Sus ojos azules eran grandes y expresivos.

Darryl le miró de arriba abajo.

—¿Qué es lo que pienso sobre qué? —preguntó.

—Sobre lo que hacemos.

—Aún estoy tratando de entender lo que hacéis.

—Tú eres bombero, ¿verdad?

Darryl asintió con la cabeza, sin saber bien dónde iba esta conversación.

—Jessy me ha dicho que ahora estáis juntos —continuó Tom.

—¿Esa es la expresión que ha utilizado?

—Algo parecido. ¿Es así?

—Así es.

Tom miró al océano junto a él durante un largo minuto. Los brazos con los que Darryl agarraba la barandilla se tensaron. Normalmente se le daba bien leer a la gente, pero aún no había conseguido pillar del todo a Tom.

«¿Qué interés tiene en ella?».

Por fin, el hombre se giró para mirarle.

—Me alegro —dijo—. Jessy ha estado sola demasiado tiempo.

Darryl se relajó.

—¿Supongo que ahora es el momento en el que me pedirás que cuide de ella?

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Tom.

—Olvidó mencionar que eres un listillo. Sí, ahora es cuando te pido que cuides de ella o… asumas las consecuencias.

—Bien.

—¿Bien?

—Es bueno que tenga gente que se preocupe por ella. No sé a dónde va nuestra relación. No soy un experto en estas cosas y ella ha dejado claro que no está buscando una relación. Pero puedo asegurarte de que me cortaría el brazo derecho antes de hacerle daño.

Tom asintió.

—Bastará con eso. Ha pasado por muchas cosas…

Vieron a Jessy saltando desde el puente de mando, ágil como un gato.

—¿Qué estabais haciendo los dos aquí? —preguntó con recelo—. Lyle dice que estamos cerca de la zona donde fue vista por última vez. El capitán quiere saber qué hacer a continuación.

—Tom y yo estábamos conociéndonos un poco —dijo Darryl, y lanzó a Tom una mirada significativa.

—Nos hemos cruzado con dos barcos de turistas en la última media hora. Creo que buscan a la hembra tiburón. Incluso si los otros no la ven, un exceso de tráfico marítimo puede irritarla o

confundirla. No sabemos cómo la afectará en su condición actual. Tenemos que encontrarla pronto.

Jessy asintió.

—Hemos estado buscando. A falta de echar carnada al agua, no sé qué más podemos hacer. —A juzgar por la expresión de horror en sus rostros, Darryl comprendió que la carnada aquel día estaba fuera del menú.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Darryl—. Tengo buena vista.

Jessy asintió.

—¿Qué tal si Tom y tú dejáis de hablar de mí y os separáis para buscar a Betty?

Jessy sonreía, pero había dado en el blanco. Darryl sintió cómo su piel morena se ruborizaba. Confió en que no fuera muy evidente.

—Vale —dijo con una ligereza que no sentía—. ¿Dónde quieres que me ponga?

—De momento, delante, con Lyle y conmigo.

—Rachel y yo nos quedaremos aquí atrás —dijo Tom.

Darryl siguió a Jessy, disfrutando con la forma en la que sus pantalones negros se adherían a sus nalgas y sus piernas. Recordó cómo aquellas piernas habían rodeado sus caderas la noche anterior y se estremeció. No era el momento.

—Ponte aquí —dijo Jessy—. ¿Va todo bien? Me ha dado la impresión de que mi jefe te estaba sometiendo a un buen interrogatorio.

Darryl sonrió. No podía dejar de sonreír cuando estaba con ella.

—Todo va bien. Me gusta tu jefe.

—Sí, a mí también.

—¿Qué es lo que tengo que buscar? ¿Una aleta saliendo del agua?

Jessy rio.

—Esto no es *Tiburón*. De hecho, los tiburones prefieren nadar con todo el cuerpo sumergido, así que probablemente no verás la aleta dorsal. Pero puedes ver ondas grandes en el agua, o entrever su silueta deslizándose bajo el barco.

Jessy se mordió el interior del labio. Darryl sintió que algo se contraía en su interior. Le encantaba verla tan ilusionada.

«Me he enamorado».

La revelación fue inesperada pero agradable, como si por fin hubiera decidido aceptar la verdad.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Has puesto una cara rara. No me digas que te estás mareando.

—¿Mareando? —Darryl resopló—. Debes saber que he pasado mucho tiempo en barcos, y que tengo el título de patrón de embarcaciones de recreo.

—No tenía ni idea —dijo ella, riendo.

—También piloto helicópteros —añadió, incapaz de contenerse.

—Vale… —Jessy no parecía impresionada con este hecho.

—Vamos a buscar a tu tiburón, ¿de acuerdo?

—Quédate aquí mientras hablo con Lyle.

Darryl se apoyó sobre la barandilla, agradeciendo haber traído las gafas de sol. Había mucha luz allí. Vio otro bote en la distancia, pero demasiado lejos para saber si eran pescadores o turistas cazando tiburones.

Sonó el teléfono y echó un vistazo a la pantalla antes de responder; era el número de Rob.

—Hola, Rob —dijo Darryl. Oyó ruido de papeles. Sonaba como si ya estuviera trabajando.

—Me alegro de haberte pillado. ¿Estás con Jessy?

Darryl se puso tenso.

—Sí, estamos fuera en un bote con sus compañeros de trabajo. ¿Te has enterado de lo del tiburón?

—Sí, pobre mujer.

—Parece ser que cada vez que ocurre algo así, hay un montón de gente que viene en busca del tiburón y cualquiera les vale.

—¿Y Jessy y su equipo creen que pueden pararles los pies? No dejes que se meta en líos, Darryl. Avísame si necesitas algo.

—Por supuesto. ¿Para qué llamabas, Rob?

—Llamo por lo de la asociación ecologista. ¿Recuerdas que te dije que todos ellos habían sido arrestados? Los han soltado hoy.

—¿Y qué? Ayer, Susan me dijo que no han podido ser ellos.

—Eso pensábamos, pero uno salió corriendo en cuanto estuvo libre. No me gusta la pinta que tiene este asunto.

—¿Cómo se llama?

—Claude Farrero. Es de nacionalidad francesa. Está aquí con un visado de estudiante.

—¿Fue por eso por lo que echó a correr?

—No lo sé. Asumo que correrá en dirección contraria, pero estate pendiente, por si acaso. Voy a enviarte una fotografía ahora mismo.

—Gracias, Rob, te lo agradezco. Se lo diré a Jessy.

Darryl colgó. Abrió el mensaje en cuanto llegó. El joven de piel cetrina que apareció en pantalla tenía una intensa mirada de desconfianza. Darryl memorizó su rostro para asegurarse de que lo reconocería si se topaba con él. No iba a permitir que nadie le hiciera daño a Jessy.

—¿Qué estás mirando? —dijo Jessy, acercándose por detrás—. No vas a encontrar a Betti en tu teléfono.

—Lo siento. Rob acaba de llamar. Uno de los miembros de OceanSOS, la organización ecologista, echó a correr cuando fue liberado. Quizá no signifique nada, pero es una coincidencia algo extraña.

—¿Es él? Déjame ver —dijo Jessy, apoyándose en su hombro para echar un vistazo a la fotografía. Darryl sintió su aliento cálido sobre él y reprimió un escalofrío. Era superior a sus fuerzas.

—Sí. ¿Le reconoces?

Jessy se tomó su tiempo. Luego le cogió de la mano.

—No —dijo por fin—. Nunca lo he visto. ¿Por qué iba a tener algo contra mí?

—Eso es lo que está investigando Rob.

—De acuerdo… —dijo, confundida—. ¿Pero crees que debería estar preocupada?

—Creo que tendrías que ser cuidadosa. Pero conmigo estás a salvo, Jessy. Venga, vamos a buscar a…

—¡Jessy, Tom! ¡Creo que tenemos algo! —gritó Lyle desde la proa del barco.

Jessy

Mientras corría, Jessy miró hacia el horizonte, intentando calcular la distancia a la que se encontraban de ellos los otros botes. Su corazón latía a toda velocidad. Si alguno de esos turistas capturaba a Betti, la matarían a ella y a sus crías nonatas.

—¡Robert, detén el motor! —gritó Lyle. Desde la cabina, el capitán confirmó la orden levantando el pulgar.

Ahora que el motor no hacía ruido, Jessy pudo escuchar un suave golpeteo en el costado del bote. Se asomó por la barandilla junto con Lyle y Rachel. Sintió más que vio la fuerte presencia de Darryl tras ella. Se estaba quedando al margen para no molestarla.

Jessy concentró su atención en el agua. No había señales de Betti, pero un tiburón más pequeño se sacudía entre olas espumosas. Sintió una opresión en el pecho cuando se percató de que la espuma era de color rosa. Había sangre en el agua.

—Se ha ido, pero os juro que era Betti —se lamentó Lyle—. Estaba justo aquí.

—¿Esta es una de las crías? —preguntó Darryl.

Rachel rio.

—No, serían mucho más pequeñas. Es un tiburón blanco juvenil.

—¿Juvenil?

—La versión adolescente de los tiburones blancos —aclaró Rachel—. Normalmente miden entre cinco y nueve pies de largo.

Con aquellas sacudidas era bastante difícil distinguir al tiburón, pero Jessy sabía que aún le faltaba mucho para adquirir el tamaño de un adulto. La cabeza emergió del agua durante un instante y pudo ver algo que asomaba de su boca.

«¿Un anzuelo?».

—Creo que tiene un anzuelo enganchado en la boca —dijo Jessy—. Dame el guante, Rachel, por favor. Y mis aletas.

Rachel se dio la vuelta y echó a correr hacia la zona de almacenaje.

—¿Guante, aletas? —preguntó Darryl en voz baja—. ¿Para qué diablos?

Jessy no se molestó en responder. Se quitó el top y se deshizo de los leggins. Plantada allí con su sujetador negro deportivo y sus bragas de algodón a juego, sintió frío. Ojalá hubiera pensado en ponerse un bañador, pero no sabía que iba a tener que meterse en el agua.

—¿No quieres el neopreno? —preguntó Lyle. Tenía los labios apretados.

Jessy sacudió la cabeza.

—No hay tiempo. Tenemos que quitarle ese anzuelo.

Jessy pasó las piernas por encima de la barandilla y se sentó sobre ella, a la espera de que volviera Rachel.

—¿Estás loca? –preguntó Darryl, posando una de sus grandes manos sobre su brazo. Jessy alzó la mirada y confrontó aquellos profundos ojos castaños. Transmitían una honda preocupación—. Dime que estoy entendiendo algo mal y que no vas a saltar al agua.

—Darryl, ¿recuerdas lo que ha dicho Rachel? Es un juvenil. No puede hacerme daño, pero está sangrando. Si no le quitamos el anzuelo, acabará muerto.

—Eso es justo lo que me preocupa, que te metas en el agua con él. ¿Y si viene su madre y…?

Darryl estaba tan sexy ahí plantado…

Jessy rio.

—No sabes mucho de tiburones, ¿verdad? Las madres no se quedan vigilando a sus crías,

alimentándolas con pedacitos de pescado. Los tiburones blancos son ovovivíparos. La cría eclosiona en el útero y se alimenta de huevos sin fertilizar para seguir creciendo hasta que llega el momento del alumbramiento. Una vez que han nacido, los tiburones son completamente independientes.

Jessy comprendió que Darryl libraba una batalla interna entre dejar que hiciera su trabajo o cargar con ella al hombro a la manera de los cavernícolas. Por mucho que le enterneciera su preocupación, necesitaba que comprendiera que sabía hacer su trabajo. Confiaba en que tomara la decisión correcta.

—Venga, Darryl, ayúdame o apártate.

«Toma la decisión correcta».

Pensaba saltar al agua de todas formas, pero para ella era importante que Darryl aceptara su decisión.

Por fin, asintió.

—Tú eres la experta. Pero no puedo evitar preocuparme. No quiero que te pase nada.

Jessy sonrió.

—No pasará nada, te lo prometo —le garantizó mientras posaba la mano sobre su brazo y lo apretaba con suavidad.

—¿Cómo puedo ayudar?

Lyle emitió un sonido de disgusto que hizo que Jessy y Darryl se giraran para mirarle.

—Si tardas mucho más, el tiburón se irá —protestó.

Jessy lo ignoró. Lyle era una persona ruda, por decirlo de una manera suave. Darryl abrió la boca para decir algo, pero Jessy apretó su brazo con más fuerza a modo de advertencia.

Darryl pareció entenderlo, porque cerró la boca de nuevo.

Rachel regresó. Llevaba consigo las aletas de Jessy, una máscara de esnórquel en una mano y el guante en la otra. Recordaba al guante de una cota de mallas, de la clase que los caballeros medievales llevaban al combate, pero era mucho, mucho más ligero.

Jessy se agarró a la barandilla y levantó las piernas para ponerse las aletas. Rachel sostuvo el guante para ayudarle a pasar la mano. Su corazón palpitaba muy rápido. A pesar de lo que le había dicho a Darryl, era un trabajo complicado.

Jessy se concentró en el agua, donde el tiburón frotaba la cabeza contra el costado de la barca, probablemente tratado de quitarse el anzuelo; no se daba cuenta de que esos movimientos le estaban causando aún más daño.

—Buena suerte —dijo Rachel.

—Gracias —dijo Jessy. Pasó con cuidado las aletas por el borde del bote y rotó el cuerpo para saltar lejos del tiburón. No quería estresar en exceso al animal. Mantuvo la mano enguantada apretada contra el pecho y se colocó la máscara de esnórquel, manteniéndola en su sitio con la otra mano.

«Uno, dos».

Al llegar a tres, saltó.

«Mierda, qué fría».

Había olvidado lo diferente que era entrar al agua con el traje de buzo. No podría aguantar mucho tiempo allí dentro en sujetador y bragas; sus brazos y piernas comenzaban a insensibilizarse.

Agarrando el guante, se acercó al animal que se retorcía. De cerca parecía más grande; quizá de ocho pies de largo. Un juvenil de gran tamaño.

Mientras miraba, el animal golpeó la cabeza con furia contra el costado del barco. Estaba

dolorido y asustado. Durante mucho tiempo, la industria pesquera había perpetuado la idea de que los tiburones y otros peces no sentían dolor, pero Jessy había trabajado con tiburones el tiempo suficiente como para saber que eso era una gilipollez.

Dejó que las grandes aletas azules la propulsaran hacia el animal, asegurándose de que su cuerpo seguía dentro de la línea de visión del tiburón en todo momento.

«No he venido a asustarte, amiguito».

Pudo ver el anzuelo de cerca. Era enorme; fácilmente del tamaño de su puño. Con razón le dolía.

A Jessy no le gustaba tocar a los tiburones; eran animales salvajes y no estaban allí para recibir carantoñas. Pero en aquel momento no había otra opción. Acercó la mano enguantada hacia el morro del escualo, con lentitud. El tiburón dejó de sacudirse y se giró para mirarla con sus orbes negros.

«O bien sabes que he venido a ayudarte, o piensas que soy tu almuerzo».

En cualquier caso, iba a aprovechar aquella calma momentánea. Jessy utilizó las aletas para mantenerse estática en el agua.

—Ten cuidado, Jessy —le gritó Rachel desde arriba. Jessy alzó la vista y descubrió que Rachel, Tom, Lyle y Darryl estaban mirándola. Darryl apretaba las manos con fuerza contra la barandilla, como si aquello fuera lo único que evitaba que saltara al agua a por ella.

—No pasa nada, sé lo que hago —murmuró, más para sí misma que para el resto del grupo, mientras introducía despacio la mano enguantada en la boca del tiburón y dejaba atrás la primera hilera de dientes. Sabía que sus mandíbulas aún no eran lo bastante poderosas para comer algo de su tamaño —el juvenil aún necesitaba un montón de capas de mineral en la parte exterior de su mandíbula para producir la fuerte capa de cartílago que un día lo convertiría en un superdepredador— pero bastaban para hacerle mucho daño en el brazo.

Se concentró en la fea herida que tenía en la boca. El anzuelo era tan grande que debía de estar clavándose más cada vez que trataba de alimentarse. Por eso estaba tan desesperado por quitárselo.

«Al menos el anzuelo no tiene púas».

No se le había ocurrido traer unas pinzas consigo.

Jessy tiró del anzuelo hacia un lado hasta que por fin lo soltó. Cerró el puño con fuerza para agarrarlo y empezó a retirar la mano despacio. El tiburón permaneció muy quieto; su ojo derecho, el único que Jessy podía ver desde aquella posición, seguía cada uno de sus movimientos.

Una vez que su mano estuvo libre, se impulsó hacia atrás con las aletas para poner distancia entre ella y el tiburón.

—Sal del agua ahora mismo, Jessy —dijo Tom, haciendo gestos hacia la popa del barco. En cuanto llegó, Tom alargó su fuerte mano hacia el agua. Jessy agarró su muñeca con la izquierda y dejó que la alzara y la dejara sobre el bote.

Agradecida, recibió la fina manta de lana que Rachel le estaba ofreciendo y envolvió su cuerpo goteante con ella. Temblaba violentamente. Mientras estaba allí abajo con el tiburón se había olvidado del frío.

—Demonios, sigue haciendo este tipo de cosas y los del seguro nos van a subir la prima el año que viene —bromeó Tom.

Jessy rio. Sabía que a Tom le importaba una mierda la prima del seguro.

Lyle miró fijamente el objeto que tenía en la mano.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

Jessy asintió y le entregó el enorme anzuelo. Los ojos de Lyle ardieron de puro odio mientras lo observaba.

—Acero inoxidable —murmuró enfadado—. ¿Por qué la gente sigue usando estas cosas?

—Un montón de gente aún no sabe que deberían usar anzuelos de acero fabricados con metal corrosible —dijo Jessy.

Envuelta en la manta, se inclinó hacia adelante para mirar al lugar donde había estado el tiburón. Había desaparecido. Con suerte, la herida sanaría y la criaturita podría seguir creciendo. Sintió calor en su interior. No podían evitar los múltiples peligros causados por los humanos a los que los tiburones tenían que enfrentarse en su día a día, pero hoy habían hecho algo bueno.

Miró en torno suyo buscando a Darryl. Estaba solo, detrás de sus compañeros de trabajo, con una expresión tensa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en voz baja. Era la primera vez que hablaban desde que había subido al bote. Darryl la arropó aún más en la manta y Jessy se percató de que su mano temblaba—. Yo estoy bien, ¿y tú?

Darryl asintió y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Joder, cuando te vi meter la mano en la boca del tiburón, yo… Digamos simplemente que nunca en mi vida he pasado más miedo.

—Sabía lo que estaba haciendo, Darryl. Era un tiburón juvenil. Era un riesgo calculado.

Darryl abrió los brazos y ella se apoyó sobre él, absorbiendo su calor. Era como un horno humano.

—Estás caliente —dijo y su voz fue casi un gemido.

—Si sigues haciendo esos ruidos, voy a ponerme aún más caliente. —Darryl rio, frotando su espalda con suavidad para que entrara en calor.

—Debería ponerme algo de ropa.

—Buena idea. ¿Puedo mirar mientras te cambias?

—De eso nada, hombretón. Tú vas a quedarte aquí. Estaré de vuelta en unos minutos.

17



Darryl

De vuelta del puerto deportivo, Darryl condujo con especial cuidado; Jessy había sufrido un accidente el día anterior y no quería que volviera a recordarlo. Echó un rápido vistazo y se la encontró mirando a través de la ventana. Había estado callada desde que subió al coche.

—Jessy, ¿estás bien?

Durante un segundo le dedicó una mirada ausente.

—Lo siento, Darryl, no puedo dejar de pensar en Betti.

—No lo sientas. Ojalá la hubiéramos encontrado.

—Seguro que está bien. Habrá nuevas noticias y se olvidarán del tiburón, al menos por un tiempo. Ojalá… Ojalá pudiéramos hacer algo más para protegerles.

—Estáis haciendo un montón. Lo que hiciste hoy, meter la mano en la boca de un tiburón para quitarle un anzuelo, fue increíble.

Jessy se encogió de hombros.

—No fue para tanto. Ya te lo dije, era…

—Un juvenil, lo sé. Desde donde yo estaba parecía enorme, pero tú eres la experta.

Ella rio: un hermoso sonido musical.

—Gracias por acompañarnos hoy.

—Me lo he pasado bien.

Jessy miró fuera. Acababa de darse cuenta de que habían llegado a casa de Darryl.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó. Parecía sorprendida, pero no disgustada.

Darryl sintió cómo se ruborizaba.

—No quería ser presuntuoso. Supongo que confiaba en que pasaras la noche conmigo.

«Esta noche y todas las noches. No me puedo imaginar volver a casa sin ti».

«¿De dónde diablos venía aquel pensamiento?».

Estaba convencido de que nunca se había sentido así. Jamás.

—¿Darryl? —preguntó Jessy—. ¡Tierra a Darryl! —Se dio cuenta de que Jessy había estado hablando y él se había perdido todo lo que había dicho.

—¿Dónde tenías la cabeza? Te he dicho que sí, me quedaré contigo esta noche.

A pesar de que ese tipo de pensamientos aún le hacían sentir incómodo, la respuesta de Jessy le entusiasmó. Sintió que su pene comenzaba a activarse.

«Tranquilo, chico. Esto no tiene nada que ver contigo».

—Dicho esto, no es necesario que me vigiles más, ¿no? Ahora que el tipo de OceanSOS se ha ido.

—No sabemos lo que ha pasado —dijo Darryl con cautela—. Hasta que lo arresten, no estaremos seguros de que haya sido él.

—¿Crees que podría volver a Sharp’s Cove? —preguntó con preocupación.

—Que venga. Yo te protegeré, Jessy, te lo prometo. No te ocurrirá nada mientras estés conmigo.

Ella le observó durante un momento.

—Estoy acostumbrada a protegerme sola.

—Eso está bien. Ahora podemos hacerlo los dos; juntos.

Darryl pasó el brazo sobre sus hombros para conducirla dentro. Abrió la puerta de su piso y decidió que iba a tener que buscar otra copia de la llave para ella.

—¿En qué estás pensando? —dijo Jessy.

«¿Echará a correr si se lo digo?».

—Me gusta tenerte aquí.

«No era toda la verdad, pero tampoco era una mentira».

—Solo espero que no sea por algún tipo de… obligación, Darryl. No quiero pensar que…

Darryl sostuvo su mano con fuerza.

—Para. Por favor, para ahora mismo. Dime que no es eso lo que crees que yo…

Jessy sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Supongo que no estoy acostumbrada a que alguien cuide así de mí.

«Yo quiero cuidar de ti. Siempre».

—Vamos —dijo Darryl—. ¿Por qué no te sientas un poco? Prepararé algo de cena.

—Preferiría ayudar —le dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—No seas tan suspicaz. Sé cocinar, ¿vale?

Jessy se echó a reír.

—Eres un hombre de treinta y seis años que vive solo, en una ciudad que solo cuenta con un par de locales que ofrezcan servicio a domicilio. Estoy segura de que sabes cocinar. —Hizo una pausa y le dedicó una sonrisita perversa—. Definitivamente, no parece que te estés muriendo de hambre.

—Deja de mirarme así o acabaremos saltándonos la cena —le dijo—. Haces que me entren ganas de hacer algo completamente distinto.

—Tentador, pero yo sí estoy muerta de hambre. Pasar todo el día en el mar produce ese efecto en mí.

Darryl asintió.

—Marchando unos espaguetis *alla puttanesca* —dijo.

—No tengo ni idea de lo que es eso. ¿Por qué no me dices cómo te puedo echar una mano?

—Empieza por abrir una botella de vino —dijo indicando un botellero que había en la esquina.

—¿Cuál? —preguntó mientras miraba con cuidado las etiquetas—. No soy una experta en vinos.

—Yo tampoco. —Darryl rio—. Simplemente, escoge el que te apetezca.

Jessy tomó una botella y se quedó mirándola.

—A mi padre casi le estalla una vena cuando cogí una de sus botellas de vino.

Darryl terminó de llenar la cazuela con agua y añadió una cantidad generosa de sal.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Darryl—. Quizá le preocupaba que…

—Veintiuno. No estaba preocupado, estaba lívido. Le gusta controlar todo y a todos los que están a su alrededor. —Se encogió ligeramente de hombros—. Era un vino muy caro.

Darryl asintió sin saber qué decir. Su padre nunca había tenido nada que no estuviera dispuesto a compartir.

Jessy abrió la botella de vino con un ademán y comenzó a buscar copas en sus armarios. Se inclinó hacia él, de puntillas, para llegar al que estaba más alto. El placer al sentir su contacto fue tan intenso que Darryl se detuvo con la mano sobre la tabla de cortar, temiendo que acabara rebanándose el dedo.

Jessy vertió una generosa cantidad de vino en cada copa y dio vueltas al líquido con cuidado en el vaso antes de llevárselo a los labios.

—Mmm… Qué rico…

—El agua está hirviendo. ¿Podrías bajar un poco el fuego? Quiero que siga caliente hasta que añada la pasta.

Mientras Jessy lo hacía, Darryl puso la cebolla que había picado muy fino en una sartén con una cucharada de aceite de oliva y comenzó a freírla.

Jessy pegó un buen brinco cuando sonó el timbre.

—¿Estás esperando a alguien?

Darryl bajó el fuego, se secó la mano con un paño de cocina y se lo echó al hombro.

—No, quédate aquí.

En lugar de ir hacia la puerta, se dirigió a la ventana y apartó la cortina para mirar hacia la calle. Dejó escapar un suspiro de alivio al ver a Natalie y abrió la puerta a toda prisa.

La sheriff vestía de uniforme.

—Hola, Natalie.

—Hola, Darryl, siento molestarte. ¿Está Jessy contigo?

Darryl asintió una sola vez.

—En la cocina. Entra, por favor. ¿Quieres algo de beber?

La sheriff sacudió la cabeza.

—No, gracias. Hunter y la niña me esperan en casa.

«Es verdad, ahora Natalie tiene un bebé».

—Hola, Jessy. Solo quería compartir con vosotros los últimos avances que hemos hecho. Claude Ferrero ha sido arrestado de camino a Miami. Hemos comprobado su historial. Antes incluso de unirse a OceanSOS, muchos científicos ya lo habían denunciado por acoso. Nada tan grave como lo que había estado haciendo aquí, pero les había amenazado, había desinflado las ruedas de sus coches… Ese tipo de cosas.

—Pero ¿qué quería de mí?

—¿Seguro que se trata de la persona que ha estado yendo a por Jessy?

Natalie le lanzó una mirada cautelosa.

—Aún no ha confesado, pero es muy probable. Espero que sepamos algo más mañana, pero pensé que hoy dormirías mejor sabiendo que está entre rejas.

—Gracias, sheriff —dijo Jessy, que parecía aliviada—. ¿Significa eso que mañana puedo ir al trabajo, como cualquier día normal? Tenía pensado conducir al instituto.

—Te acompañará Susan Lopes, una de mis agentes. Solo por si acaso.

Darryl asintió con rapidez.

—Gracias, sheriff.

—¿Debería decirle que os reuniréis aquí? ¿A qué hora piensas irte?

—¿A las ocho es muy pronto?

—No, está bien. Se lo diré. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—Yo cuidaré de ella, sheriff.

Natalie le dedicó una sonrisa resabiada y desapareció en la noche. Cuando caminaba casi parecía estar brincando y Darryl supuso que aquello tenía mucho que ver con el hecho de que iba a ver a su familia; a Hunter y al bebé. Darryl se preguntó cómo sería tener una familia que le recibiera en casa todas las noches. Luego cerró la puerta y volvió a la cocina, donde Jessy le había quitado el sitio y estaba dando vueltas a algo en la sartén.

Jessy

—Las cebollas ya están. ¿Qué hacemos ahora?

Durante los siguientes quince minutos trabajaron juntos en la pequeña cocina. A Jessy no le

sorprendió descubrir que Darryl era un cocinero muy organizado, de los que ponían los ingredientes en fila antes de empezar. Eso le facilitaba seguir cada paso del proceso.

Su estómago comenzó a rugir con el olor delicioso de la cazuela hirviendo.

—¿Podrías coger queso parmesano del frigorífico, por favor?

—Claro. ¿Esto es el rallador?

Darryl asintió. Levantó con facilidad la enorme cazuela, como si no fuera consciente de su peso y la llevó al fregadero donde le esperaba el colador. Parecía demasiada comida para dos personas, pero supuso que hacía falta mucha para mantener lleno de energía un cuerpo como el de Darryl. En el bote, solo habían tomado un mísero sándwich como almuerzo.

—La cena está lista —anunció Darryl mientras dejaba sobre la mesa dos enormes platos de espaguetis humeantes.

—Tiene una pinta deliciosa, gracias.

—Espera a probarlo. La clave es el chile italiano.

Mientras cenaban, Darryl compartió con ella algunas anécdotas de sus tiempos creciendo en Sharp's Cove y de los cambios que se habían producido en la ciudad en los últimos años.

—No quieres irte nunca, ¿verdad?

—No, si puedo evitarlo —dijo Darryl—. Esta es mi casa. Puedo contribuir a la seguridad y al bienestar de gente que me ha dado mucho a lo largo de los años, tanto a mí como a mi familia. Supongo que es todo lo que un hombre puede desear.

El corazón de Jessy se encogió con aquellas palabras. Ella no era de allí y pronto tendría que irse de Sharp's Cove. Aquella mañana, Tom le había comentado en privado que creía que los tiburones estaban preparándose por fin para moverse de nuevo hacia al sur y entonces, ¿a dónde irían? Podían empezar una relación a distancia y verse en otros sitios, siempre que sus trabajos se lo permitieran. Pero no sería justo para Darryl. Se merecía a alguien que se asentara en Sharp's Cove y aceptara sus largas jornadas laborales. Su mente conjuró la imagen de dos bebés con los ojos agradables e intensos de Darryl; bebés que podrían no ser de Jessy.

De pronto, se dio cuenta de que estaba enamorada de él.

—Jessy, pareces triste. —Darryl se limpió los labios con la servilleta—. Cuéntame qué te pasa.

«Estoy destrozada».

Dio vueltas con el tenedor en el plato y comió algunos espaguetis, sin ganas. De repente, le sabían a cartón caliente.

—Estoy bien… y la cena está deliciosa. Siento no ser mejor compañía esta noche.

—No quiero que finjas. ¿Tiene que ver con Betti? ¿Aún estás pensando en ella?

«Tiene que ver conmigo».

—No, no. Solo estoy cansada. También aliviada, supongo, de que ya no haya nadie que vaya a por mí.

—Vamos a esperar un poco antes de dar eso por sentado, ¿vale? —dijo Darryl con preocupación.

—Pero Natalie parece muy segura…

—Mañana sabremos algo más. Yo tengo que trabajar, pero Susan se quedará contigo.

—De acuerdo —dijo Jessy, que seguía dándole vueltas a sus anteriores pensamientos.

—Vamos a la cama —dijo Darryl.

—Deberíamos terminar de limpiar.

—Ya me encargaré yo después. Vamos, te arroparé —le dijo, cogiéndola de la mano.

Jessy se dejó llevar. Le pareció increíble que pasara de largo por delante de la habitación de

invitados sin siquiera echar un vistazo. Iban a dormir juntos en su cama. Decidió que iba a disfrutar de los momentos que pasara junto a Darryl, duraran lo que durasen. Ya tendría tiempo de sobra para regodearse en la tristeza cuando todo hubiera terminado. Aquella noche iba a memorizar las sensaciones y sabores que le producía su cuerpo.

—Vamos —dijo Darryl. Levantó el edredón para hacerle espacio—. Ponte el pijama y a la cama.

—No sé dónde tengo el pijama —dijo Jessy—. Quizá no lo necesite. ¿Tú qué opinas?

Alzó el top, revelando primero su ombligo y luego el sujetador negro. Cruzó las manos a la espalda y liberó sus senos. Darryl siseó, pero no se movió.

Jessy se deshizo de los leggins con facilidad y acabaron arrugados alrededor de los tobillos. Se inclinó torpemente sobre un pie y luego sobre el otro, mientras se desembarazaba del suave tejido. Soltó una risita. Por fin, se plantó allí vestida solo con las bragas negras de algodón.

—Sigue —gruñó Darryl.

Jessy introdujo el pulgar por el borde y se bajó las bragas despacio, revelando el vello bien afeitado de su pubis, y luego dio un paso y las dejó atrás, en el suelo. Le producía una sensación extrañamente poderosa permanecer desnuda frente a Darryl y saber que iba a poner a aquel hombre formidable de rodillas.

—Tócate —le dijo en voz baja, casi suplicante.

Jessy llevó su dedo índice hasta la boca de Darryl y recorrió con él sus labios hermosos y generosos. Este los abrió, chupando el dedo de Jessy con reverencia. Luego tomó su muñeca con una mano y trató de besar la palma hasta alcanzar la parte interna, más sensible.

Era agradable, pero no lo que Jessy tenía en mente. Desplazó su mano a lo largo de su cuerpo hasta llegar a su ombligo, y después siguió bajando. Su dedo índice, húmedo después de haber estado en la boca de Darryl, formó círculos sobre su clítoris.

—Jessy, vas a matarme —dijo Darryl, moviéndose para recolocarse y estar más cómodo, pues una fuerte erección presionaba contra sus vaqueros.

—Déjame ayudarte con eso —dijo Jessy, poniéndose de rodillas frente a él. Darryl tomó una profunda bocanada de aire y su cuerpo se tensó mientras ella retiraba la hebilla del cinturón y le bajaba la cremallera muy lentamente. Su erección tiraba hacia ella a través de sus calzoncillos.

—Siéntate —le ordenó mientras lo empujaba hacia la cama. Le ayudó a quitarse los vaqueros y la ropa interior, liberando su pene.

Era enorme, pero en aquella posición Jessy podía tomar lo que quisiera o necesitara. Comenzó a lamer la punta de su glorioso miembro, deleitándose con sus gemidos roncos. Pasado un rato, se lo introdujo en la boca.

—No tienes que…

—Quiero hacerlo —le dijo, agarrándole el muslo con las manos mientras seguía

Las caderas de Darryl se sacudieron contra ella y su pene golpeó el final de su garganta. Casi sintió náuseas.

—Dios, lo siento…

—¡No! Te quiero más dentro aún. Es que eres… demasiado. Y me ha cogido por sorpresa.

Las manos de Darryl se cerraron en forma de puño y aferraron las sábanas.

—Dios mío, Jessy, esto es…

«¿La mejor felación que te han hecho nunca?».

Subió y bajó la cabeza mientras sentía cómo su miembro crecía aún más en su boca.

—Para —suplicó Darryl por fin—. Voy a…

—Correrte en mi boca —Jessy terminó la frase.

—No —respondió. Rodeó su cintura con sus grandes manos y la levantó, llevándola a la cama con facilidad. Su fuerza la ponía a cien—. Voy a correrme dentro de ti. Mantén las piernas abiertas. Justo así, para que pueda verte bien.

Si Jessy no hubiera estado ya tan mojada, las palabras de Darryl la habrían hecho gotear. Mientras miraba, con la parte superior del cuerpo apoyada sobre las almohadas, Darryl la acarició con suavidad, humedeciendo su clítoris con sus fluidos.

—Por favor, te necesito dentro ahora.

Darryl se echó a un lado, cogió un condón de la mesilla de noche y se lo puso. Jessy se preguntó qué sentiría si la penetrara sin preservativo; sin que hubiera nada entre ellos. Se quedó sin aliento. Nunca había pensado en tener sexo sin protección antes.

La penetró sin ayuda —lenta, muy lentamente— y Jessy sintió una presión casi dolorosa mientras lo hacía.

—Eres enorme —le dijo.

—Tú puedes con todo —la animó. Lentamente, pulgada a pulgada, Darryl siguió hasta introducir su miembro del todo. Bajó la cabeza para apoyar su frente en la de Jessy y suspiró con suavidad.

—Dame más —suplicó Jessy.

—Voy a dártelo todo —le prometió. Flexionó las caderas para que solo la punta de su pene permaneciera dentro y Jessy estuvo a punto de emitir un gemido de protesta. Un instante después estaba de vuelta, apretando el hueso púbico contra el suyo. El placer era tan intenso que dobló los dedos de los pies. Jessy pasó los brazos por sus enormes hombros y agarró sus músculos con los dedos.

—Más —suplicó, incapaz de pronunciar más palabras.

Él la embistió una y otra vez, golpeándola en un punto dentro de su cuerpo, que Jessy ni siquiera sabía que existía. La besó, primero con suavidad y luego con más urgencia, mientras su lengua se movía al mismo ritmo que su miembro.

El placer creció y creció. Desde su posición elevada, Jessy podía ver su enorme miembro desapareciendo en su interior; era una imagen tan excitante que no pudo resistirlo más. Sus paredes vaginales se contrajeron y los músculos de su estómago se tensaron. Gritó de placer un momento antes de que él se quedara rígido sobre ella, alcanzando su propio clímax.

Jessy miró su cara, tratando de memorizar el momento.

Todavía dentro de ella, Darryl se echó a un lado, arrastrándola con él. Jessy nunca se había quedado dormida con un hombre todavía en su interior, pero tampoco se había sentido tan segura con nadie como lo estaba con Darryl.

Relajada y saciada, sintió que se iba abandonando al sueño. Oyó, desde muy lejos, cómo Darryl murmuraba algo relativo al condón y se levantaba. Para cuando volvió a la cama ya estaba medio dormida. Mientras la rodeaba con su cuerpo, le pareció que susurraba algo en su oído; fue tan rápido y todo se quedó tan silencioso después, que Jessy no supo si lo había dicho de verdad o se lo había imaginado.

«Te quiero».

18



Jessy

Jessy se estiró perezosamente y miró por la ventana de su lado de la cama. Solo ahora empezaba a haber luz en el exterior. Le fascinó lo normal que le parecía despertar en la cama de Darryl; lo mucho que se parecía a un «hogar». Era una idea extraña para ella, pues jamás pensó que podría experimentar de nuevo aquella sensación.

Cogió el teléfono mientras sacudía la cabeza; eran las siete menos veinte.

«Aún es pronto».

Darryl se había ido. Su parte del edredón estaba arremetida con esmero. No se molestó en llamarle, pues percibía que no se encontraba en el piso.

Tras mirar a su alrededor, encontró un pósit en la mesilla de noche junto a su lado de la cama. Lo cogió y sonrió al ver la letra pequeña y descuidada de Darryl.

Llamaron del trabajo. No quería despertarte.

Gracias por una noche increíble.

Te quiero,

Darryl

PS. ¡Espera a Susan!

Se detuvo en las palabras: «te quiero». Quizá solo era una forma de despedirse, una expresión de cariño y puede que no tuviera ninguna importancia, pero recordó la noche anterior, cuando Darryl le había dicho que la quería. El recuerdo le parecía como un sueño: vívido y borroso al mismo tiempo.

«¿Realmente lo dijo o solo me lo imaginé?».

Cerró la puerta del baño y entró en la ducha. No era ni la mitad de lujosa que la suya. La de Jessy contaba con varias opciones de hidromasaje que imitaban la lluvia natural y esta tenía una alcachofa normal. Pero, igualmente, prefería estar allí antes que en su casa.

Se preguntó cómo estaría Darryl. No sabía mucho sobre su trabajo, pero no creía que solieran llamarle en mitad de la noche, a menos que hubiera pasado algo grave. Quería llamarle, pero no sabía qué decir.

«¿Va todo bien? ¿De verdad “me quieres”?».

Se puso unos vaqueros negros y un polo limpio del mismo color, dejando los últimos botones abiertos. Había traído ropa suficiente para unos cuantos días, pero si la situación se alargaba tendría que volver a su casa a por más; o, al menos, a poner una lavadora.

Pero no duraría mucho más. Habían arrestado al responsable. Quizá incluso había confesado ya. Supuso que Susan se lo diría cuando llegara.

Mientras se peinaba, pensó en el cadáver del pájaro en las escaleras de entrada. Se preguntó si llegaría a saber por qué Claude Farrero se había obsesionado con ella o qué había hecho para convertirse en el blanco de su odio. Tendría que contentarse con que hubiera terminado y pudiera volver a vivir su vida con normalidad.

No estaba feliz; aliviada, quizá, pero no feliz. La idea de volver a su vida solitaria no le atraía. Se preguntó cómo sería quedarse con Darryl y que aquel apartamento pasara a ser su casa. Podría poner un pequeño escritorio bajo la ventana del dormitorio y trabajar desde allí.

«Salvo por el hecho de que Darryl no te ha pedido que te mudes con él».

Suspiró. No era propio de ella fantasear así.

Descalza, se dirigió a la cocina y preparó café. Añadió una gota de leche, sorprendida de que aún estuviera fresca. No había visto a Darryl pasar por el supermercado en todo el tiempo que

llevaba allí.

Mientras se sentaba para beber el café, oyó el sonido del mail en el teléfono. Era un correo de Lyle. Miró la hora. Las siete y diez. No creía que hubiera llegado ya al laboratorio. Conociendo a Lyle, era más probable que se hubiera quedado toda la noche despierto y aún no se hubiera ido a dormir.

Abrió el correo con un rápido deslizamiento de dedo. Era conciso y directo; el típico estilo de Lyle.

Jessy,

Justo he terminado de analizar los datos del dispositivo de Victor. Hay algo raro. Me gustaría discutirlo contigo antes de compartirlo con Tom. ¿Podemos reunirnos en el laboratorio a las diez?

Lyle

Lyle no era la clase de persona que dudara de su trabajo. Al fin y al cabo, se dedicaba al análisis estadístico. Eso hacía aquel email mucho más interesante. Tenía que ir cuanto antes y hablar con él. Se sentó a la mesa de la cocina, olvidando el café y tratando de decidir qué hacer. Parte de ella quería salir pitando en el pequeño coche de alquiler. Pero sabía que lo correcto era esperar a la agente Susan Lopes. Hasta que alguien confirmara que ya no había peligro, aún suponía un riesgo para sus colegas y para cualquiera que pasara tiempo con ella.

Susan acabó con el debate interno de Jessy, porque llegó media hora antes de lo esperado. La mujer, joven y alta, llamó con energía a la puerta. Llevaba el pelo largo y oscuro en una apretada trenza sujeta con dos bandas elásticas.

—Hola, agente. Ha llegado temprano —dijo Jessy.

—Llámame Susan. No hay prisa. Esperaré aquí hasta que estés lista.

—¡Ya lo estoy! —dijo Jessy—. Cuanto antes lleguemos al laboratorio, mejor. ¿Quieres un café?

Susan sonrió.

—Gracias, tengo uno en el coche.

Jessy siguió a Susan hasta el vehículo.

—Nunca he estado en un coche patrulla.

—¿Quieres ir en la parte de atrás? Así podrás disfrutar de la experiencia completa.

Jessy sacudió la cabeza. Siempre se había mantenido en el lado correcto de la ley. La única ocasión en la que había tenido tratos con la policía había sido durante el suicidio de David; se habían comportado con bastante amabilidad, pero la experiencia había sido muy dolorosa.

—Ponte cómoda —dijo Susan—. El jefe Berner me ha enviado un mensaje con la dirección. Creo que tardaremos poco más de dos horas en llegar. Luego añadió, sonriendo—: Así que estás con Berner...

Jessy se descubrió devolviéndole la sonrisa. Había algo en aquella agente de policía que hacía que le resultase fácil confiar en ella.

«Apuesto a que eso es muy útil en su trabajo».

—Supongo. Es difícil de explicar.

Susan rio.

—Rob me dijo lo mismo el año pasado y mírale ahora, planeando la boda.

—No es realmente lo mismo…

—Oye, no estoy juzgándote. Me alegro por ambos. Nunca le había visto así. No todos los días recibo una llamada del jefe de bomberos pidiéndome que haga bien mi trabajo.

—¿Darryl te ha llamado?

—Ajá. Dijo que era personal.

Jessy no habló durante un rato muy largo. Se entretuvo mirando por la ventana hasta que salieron de la ciudad.

—¿Cómo es crecer en Sharp's Cove?

Susan sonrió con la atención puesta en la carretera.

—Estuvo bien. Es la típica ciudad pequeña donde todo el mundo se conoce y no puedes hacer nada sin que se enteren tus padres. Lo que realmente estás preguntando es cuántas veces el jefe y yo hemos cruzado nuestros caminos, ¿verdad?

—¿Tan transparente soy? —preguntó Jessy, riendo.

—Quizá no te sorprenda oír que Darryl era popular en el instituto. Capitán del equipo de fútbol, un gran nadador… El chico con el que todas querían salir.

—Lo suponía.

—Tiene seis o siete años más que yo. Ahora puede no parecer mucho, pero por aquel entonces él ni siquiera sabía que existía. A la mayor parte de la gente de la ciudad le sorprendió que decidiera volver. Supongo que pensaban que se marcharía y se buscaría la vida en otra parte. Sobre todo, después de que sus padres murieran en aquel horrible accidente de tráfico.

—Pero volvió y se quedó.

—Así es. Y es bueno para la ciudad que lo hiciera. Tanto él como Natalie mantienen a la comunidad unida. No me imagino a Sharp's Cove sin ellos.

—Parece llevarse bien con su equipo.

—¿Los has conocido? Alex y Jack Miller son amigos míos. Buena gente, más listos que el hambre y también muy divertidos.

—¿Suena como si uno de ellos te hiciera tilín? —dijo Jessy.

—¿A mí? Qué va, son buenos amigos, pero tengo una desafortunada afición por los chicos malos. En cualquier caso, como estaba diciendo, Alex y Jack irían hasta el fin del mundo por Darryl.

Susan guardó silencio mientras adelantaba un camión. A Jessy le divertía ver cómo los otros coches que circulaban por la carretera reducían la velocidad al verla.

—Sí, cuando pasa un tiempo dejas de notarlo. Nadie quiere que le pillen excediendo la velocidad junto a un coche de policía.

—Tiene sentido.

Jessy volvió a revisar el correo. Lyle no le había enviado nada nuevo, solo tenía un mensaje de Tom diciéndole que Rachel y él estaban conduciendo hacia Rosebay, donde un enorme tiburón blanco había sido avistado cerca de la playa. Jessy confiaba en que esto distrajera a la gente y les mantuviera alejados de Sharp's Cove y de Betti.

Se preguntó qué habría descubierto Lyle. Era un científico brillante; si decía que había encontrado algo extraño, Jessy estaba convencida de que así era. Se retorció impaciente en su asiento.

—Guau —dijo Susan cuando vio aparecer el edificio del laboratorio—. Es impresionante. ¿Cuánta gente trabaja ahí?

Jessy lo vio a través de los ojos de Susan como si fuera la primera vez. Era un edificio ovalado, con ventanas enormes que cubrían toda la pared y una estructura que brillaba bajo el sol. Al principio, Tom prefería algo junto al océano, pero todo lo que había encontrado era caro e inadecuado, así que había ampliado la búsqueda y había encontrado por fin aquel lugar.

Jessy rio.

—Un montón, supongo. El «huevo», como nosotros le llamamos, tiene otros laboratorios de

investigación, dos pequeñas compañías farmacéuticas y muchas startups.

—¿Todos están dentro juntos? —dijo Susan, entornando los ojos.

—Nosotros hemos alquilado la mitad de la planta baja, así que tenemos un montón de espacio para crecer. En la última planta está la cafetería y los laboratorios compartidos, incluyendo uno de bioseguridad de nivel dos.

—Estoy impresionada —dijo Susan mientras entraba en el aparcamiento—. ¿Puedo dejar el coche en cualquier sitio?

—Aparca en uno de los espacios marcados con una señal púrpura. Aquí todo sigue un código de colores —le dijo, sacando su tarjeta de acceso púrpura.

Jessy salió del coche y se desperezó. Esperó a que Susan escribiera un rápido mensaje en su teléfono. Se alegró de que no hubiera nadie en el aparcamiento; el coche patrulla llamaba mucho la atención.

Eran las nueve y media. Buscó el coche de Lyle en el parking. No recordaba de qué marca era, pero era gris y discreto, como su propietario.

—Vamos, entremos. Quiero hablar con Lyle lo antes posible.

—¿Es un compañero de trabajo?

Jessy asintió y aceleró el paso para poder seguir las largas zancadas de Susan. La puerta principal era la única del edificio que no requería de tarjeta para entrar.

—Guau —susurró Susan—. Ahora entiendo por qué lo llamáis el «huevo».

—Hola, Joe —dijo Jessy, saludando al guardia de seguridad que estaba sentado detrás de un escritorio ovalado, a juego con la forma exterior del edificio. Todo allí dentro tenía bordes redondeados.

—Señorita Long —respondió inclinando la cabeza—. Veo que hoy ha traído una invitada.

Susan hizo ademán de sacar la placa, pero Jessy la detuvo posando a toda prisa una mano en su brazo. Si le enseñaba la placa, Joe haría un millón de preguntas.

—Joe, te presento a Susan Lopes. Hoy está de visita conmigo. ¿Necesita firmar en alguna parte?

Susan rellenó el formulario, con impaciencia, pero no dijo nada. Jessy se lo agradeció en silencio.

—Gracias, pasad un buen día.

Jessy fue delante, siguiendo los carteles en dirección a las oficinas del instituto. Se alegró de que estuvieran en la planta baja; sabía por experiencia que los ascensores que llevaban a los pisos altos tardaban mucho.

Las puertas eran de un blanco resplandeciente. Una pequeña pantalla a la izquierda mostraba el nombre del instituto y su logo, enmarcado en un círculo púrpura.

—No bromeabas con lo del púrpura —dijo Susan con indiferencia.

Jessy rio y luego usó la tarjeta y la huella dactilar para abrir la puerta. Entró y la mantuvo abierta para Susan. Las paredes del hall, que también hacía las veces de sala de espera cuando había invitados, eran blancas y estaban desnudas, a excepción de un póster increíble de un tiburón en tres partes que los excompañeros de trabajo de Tom le habían regalado cuando se habían instalado allí.

—¿Por qué está todo tan oscuro?

—Probablemente Lyle se haya olvidado de subir las persianas. Ven conmigo al laboratorio, ahí es donde pasamos la mayor parte del tiempo.

La puerta del laboratorio la detectó y se abrió cuando se acercaron. Jessy atravesó el umbral y chocó con algo duro; alargó la mano para recuperar el equilibrio y se agarró a lo que tenía más

cerca, que resultó ser una bata blanca de laboratorio. Alzó la mirada para confrontar los ojos azules de Lyle; parecía exhausto, como si no hubiera dormido nada desde que se despidieron en el bote.

Susan la echó a un lado y se puso delante para protegerla.

—Tranquila, Susan. Te presento al doctor Lyle Galen —dijo Jessy.

El doctor se peinó el pelo con la mano. Lo llevaba largo, por debajo de los hombros.

—Hola, Jessy. ¿Qué estás…?

No tuvo tiempo de terminar la pregunta. De pronto, se fueron las luces. Como las cortinas estaban bajadas, las dos luces rojas de las salidas de emergencia pasaron a ser la única iluminación.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Jessy. Muy a su pesar, su voz dejaba entrever el miedo.

Susan se acercó a ella.

—Quédate junto a mí, Jessy —dijo en voz baja. Sus brazos se rozaron y Jessy se alegró de que estuviera allí—. Enciende otra vez las luces —le ordenó a Lyle.

—Pero…

Un fuerte siseo que provenía del conducto de ventilación más cercano ahogó la voz de Lyle.

—¿Qué es eso? —preguntó Jessy.

Susan se acercó al origen del ruido. Un momento más tarde se echó hacia atrás y chocó con Jessy en la oscuridad.

—Tenemos que irnos —dijo con preocupación—. Algo está…

Lyle, una sombra pesada y oscura, se tambaleó en su dirección. Jessy dio un paso atrás, pero tropezó inesperadamente y se desplomó. Lyle cayó sobre ella con un fuerte golpe.

«Uuf».

Se quedó sin aire en los pulmones. Oyó a Susan gritar algo, pero era como si estuviera muy lejos. Un momento después, sintió que la presión sobre su cuerpo se liberaba. Jessy trató de rodar, pero sus miembros no respondían como deberían. Tenía la boca seca. Estaba mareada y aturdida, como si hubiera bebido de más.

«¿Qué está pasando?».

Susan tiró de sus brazos hasta dejarla sentada en el sitio.

—Jessy, tenemos que…

No llegó a oír el final de la frase. Su corazón latía con fuerza. Descubrió que volvía a deslizarse hacia el suelo y en esta ocasión ni siquiera intentó detener la caída.

19



Jessy

Cuando Jessy abrió los ojos, era de noche. Sintió algo duro bajo ella. Su estómago se estremeció y le dio la impresión de que eran náuseas. Le llevó un momento darse cuenta de que no era su cabeza la que daba vueltas; se encontraba en un vehículo en movimiento. El coche dio un brinco y su nuca dio contra algo duro.

«Estoy en el maletero».

«Oh, Dios».

Nunca había tenido claustrofobia, pero la idea de estar encerrada allí bastó para que aquella palabra acudiera a su mente. La gente moría en los maleteros todo el rato.

«Hiperventilar es lo contrario de lo que deberías hacer. No sabes cuánto aire hay aquí. Tienes que hacer respiraciones lentas y profundas».

Su entrenamiento de buceo la ayudó. Tomó varias inspiraciones largas y profundas, con pausas entre ellas, sabiendo que eran las que empleaban menos aire.

«Con calma».

«Intenta descubrir todo lo que puedas sobre el sitio en el que estás».

Sentía pinchazos en la cabeza. Recordó que Lyle la había atacado en el laboratorio, arrojándose sobre ella; luego su mente se había quedado en blanco hasta aquel momento.

«Lyle me drogó».

Levantó la mano derecha y sintió cómo el brazo izquierdo se movía también. Palpó una cuerda suave y delgada que colgaba entre sus manos y rodeaba sus muñecas. Estaba apretada, pero no tanto como para cortarle la circulación.

Se vio arrojada de pronto hacia un lado cuando el vehículo giró. Su hombro se golpeó contra algo suave.

Jessy contuvo un grito.

«Oh, Dios mío».

«Hay un cuerpo en el maletero conmigo».

Sintió un terror tan intenso que casi pudo saborearlo. Quería cerrar los ojos y sumirse de nuevo en la inconsciencia. Se mordió el labio para no gemir. La parte lógica y analítica de su mente le advertía de que era mejor guardar silencio.

«Trata de descubrir qué está pasando».

Se puso de lado, ignorando el dolor de su cadera y alargó ambas manos para palpar el cuerpo. Identificó una camisa y movió las manos hacia arriba, pasando por encima de un par de senos.

«Es una mujer».

Para cuando tocó la trenza, ya sabía quién yacía inmóvil a su lado.

«Susan».

Recordó a la joven agente de policía de ojos brillantes.

«No puede estar muerta».

Se giró boca abajo, en una posición incómoda, para tratar de alcanzar su boca. Durante un momento muy largo, no detectó nada. Su corazón se encogió de dolor. Entonces, sintió un leve soplo de aire.

«Está respirando».

—Susan —susurró.

No hubo respuesta.

«No pasa nada. Susan sigue con vida».

Al margen de lo crítico de su situación, le parecía una victoria. De pronto, Jessy pensó en su teléfono. Palpó por el maletero, pero su mochila, junto con el teléfono y el portátil que había dentro, no estaba por ninguna parte.

«Quizá Susan lleve un teléfono encima».

Hurgó como pudo en los bolsillos de Susan. Esta se revolvió, pero no llegó a volver en sí.

«No hay teléfono, de acuerdo. Habría sido demasiado fácil».

Muy a su pesar, su respiración se aceleró otra vez. Con dos personas en el maletero, quién sabe cuánto tardaría en acabarse el aire. Debía permanecer alerta para cuando el coche se detuviera; necesitaba un arma. En su cabeza, visualizó a Lyle abriendo el maletero.

«¿Por qué iba a hacer Lyle algo así?».

Nada podría haberla preparado para esto. Lyle y ella habían trabajado juntos durante más de dos años. Era un científico muy reputado. Habían pasado incontables noches en el laboratorio procesando datos. Nunca habría pensado que él…

Sintió otra vez el picor de las lágrimas en sus ojos.

Sabía que sus oportunidades de sobrevivir eran escasas, pero si Lyle pensaba que se lo iba a poner fácil, le esperaba una buena sorpresa. Jessy se propuso explorar el maletero tan silenciosamente como fuera posible con sus manos atadas. Había leído en una ocasión que algunos coches tenían un mecanismo de cierre que permitía que el maletero se abriera desde dentro, aunque evidentemente no había tenido oportunidad de ponerlo en práctica antes. Unos minutos después tuvo que admitir su derrota. Susan y ella estaban atrapadas.

No podía saber cuánto tiempo había pasado, pero a Jessy le pareció que transcurrían horas antes de que el rugido del motor cambiara y la frecuencia con la que sus cuerpos eran arrojados de un lado a otro del maletero aumentaba.

«Ya no estamos en la autopista».

El aire se enrarecía a su alrededor. Agarró el brazo de Susan. De pronto se alegró de que estuviera inconsciente. Sería más sencillo. Si aquello era realmente…

De pronto, el coche se detuvo. A Jessy le pareció que el corazón subía a su garganta. Había visualizado aquel instante durante horas —tratando de enseñar a sus músculos a practicar el movimiento— pero ahora que había llegado el momento, notaba su cuerpo rígido y congelado.

Aun así, tenía que hacerlo. Por Susan. Por sí misma. Se mordió el labio para contener un sollozo. Pensó en Betti. En Darryl. Quería ver a Darryl de nuevo.

Oyó cómo la puerta del coche se cerraba de un golpe y unos pasos ansiosos se acercaban al maletero.

«No, aún no estoy preparada».

«¿Cuándo estarás preparada? Te estás quedando sin aire».

Los pasos se detuvieron. Su miedo adquirió solidez y amenazó con ahogarla. Tomó una bocanada, tratando de llevar aire a sus pulmones.

Entonces escuchó con claridad a un hombre silbando. No reconocía la melodía, pero la felicidad y la actitud despreocupaba que desprendía aquel sonido se instaló en la boca de su estómago y transformó el miedo en furia.

«¿Qué clase de psicópata encierra a alguien en el maletero de su coche y luego se pone a silbar una melodía alegre?».

Jessy enterró las uñas en las palmas de sus manos, dejando que la rabia creciera en su interior, sabiendo que aquella emoción le sería mucho más útil que el miedo.

Cuando la melodía terminó, Jessy se tensó en el interior del maletero. Oyó el sonido metálico de la cerradura deslizándose. Saltó tan rápido como sus piernas rígidas se lo permitieron y se

abalanzó con las manos hacia arriba, los dedos convertidos en garras, arañando la máscara negra que cubría el rostro de su secuestrador.

Él aulló, pero no retrocedió como esperaba Jessy. Sintió cómo se deslizaba por detrás y comprendió demasiado tarde lo que estaba a punto de hacer. La tapa del maletero la golpeó con fuerza en la cabeza. Cayó de nuevo sobre la áspera alfombrilla, sabiendo que había fracasado, pero sin poder recordar ya por qué era tan importante.

20

Darryl

Cuando Darryl y su equipo volvieron a la estación de bomberos tras pasarse media noche sofocando un incendio en el granero de una ciudad cercana, ya eran las diez de la mañana. Por fortuna, habían podido controlar las llamas y salvar el edificio principal y a todos los animales.

Echó un vistazo a sus compañeros mientras estaban en la cocina. Parecían exhaustos y felices al mismo tiempo. Jack estaba sentado; era el menos acostumbrado a los chutes de adrenalina y a la subsiguiente bajada. Adrian dio unos tragos a su segunda botella de agua; el experimentado bombero sabía que podían llamarles otra vez en cualquier momento y estar deshidratado no beneficiaba a nadie. Alex Miller estaba sentado a la mesa, comprobando el correo electrónico.

—Esta noche habéis hecho un trabajo excelente —dijo Darryl, sin molestarse en ocultar el orgullo de su voz.

—¡Gracias, jefe! —respondieron a coro.

—Walsh, JMiller, echaos un rato. Miller y yo nos quedaremos despiertos.

Alex preparó el desayuno y Darryl aprovechó para darse una ducha rápida. Mientras se lavaba, la imagen de Jessy acudió a su cabeza. Se secó con impaciencia, preguntándose si Susan y ella habrían llegado ya al laboratorio y a qué hora regresarían a casa.

«Casa».

Su apartamento, que siempre había sido un lugar donde guardar sus cosas, de pronto le parecía un hogar… y todo gracias a Jessy. Por mucho que intentara mantener aquella relación como algo casual —diablos, él ni siquiera tenía relaciones— sabía que había llegado el momento de tener una conversación seria con ella.

Se sentó al escritorio, resistiendo las ganas de llamarla. Probablemente estaba trabajando y no quería actuar como el típico novio dependiente. Eso no le impidió echar un vistazo al teléfono cada pocos minutos, mientras trabajaba en el informe del incendio del granero.

Era un día tranquilo en la estación. El equipo limpió y comprobó todo el material. JMiller hizo la comida para todos —el joven preparaba unas hamburguesas excelentes— pero Darryl no tenía hambre. Aún no había recibido noticias de Jessy. Sentía algo raro en la boca del estómago, como un extraño presagio y volvió a considerar la idea de enviarle un mensaje rápido.

«Se encuentra bien. Está trabajando».

—Hazlo de una vez, jefe —le provocó Walsh—. Llámala.

Darryl enrojeció.

—¿Tan obvio es?

Los tres hombres asintieron, riendo.

—¿Sabes qué? Creo que voy a llamarla —dijo Darryl, poniéndose en pie. Cruzó la sala de estar y salió al patio, donde Jessy no pudiera oír las carcajadas y las chanzas que venían de la cocina.

Se decepcionó cuando saltó directamente el buzón de voz. Dejó un mensaje rápido.

—Uh… Hola, Jessy. Soy yo. Probablemente estás trabajando. Solo quería saber qué tal te va. Yo… Eh… Tengo muchas ganas de verte esta noch…

Con un pitido del teléfono, la llamada se cortó.

«Genial, Darryl. Muy elocuente».

Comprobó los mensajes para asegurarse de que no había recibido nada de Jessy o de Susan. Quizá debería enviarle un breve WhatsApp a la agente de policía.

Acababa de convencerse de que todo iba bien y estaba tirando de la pesada puerta para volver

dentro cuando vio el coche de Rob deteniéndose en el arcén.

—Ey, Rob —dijo Darryl mientras caminaba hacia él. Al ver su expresión, la sonrisa se congeló en su rostro.

Darryl era bueno interpretando las emociones de la gente y supo que algo había ocurrido. Algo malo.

«Podría ser cualquier cosa. No tiene por qué estar relacionado con Jessy».

—Lo siento, Darryl. Hemos perdido el contacto con Susan y Jessy.

El corazón de Darryl se aceleró y respiró a través de la nariz para controlarlo. Estaba acostumbrado a trabajar bajo presión. Si sufría un ataque de pánico ahora, no podría ayudarla. Bajó la mirada hacia su teléfono. Al recordar el mensaje que había dejado en el contestador sintió cómo se le bloqueaba la garganta.

«¿Y si nunca llega a escucharlo? Y si estaba…».

Apretó el teléfono con la mano.

—Dime qué ha pasado.

—Susan nos informó cuando entraron en el laboratorio. Eso fue a las nueve y media de la mañana.

«Habían pasado cinco horas».

«En cinco horas podría haber ocurrido cualquier cosa».

—¿Y no sabes nada desde entonces? —preguntó, haciendo esfuerzos por no alterar el tono de voz.

—Debería haber vuelto a informar a mediodía y luego a las dos de la tarde.

—¿Has intentado llamarla?

Rob fue paciente al responder, aunque Darryl sabía que su amigo solo le estaba dando algo de tiempo para que se pusiera al día. Rob ya había tenido en cuenta todas esas cosas.

—Natalie ha vuelto a la oficina. Está hablando con el FBI.

—¿El FBI? —el corazón de Darryl se detuvo.

«Por supuesto que han llamado al FBI, imbécil».

«Dos mujeres han desaparecido».

«Jessy ha desaparecido».

—Oye, jefe, ¿va todo bien? —La cabeza de Adrian surgió por el hueco de la puerta. Su cara de diversión se congeló muy rápido cuando vio a Darryl y a Rob juntos—. ¿Qué ha pasado?

—Jessy y Susan han desaparecido —dijo Darryl. Sentía el estómago duro como una piedra y tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Puedes quedarte al mando, Adrian? Necesito ir a la comisaría con Rob.

Adrian asintió.

—Ve. Yo me quedaré aquí, jefe.

Darryl asintió, agradecido.

—Gracias. —Se giró hacia Rob—. Dame un momento, necesito coger la chaqueta y la cartera.

21



Jessy

Jessy abrió los ojos y parpadeó para cerrarlos otra vez. La cabeza le daba vueltas. Aturdida, trató de localizar el origen del dolor, que parecía irradiar sobre todo desde su nuca. Se llevó la mano derecha a la cabeza, con cuidado de mantener los ojos cerrados, pero algo tiraba de ella hacia atrás y le impedía llegar. Empujó con más fuerza y sintió una presión inesperada en ambas muñecas.

Abrió los ojos y se miró las manos, olvidando el dolor de cabeza. Estaban atadas con una cuerda de seda escarlata. Aquel tejido suave y brillante la asustó más de lo que quería admitir. Frotó sus muñecas entre sí, pero los nudos no cedieron ni un ápice.

«Oh, Dios».

Jessy bajó la mirada a sus piernas. Sus vaqueros negros estaban manchados de barro, como si la hubieran arrastrado por el suelo. Sus pies descalzos estaban atados mediante otra tira de seda a la altura de los tobillos.

«Me ha quitado los zapatos y los calcetines».

El dolor amenazó con instalarse en su pecho. Lo último que recordaba era a Lyle abriendo la puerta del laboratorio. Susan y ella estaban… ¿Dónde estaba Susan?

Los muelles de una cama gimieron cuando se movió. Contuvo el aliento; le dio la impresión de que sonó muy alto. Yacía en una cama de matrimonio desvencijada, en una posición incómoda. Estaba sola. La colcha era vieja y estaba cubierta de rosas deslucidas. La habitación era pequeña y rectangular. No la había visto antes. Tenía una ventana grande que no parecía dejar entrar demasiada luz.

«Ya es por la tarde».

Inspiró y espiró agradecida, recordando el tiempo que había pasado en el maletero. Al menos allí había aire. Movió los dedos, que se le estaban quedando dormidos. Tenía que encontrar a Susan.

«¿Dónde demonios estamos?».

Jessy vio una sombra moviéndose al otro lado de la puerta.

Al principio pensó que simular seguir inconsciente podría ser ventajoso, pero la rabia se lo impidió.

—¿Qué diablos, Lyle? ¿Dónde está Susan? Tienes que dejarnos ir ahora mismo. —croó Jessy. Su boca parecía papel de lija.

Solo recibió una risa frenética como respuesta. Entonces la sombra entró en el cuarto.

No era Lyle.

—No creo que estés realmente en posición de exigir nada, Jessy —siseó.

Jessy se estremeció cuando reconoció su rostro. Era Don, pero tenía otro aspecto. No se parecía en nada al profesor de instituto que Emma le había presentado. Siempre había tenido una apariencia tan… apacible. Ahora, sus ojos azules brillaban como dos trozos de hielo. Se había recogido el cabello ondulado con una goma. Parecía más grande, probablemente porque Jessy estaba tumbada.

Se incorporó con dificultad, dado que no podía apoyarse en los brazos.

—¿Dónde están Susan y Lyle?

—Susan, Lyle… ¿Por qué te interesan tanto? ¿No quieres saber por qué estás *tú* aquí?

—Son mis amigos, mis compañeros de trabajo —susurró Jessy.

—Te daré el gusto, Jessy. Pero me debes una —dijo Don, mostrando una hilera de dientes

muy blancos. Parecía un chacal y Jessy tuvo que morderse los labios para no gritar—. Dejé a aquel científico idiota inconsciente en el laboratorio. Quizá consiguiera salir antes de que el gas incapacitante lo matara. —Don se encogió de hombros sin darle importancia—. No estoy seguro, la verdad, es la primera vez que intento algo así.

—¿Dónde está Susan? —Jessy recordó que había estado atrapada en el maletero con ella. Sin duda, aún no estaba…

—Está fuera, en el maletero. ¿Crees que debería ir a buscarla y pedirle que se una a nosotros? —preguntó Don con voz cantarina.

—No, no. —No quería que Susan estuviera cerca de aquel loco. Con suerte, habría suficiente aire en el maletero. Quizá Susan sería capaz de salir y buscar ayudar, si lograba entretener a Don el tiempo suficiente.

—¿Cómo hiciste…?

—Ah, la científica sale a la luz. Estaba convencido de que querrías saberlo todo —dijo Don. Una gota de sudor se deslizó por el nacimiento de su pelo. Se la limpió con un pañuelo que llevaba en el bolsillo—. Esperé toda la noche en el cuarto de mantenimiento del laboratorio. Cuando ese científico idiota salió por fin para ir al baño, me deslicé fuera y te envié un breve correo desde su cuenta; luego lo borré para que no lo viera. Tuve suerte de que dejara el ordenador encendido. Menudo imbécil.

—¿Pero por qué ibas a…?

—No pareces muy cómoda, Jessy —dijo Don, dando un paso hacia ella—. Vamos, deja que te ayude a sentarte.

—¡No me toques! —gritó, al tiempo que alzaba sus manos atadas como si pudiera evitar que la tocara.

Don la ignoró. La agarró por los antebrazos y tiró de ella hasta sentarla en la cama, con la espalda contra el cabecero. Jessy gimoteó y se hizo un ovillo con las rodillas para protegerse.

Don le dedicó una sonrisa lobuna.

—No te preocupes. No me interesas en ese sentido. Solo quiero asegurarme de que lo ves todo bien desde ahí.

Se movió hacia la puerta y comenzó a arrastrar algo azul y pesado.

Jessy no había estado frente a una lata de petróleo en la vida, pero había visto las suficientes películas para reconocerla.

—¿De qué va todo esto, Don? ¿Es Don tu verdadero nombre? —preguntó. Tendría que estar haciendo mejores preguntas, pero su cerebro parecía sumergido en algodón.

Don soltó la lata y la miró. Sus ojos azules brillaron, divertidos.

—Por fin empiezas a hacer las preguntas correctas. —Se llevó las manos al pelo; la goma se estaba soltando. Se lo echó hacia atrás y volvió a sujetarlo con cuidado—. ¿De verdad no me reconoces? ¿Ni siquiera si me recojo el pelo hacia atrás, así? Intenta imaginártelo más oscuro.

—No te reconozco. ¿*Quién* eres? —Jessy sollozó.

—¿Ni siquiera recuerdas mi nombre? Supongo que no me parezco mucho a David —dijo Don.

La mención de su prometido hizo que Jessy estuviera a punto de desmayarse. Oyó un ruido áspero y tardó un poco en percatarse de que lo producía ella. En un instante, Don empujaba su cara contra sus rodillas. Tenía la mano fría y sudorosa.

—Ya está, ya está, respira. Me sorprende que te acuerdes de David siquiera, con todo el sexo salvaje que estás teniendo con el bombero.

Jessy ignoró sus palabras y trató de concentrarse en su rostro.

—Eres… Eres el hermano de David —dijo por fin con un gemido.

—¡Bingo! Sabía que acabarías descubriéndolo. —Don parecía encantado—. La primera noche que nos encontramos, en el bar, estaba tan nervioso… Estaba convencido de que verías algo en mí que te recordaría a David. Pero no, solo tenías ojos para el bombero. Ni siquiera me miraste…

—Pero David nunca… —farfulló Jessy, tratando de recordar algo sobre el hermano de David. Sabía que existía, pero este le había contado muy poco sobre él. Solo que estaba enfermo y vivía en algún tipo de institución. Recordaba a su madre hablando de visitarle en una ocasión, durante una cena familiar. El padre de David no había reaccionado bien con la noticia, pero no habían querido iniciar una discusión en su presencia.

—Pobre, querido David, por supuesto él no diría gran cosa sobre mí. Supongo que le avergonzaba mencionarme siquiera, después de que mi padre me ingresara en un psiquiátrico. ¡David fue siempre tan frágil! Pero me quería, igual que me quería mi madre. —Don se pasó los dedos por el pelo, deslizando la goma de nuevo.

—¿Por qué dices que te *quería*?

—Está muerta, ¿no lo sabías? Murió de pena. Creo que es justo decirlo, si hubieras sido mejor novia para David, él y mi madre seguirían vivos. Sin embargo, aquí estamos. Ellos dos muertos y tú ocupada follándote a otro hombre.

Una rabia salvaje recorrió su cuerpo. Por un momento olvidó su miedo y lo precario de su situación.

—No te atrevas a hablarme de David —gruñó—. Yo *amaba* a David. Habría hecho lo que fuera por ayudarle. Habría…

Los inquietantes ojos azules de Don parecieron penetrar en lo más profundo de su alma.

—Está claro que no lo quisiste lo suficiente. Eso pensaba mamá también.

La barbilla de Jessy tembló. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas mientras recordaba a la madre de David. Sabía que no debía creer nada de lo que Don estaba diciendo, pero cada una de sus palabras era como una puñalada en el pecho.

—Estoy solo en el mundo porque no supiste hacer feliz a mi hermano. Quizá estabas acostándote con otros a sus espaldas, incluso entonces.

—¡No! Yo quería a tu hermano. Habría hecho cualquier cosa por evitar lo que pasó. Pero estaba enfermo…

—Es una buena excusa. Veamos qué piensa el jefe Berner cuando llegue aquí.

A Jessy la cabeza le daba vueltas. Su nuca palpitaba.

—¿Por qué iba Darryl a venir…?

—Debo de haberte golpeado demasiado fuerte en la cabeza la segunda vez. Vendrá a buscarte, ya lo verás.

—¡No! Don, no tienes por qué hacer esto. Desátame e iremos a buscar a Susan juntos. Podemos hablar de esto con calma…

Don dio un paso al frente con el puño en alto. Muy a su pesar, Jessy se encogió y alzó sus muñecas atadas para proteger su rostro.

—¡Cállate, puta! Cállate o te pondré un bozal como a un perro. ¿No te das cuenta de lo mucho que odio el sonido de tu voz?

El arrebato terminó tan rápido como había empezado. Don se echó hacia atrás y volvió a parecerse a un profesor de instituto de ademanes tranquilos.

—¿Ves? No es bueno para mí excitarme de esa manera. ¿Por qué no llamamos a Darryl? Tenemos que seguir adelante con la función.

Jessy se tragó la bilis. Se dio cuenta de que aquella situación la superaba. Debía pensar en algo y tenía que hacerlo rápido, pero su mente se negaba a reaccionar.

—Don, por favor, hagamos…

Las palabras se congelaron en sus labios cuando se dio cuenta de que Don tenía su teléfono en la mano.

«Si piensa que voy a darle la clave…».

Un instante después, Don tiró de sus manos atadas y apoyó su pulgar en el sensor. Jessy se retorció y trató de apartar la mano. No quería que Darryl se acercara a aquel hombre.

—Deja de moverte, Jessy, o tendré que cortarte el pulgar. —La amenazó con voz suave—. Ah, ya está. —Feliz, Don fue bajando por su lista de contactos—. ¿Dónde está…? Ah, aquí. Shhh, ahora guarda silencio y déjame a mí hablar.

El teléfono sonó solo una vez antes de que Darryl lo cogiera.

—Jessy, Dios mío, ¿dónde…? —Los ojos de Jessy se llenaron de lágrimas al detectar el alivio en la voz de Darryl.

—¡Darryl! Es Don, no escuches… —Don la abofeteó a un lado de la cabeza para que se callase.

—¡Jessy! ¿Estás bien? ¿Qué está pasando?

—No puedes salvarla, Darryl. No pasa nada si te llamo Darryl, ¿no?

—Quién… cojones…. eres… tú…

Don rio, divertido.

—Es hora de que te calles y empieces a escuchar, Darryl.

—Si le tocas un solo pelo de la cabeza, te juro que…

Don abofeteó a Jessy de nuevo y esta empezó a lloriquear. El sonido hizo que Darryl se detuviera de inmediato.

—Por favor, para. No le hagas daño —suplicó.

—¿Estás listo ya para escuchar? —La única respuesta de Darryl fue su respiración entrecortada—. Voy a enviarte una dirección. Tienes cuarenta minutos para llegar, si quieres encontrar a Jessy con vida. Ven solo.

«Darryl, no».

Mientras la llamada se cortaba, Jessy se mordió el labio para evitar gimotear en voz alta. Se preguntó si volvería a escuchar la voz de Darryl.

22



Darryl

Darryl se aferró al asiento mientras Rob daba un volantazo para salir de la autopista. Conducía al doble del límite de velocidad. De vuelta en la comisaría, Rob había escuchado la mayor parte de la conversación que había mantenido con Don. No solo había insistido en acompañar a Darryl, también había sido él quien se había puesto tras el volante de su camioneta.

Darryl observó sus manos temblorosas; probablemente había sido buena idea que Rob condujera. No podía quitarse de la cabeza el grito de Jessy. ¿Qué le estaba haciendo aquel monstruo?

El teléfono de Rob sonó y el nombre de Natalie apareció en la pantalla.

—Rob, Darryl —empezó, asumiendo correctamente que el aparato estaba en el modo de manos libres—. Tengo a Daniel Winchester, del servicio de parques nacionales, en la otra línea. Conoce bien la zona; estáis yendo a una residencia de verano construida junto al lago hace tres décadas. La familia original se quedó sin dinero y la abandonó poco después, así que lleva muchos años vacía.

Natalie hizo una pausa para escuchar algo por la otra línea.

—Tened cuidado. Daniel dice que la zona entre la carretera y la cabaña está completamente despejada. Os verá llegar desde muy lejos.

—Gracias, Natalie —dijo Rob.

—Hay algo más. El FBI ha estado en el laboratorio. Se han llevado al hospital a uno de los compañeros de trabajo de Emma, un tal doctor Lyle Galen.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Darryl con tirantez.

—Aún no ha recuperado la consciencia.

—¿Qué hay de Susan? —preguntó Rob en voz baja.

—No estaba allí. Pero el laboratorio está en la planta baja y da al aparcamiento. El FBI piensa que así fue como las sacó. El agente especial James Ramsay está de camino para reunirse con su equipo.

—¿Ramsay? ¿Qué está…?

—Dile que se me mantenga al margen, Natalie. Tengo que ir solo o matará a Jessy.

—Está informado. Ramsay se pondrá en contacto contigo cuando esté cerca, Rob. Encontrar a Jessy y a Susan también es su prioridad. Ni siquiera sabemos si Susan está con ellos o no. Espera, Ramsay me está llamando otra vez. Os enviaré un email con toda la información que tenemos sobre Don.

Natalie colgó el teléfono.

Darryl miró a Rob y tuvo un *déja vu* momentáneo; habían perseguido a un loco juntos, solo unos meses atrás, pero en aquella ocasión era la vida de Emma la que estaba en juego. Ahora se trataba de Jessy.

Darryl inspiró y espiró lentamente, recurriendo a su entrenamiento para mantener la calma, hasta que el teléfono que sostenía dejó de temblar. Por fin, sus manos se quedaron inmóviles sobre su regazo. Parecían fuertes, pero… ¿de qué servían si no podían llegar hasta Jessy?

«Si la mata…».

Un silbido en el teléfono le avisó de que había llegado un correo a la bandeja de entrada. Lo ojeó por encima, leyéndole a Rob en voz alta las partes clave.

—Don Lowe es el hijo menor de Robert y Martha Lowe. Fue internado en un psiquiátrico con catorce años, tras algún tipo de incidente doméstico. Parece que intentó hacerle daño a su

hermano David, pero los médicos no han sido demasiado explícitos con los detalles. Entró y salió varias veces del psiquiátrico a lo largo de los años; a veces estuvo fuera durante varias semanas, pero siempre acababa volviendo, a petición suya. Salió por su propia voluntad en primavera, en torno a la fecha en la que murió su madre. No han vuelto a saber nada de él desde entonces.

—Mierda. ¿Cómo puede alguien así conseguir trabajo en una escuela?

—Sufre alucinaciones y, según consta, es inestable; sobre todo si no está tomando su medicación.

—Este es el último tramo de carretera antes de llegar al lago —le interrumpió Rob, deteniendo el coche—. Tenemos que pensar en qué…

—Tú te vas a quedar aquí y yo voy a seguir conduciendo hasta la casa, solo.

—Darryl, no seas estúpido. Susan también podría estar allí. Tenemos que…

—No voy a arriesgar la vida de Jessy, Rob. Tú puedes esperar a que lleguen los agentes y rodear la carretera para aproximaros a la casa por detrás.

Rob sacudió la cabeza. Apretó la mandíbula, enfadado.

—Eso nos llevará quince minutos extra por lo menos, Darryl.

Darryl bajó la voz.

—Cuando Emma tuvo problemas, me pediste que confiara en ti, Rob. Y lo hice. Dejé que entraras solo en esa cabaña, porque *tú* pensaste que eso aumentaría las probabilidades de sacar a Emma con vida. Hoy soy yo el que te pide que confíes en mí. Si Jessy y Susan están vivas, las encontraré y haré todo lo que esté en mi mano para distraer a Don, hasta que tú y el equipo podáis llegar.

—No me gusta —dijo Rob. Darryl se cambió al asiento del conductor, deseando que su amigo tomara la decisión correcta. No quería tener que dejarle inconsciente de un golpe, pero lo haría si era necesario.

Darryl le abrió la puerta a su amigo.

—Vamos, Rob. Es la hora.

Rob salió del coche y se irguió en toda su estatura. Medían casi lo mismo. Por fin, asintió.

—Esperaré al FBI e iremos por el otro lado. Por favor, Darryl, ten cuidado.

Darryl asintió. Sentía cómo se le cerraba la garganta.

—Gracias, Rob. Eres un buen amigo.

—Que te den. No te atrevas a decir nada que suene como una despedida.

—Te veré en unos minutos, Rob. No te vayas a poner sentimental conmigo —añadió mientras giraba la llave en el contacto.

Treinta y siete minutos después de recibir la llamada de Don, Darryl condujo por el camino hacia la casa. Pisó con fuerza el acelerador y agradeció el rugido del motor. El sigilo no estaba en lo alto de su lista de prioridades.

Aparcó la camioneta justo detrás de un coche negro que no había visto antes. Sacó una fotografía rápida de la matrícula y se la envió a Rob.

Mientras salía del coche, su instinto le dijo que algo iba mal. No era nada que pudiera ver, aún no, pero en lo que concernía al fuego, Darryl tenía un sexto sentido. En el aire había un ligero olor acre que presagiaba algo malo.

Una ventana se abrió en una de las habitaciones de la planta superior y un hombre sacó la cabeza.

—Probablemente quieras subir, Berner. No sé durante cuánto tiempo aguantará la escalera. —Lo que más le asustó fue lo normal que sonaba la voz de Don. Como si estuviera invitando a

un vecino a una barbacoa.

—¿Dónde está Jessy? —gritó Darryl—. Si le has hecho daño, te…

—¡Darryl! No subas aquí, va a…

Sus palabras fueron silenciadas por una sonora bofetada.

—¡No la toques! —rugió Darryl.

Don rio y volvió a desaparecer en el interior de la casa. Era un edificio antiguo, hecho sobre todo de madera. No había visto el interior, pero a juzgar por la estructura, ardería bien.

Debía llamar a Rob para que avisase al equipo. Como bombero sabía mejor que nadie que adentrarse en un incendio sin el equipo de protección personal era una estupidez.

También sabía que no había otra opción. Jessy estaba dentro y Darryl no iba a quedarse allí viéndola arder.

Envió un mensaje de audio rápido a Rob.

—Don está en la casa, ha encendido un fuego. Voy a entrar ahora a buscar a Jessy y a Susan, pero necesito a mi equipo aquí a toda velocidad.

Bajó la mirada. Al menos llevaba sus robustas botas de cuero con puntera metálica. Desenrolló las mangas de su camisa y luego se abotonó el cuello hasta arriba. Se puso la recia cazadora de cuero y se subió la cremallera también. Le volvería un poco menos ágil, pero estaba acostumbrado a cosas mucho peores.

Abrió la parte de atrás de la camioneta para buscar su linterna de marca Streamlight's Survivor que siempre llevaba consigo. La enganchó a toda prisa en el bolsillo delantero de su chaqueta. Encontró una botella de agua grande, bastante llena. Se echó hacia adelante y, sin escatimar, empapó su pelo, su rostro y sus hombros con el preciado líquido. Eligió una de las camisetas que había en su bolsa de deporte y la rasgó. Luego mojó uno de los lados antes de atársela para cubrir la nariz y la boca. En el último momento, cogió el gorro térmico que a veces usaba cuando salía a correr en invierno; aquel material ignífugo le daría algo de protección adicional.

Trabajó de forma automática, sabiendo que su única opción era abordar el asunto como si fuera cualquier otra emergencia. Se le daban bien las emergencias; era famoso por mantener la sangre fría cuando actuaba bajo presión. No sería nada bueno que se pusiera a pensar en Jessy atrapada en una habitación en llamas. Sabía demasiado bien la clase de heridas que el fuego podía hacerle a una persona y lo rápido que podía causárselas.

Deseó tener un par de guantes de protección térmica. Solía llevar algunos en la parte trasera de su camioneta, pero debía de haberlos sacado en algún momento.

«Que les den a los guantes».

Mientras entraba en el porche, oyó un crujido revelador. El humo ya se filtraba por debajo de la puerta de entrada y desde la gran ventana que había al lado. Darryl apoyó la mano cerca del pomo, sin tocarlo. Sentía el calor que emitía el metal.

Dio un paso atrás y pateó con fuerza, apuntando justo al lado del pomo, la parte más débil de la estructura. Cuando no cedió, dio otra patada, dirigiendo el talón de la bota al mismo punto. Luego repitió el gesto. Con la tercera patada, la madera comenzó a astillarse. Con la cuarta, por fin cedió.

El pasillo que tenía delante estaba lleno de humo. Darryl inhaló por última vez el aire fresco del exterior y atravesó el umbral. Encendió la linterna a máxima potencia y se vio recompensado cuando el haz brillante atravesó el humo, permitiéndole localizar la escalera que había más allá. Las baterías se consumirían rápido, pero a juzgar por la cantidad de humo que había en la casa y consciente de que no llevaba su EPI, la intuición le decía que como mucho tendría unos minutos

para volver a salir. De lo contrario, la luz sería el menor de sus problemas.

La escalera estaba relativamente despejada, pero un humo muy denso flotaba desde los espacios conectados de la cocina y la sala de estar. Allí era donde se concentraban de momento las llamas. Dos focos de origen separados eran señal inequívoca de un incendio provocado.

«Ni que hubiera alguna duda».

Era evidente que estaba siendo dirigido hacia la escalera; pero era el sitio al que pensaba ir de todas formas, puesto que allí era donde había oído los gritos de Jessy. Subió los escalones de tres en tres, primando la velocidad en caso de que hubiera alguien esperando…

Algo voló en su dirección. Darryl se apartó de un salto y levantó las manos de forma automática para protegerse la cara, evitando por poco el objeto volador.

«Ahora sé dónde estás».

Subió a la carrera los escalones restantes y se echó a la izquierda al llegar arriba, pues era la dirección de donde había visto venir el objeto, pero no había nadie. La zona también tenía humo y su corazón se encogió de miedo. Ya resultaba difícil respirar, pero sabía que el fuego era una preocupación secundaria en aquel momento. Su prioridad era encontrar a Jessy y a Susan, y dejar a Don fuera de combate.

Oyó ruidos provenientes del segundo dormitorio a la derecha y se giró en esa dirección.

Jessy

Jessy tiró de la cadena que la ataba al cabecero de la cama. Don no había abierto la boca mientras pasaba la cadena a través de la seda y una de las barras de metal del cabecero, pero su sonrisa le había dado escalofríos.

—Don, por favor, deja que me vaya, no tienes que…

—Shhh… Ahora tenemos que guardar silencio, quiero oír… Ah, ahí está, justo a tiempo. —Don miró el teléfono—. Con tres minutos de antelación. Tu novio ha pisado a fondo el acelerador para venir aquí.

«Darryl no está aquí. Está jugando contigo».

Don abrió la ventana y sacó la cabeza. Jessy no entendió sus palabras, pero oyó la respuesta de Darryl alta y clara.

—¿Dónde está Jessy? —gritó Darryl—. Si le has hecho daño, te…

Por un momento, se reavivó su esperanza. Darryl no habría venido solo, él…

—Ah, está solo, tal y como le pedí. Buen chico —dijo Don con suavidad.

No, tenía que ser un truco. Darryl tenía que haber traído a alguien consigo.

«O no. Ha venido solo porque no quería arriesgar tu vida. Si él muere…».

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Vamos, Jessy. Llama a tu caballero de brillante armadura. Haz que venga y empecemos el juego.

Mientras hablaba, Don se acercó a la pequeña pila de trapos de colores que había en un rincón. Jessy le observó desconcertada mientras mojaba un trapo en petróleo y volvía a dejarlo junto a los demás. Repitió el gesto muchas veces.

—El poliéster produce una llama estupenda. Ya tengo un par de fuegos montados en la planta de abajo —dijo Don, encendiendo una cerilla.

—¡Darryl! No subas aquí, va a…

Fue tan rápido que no pudo verlo. Don atravesó el cuarto y la abofeteó; el golpe la hizo girar la cabeza y le impidió acabar la frase. Se encogió en espera de un segundo golpe que nunca llegó. Don había cerrado la ventana y estaba arrojando unos papeles al fuego.

—Ya está —dijo.

Jessy observó, hipnotizada, cómo crecían las llamas. Experimentó un miedo de una intensidad desconocida para ella. Reanudó sus forcejeos con las ataduras de seda.

—¡Por favor! No quiero morir aquí, no quiero…

Mientras le miraba, Don salió a través de una puerta del cuarto. Vio azulejos blancos detrás, así que supuso que se trataba de un baño, pero no pudo oírle dentro.

«¿Habrá otra puerta?».

Parecía una casa grande y vieja. No era raro que las casas viejas tuvieran baños con dos o incluso tres puertas.

«Me ha abandonado aquí para morir».

«Va a hacer daño a Darryl».

El fuego avanzaba poco a poco hacia las gruesas cortinas. Una vez que se hubieran incendiado, sería cuestión de tiempo antes de que el humo la asfixiara. Tenía que salir de allí.

«¡Piensa, Jessy, piensa!».

Era científica y también una buceadora experimentada. Se enorgullecía de ser capaz de pensar bajo presión. Si no podía liberar sus muñecas, ¿podía llevarse la cama consigo? Forcejeó

para ponerse de pie y tiró, pero la cama pesaba demasiado y con los tobillos atados carecía del agarre necesario para arrastrarla. Al menos ahora había conseguido un ángulo ventajoso. Apretando los dientes para combatir el dolor, tiró de sus muñecas, frotando la seda contra la cadena que la aprisionaba, con la esperanza de debilitar la atadura.

«No voy a morir aquí».

Tras ella, el fuego alcanzó por fin las cortinas. El aire chisporroteaba a su alrededor y la habitación se llenó de humo. Jessy tosió y redobló sus esfuerzos, concentrada en el pedazo de seda. ¿Estaba más flojo que hacía un minuto?

Una enorme sombra cubrió el umbral. Aunque al principio no pudo ver su rostro a través del humo, reconoció su silueta.

«Darryl».

Cuando dio un paso más y se adentró en la habitación, Jessy pudo apreciar sus rasgos. El sudor resbalaba por su frente hasta un trapo gris con el que se cubría la nariz y la boca.

—¡Jessy! Tenemos que salir de aquí —gruñó. Sus ojos mostraban alivio mientras atravesaba el cuarto hacia ella.

Jessy gritó cuando una chispa del fuego aterrizó en su brazo. Estaba muy cerca.

—No puedo —gritó, mostrándole las manos a Darryl.

Este sacó una navaja. No fue necesario pedirle que se quedara quieta mientras cortaba la seda con movimientos suaves y eficientes.

—¿Dónde está Susan? —preguntó.

—Fuera —respondió Jessy, tosiendo—. En el maletero de su coche. Tenemos que…

—La sacaremos. —Tiró con fuerza de la seda de sus tobillos, luego dobló la navaja y se la guardó otra vez en el bolsillo.

—Don aún…

—Coge mi mano y no la sueltes. La situación abajo es mala —le dijo.

—¿No podemos saltar? —preguntó Jessy, lanzando una mirada a la ventana envuelta en llamas.

Darryl sacudió la cabeza.

—Demasiado alto. Tenemos que bajar.

—Pero…

—Shh… Todo va a salir bien, Jessy. Se quitó la cazadora de cuero y empezó a envolverla con ella. Olía a humo, pero también a Darryl.

—Ponte esto. Protegerá tu piel —le dijo.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí —le dijo. Se quitó también el gorro y se lo puso, calándoselo por debajo de las orejas.

Jessy quería llorar, pero no era momento para lágrimas.

Darryl aferró su mano con fuerza y tiró, agachándose para correr.

—Es más fácil respirar aquí abajo —dijo como única explicación.

Darryl

Darryl apretó la mano de Jessy con los dedos. La tenía y no iba a dejarla marchar, pasara lo que pasase.

Aunque era urgente salir del dormitorio, Darryl se detuvo al llegar a la puerta. Don podía estar al otro lado. Deseó tener un pequeño espejo con un palo, algo para mirar al pasillo, pero por supuesto no tenía nada por el estilo.

A pesar de su conocimiento sobre incendios, era consciente de que aquella situación le superaba. Por fortuna, a lo largo de su carrera había visto pocos incendios provocados y la mayoría habían sido causados por personas desesperadas que querían reclamar el dinero del seguro; no fuegos para hacer daño o matar a otros seres humanos. Darryl no estaba preparado para ponerse en el lugar de Don. No tenía ni idea de si aquel hombre iba a salir corriendo o a quedarse allí a luchar, pero estaba dispuesto a evitar que Jessy y él acabaran convertidos en las víctimas de ese lunático.

Un súbito chisporroteo en el aire, seguido del grito ahogado de Jessy, le avisó de que el edredón de flores se había incendiado también.

«Puto poliéster».

El calor de las llamas era intenso, pero Darryl sabía que si se quedaban en el cuarto no les mataría el fuego. La inhalación de humo se encargaría de ellos mucho antes de que eso ocurriera. Se preguntó si no deberían haberse arriesgado a saltar por la ventana, pero ya era demasiado tarde para llegar al otro extremo de la habitación. La única forma de salir era seguir adelante.

Apretando aún más la muñeca de Jessy, Darryl se acuclilló y salieron corriendo del cuarto. El bate de béisbol erró su objetivo solo gracias a que habían reducido su altura. Pasó a unas pulgadas de su cabeza y se estrelló contra la pared.

Darryl soltó la mano de Jessy y la apartó de él. Toda su atención estaba concentrada en el bate que venía hacia él para golpearle de nuevo. Darryl alzó el antebrazo para evitar que impactara contra su cabeza. La madera conectó con su brazo y Darryl gritó de dolor, pero había sido un riesgo calculado. Ahora sabía exactamente dónde estaba el bate y por tanto, también el hombre que lo sostenía. Ignorando el dolor que ascendía por su brazo izquierdo, se incorporó y agarró el bate. Luego tiró con fuerza hacia él. Don aulló y soltó el arma. Darryl se abalanzó sobre él y le derribó, aprovechando su mayor corpulencia.

Era más sencillo respirar allí abajo, pero Darryl podía ver el humo, que se volvía más denso en torno a la escalera. O salían pronto o sería demasiado tarde. Giró la cabeza para ver cómo estaba Jessy y la encontró acurrucada contra la pared a varios pies de distancia, con una expresión de terror absoluto.

Aquella distracción momentánea le pasó factura, pues Don aprovechó para darle un cabezazo en la nariz. Darryl gruñó de dolor. Sus ojos se llenaron de lágrimas, dificultando aún más su visión. Antes de que pudiera darse cuenta, estaba echado de espaldas con Don encima.

Echó la cabeza a un lado justo a tiempo de evitar un golpe en el ojo, pero fue demasiado lento para esquivar el siguiente, un puñetazo a la nariz. Darryl aulló de dolor. Se dio cuenta, tarde, de que Don llevaba un puño americano, lo que triplicaba el poder de sus golpes.

El siguiente puñetazo impactó contra sus costillas. De nuevo, fue un ataque bien ejecutado que le hizo ver las estrellas.

«Joder».

Darryl sabía que tenía que salir de debajo de Don y llegar a una posición en la que su mayor

masa corporal le diera ventaja. Apretando los dientes para contener el dolor de sus costillas, se incorporó y rodeó a Don con los brazos, tirando de él hacia su pecho. Sintió su aliento en la piel, un instante antes de que los dientes de Don se cerraran en torno a su brazo.

Darryl rugió, pero no le liberó. Rodeó el hombro de Don con el brazo derecho y al mismo tiempo pasó su pierna derecha por encima de su pie izquierdo. Luego balanceó sus caderas y rotó con todo el lado izquierdo del cuerpo tan fuerte como pudo, dando la vuelta a Don y colocándose encima.

A Darryl le entraron ganas de vomitar cuando Don escupió un pedazo de algo ensangrentado que tenía que ser un trozo de su brazo. Tras él, Jessy exhaló un breve grito que culminó en una tos dolorida.

La presión en los pulmones de Darryl se intensificó. Don le sonrió como un maníaco. Quizá a Don no le importara morir, pero él y Jessy no iban a acompañarle. Cerró las manos y lanzó una lluvia de golpes sistemáticos contra la cabeza y el rostro de Don. Por fin, sintió que el hombre se quedaba inerte. Darryl le dio un último puñetazo por si acaso, disfrutando del dolor en sus nudillos.

—Jessy —la llamó con voz ronca—. Dame tu mano.

Más que verla, la sintió arrastrándose hacia él. Tiró de ella en cuanto le tomó de la mano, conduciéndola hacia lo que esperaba que fueran las escaleras. Su corazón dio un vuelco cuando no pudo encontrarlas.

«¿Me he desorientado? ¿Estoy llevando a Jessy a la muerte?».

Ignorando aquella voz, tiró con más fuerza de Jessy. Tenía que confiar en que no se hubiera perdido con el humo. De ser así, ninguno de los dos tendría una segunda oportunidad.

Alumbró con la linterna hacia el humo, suponiendo que se desplazaría hacia la puerta principal, pero sus ojos aún estaban llenos de lágrimas y no podía ver nada. Sintió cómo Jessy dejaba de moverse y tiró de su muñeca, acercando su cuerpo al suyo. No quería arriesgarse a perderla, pero, además, quería que Jessy supiera que no estaba sola. Su cuerpo temblaba como un flan, lo que quería decir que seguía consciente.

—Jessy —croó Darryl.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, su rodilla tocó el ángulo del primer escalón. Estuvo a punto de perder el equilibrio y provocar la caída de ambos dando tumbos por las escaleras, pero logró detener el movimiento en el último segundo, agarrándose a la barandilla. Arrastró a Jessy por las escaleras, sabiendo que tendría moratones al día siguiente, si es que tenían esa suerte. El fuego corría hacia ellos desde ambos lados de la escalera. Darryl casi se alegró de que Jessy estuviera inconsciente.

Cuando llegó al final de las escaleras, arrastró el cuerpo inerte de Jessy hacia él. Trató de olvidar momentáneamente la preocupación que sentía; lo mejor que podía hacer por ella era sacarla de la casa lo más rápido posible. Algo caliente impactó contra su cabeza y Darryl olió el pelo quemado antes de sentir el dolor en el cuero cabelludo.

Se incorporó hasta quedarse de rodillas. Agarró el cuello de su cazadora y tiró del cuerpo de Jessy hacia la puerta. El humo era ya demasiado espeso para que su linterna hiciera gran cosa, pero había contado los pasos al entrar.

Cinco. Cuatro. Tres.

La puerta abierta apareció de improviso. Darryl tomó una bocanada de algo que parecía aire puro y este le dio la fuerza que necesitaba para ponerse en pie y cargar con el cuerpo de Jessy sobre los hombros. Pese a ser muy ligera, su debilitada condición actual se lo hizo casi imposible. Salió de la casa dando tumbos, contando los pasos hasta que estuvo lo bastante lejos

del fuego para bajarla.

La dejó boca arriba en el patio y abrió la cazadora de cuero con sus manos temblorosas y cubiertas de ampollas. Se quedó mirando su pecho durante varios segundos.

«No respira».

—Por favor, Jessy, respira —suplicó. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Utilizó el dorso de la mano para limpiárselas con rabia.

Tragándose el pánico, Darryl comprobó la boca de Jessy para asegurarse de que no estaba obstruida. Acercó la oreja y escuchó con atención.

Iba a empezar con las compresiones torácicas cuando oyó un levísimo sonido susurrante.

«Está respirando».

El pecho de Jessy subió y bajó suavemente.

Darryl presionó la arteria carótida con los dedos y sintió el ritmo en staccato de su corazón.

Oyó un extraño sollozo y le llevó unos segundos darse cuenta de que era él quien lo estaba emitiendo. Justo entonces Jessy abrió los ojos y le miró directamente.

—Darryl… —resolló. Su voz rota era lo más hermoso que había oído en la vida.

Alzó la mirada, limpió las lágrimas y los mocos de su rostro, sabiendo que debía de tener un aspecto ridículo, pero sin que le importara lo más mínimo.

—Jessy, tenía tanto miedo. —Darryl la empujó hacia abajo con suavidad cuando trató de incorporarse—. Ponte de lado. Has inhalado demasiado humo.

—Susan, tenemos que…

Darryl se puso en pie.

—Voy a ello —le dijo—. Jessy, por favor, quédate aquí.

El coche estaba justo ahí, pero a Darryl le parecieron millas. No estaba seguro de que sus piernas fueran a sostenerle, pero se arrastraría de ser necesario. Fue dando traspiés hasta el coche, cayendo solo una vez de rodillas por el camino.

Sintió un profundo alivio cuando al acercarse al maletero escuchó ruidos de patadas. Bajó la mirada y vio trozos de cristal en el suelo junto a él. Susan debía de haber pateado las luces traseras.

«Chica lista».

Darryl golpeó el maletero dos veces. Si conocía bien a Susan, probablemente saldría del maletero peleando.

—Susan —dijo con voz ronca. Su garganta parecía papel de lija—. Soy Darryl, voy a abrir el maletero.

No esperó a recibir respuesta. Abrió la tapa por completo para dejar que entrara el aire. Susan se sentó en el maletero como si hubiera tenido un muelle debajo.

—Sácame de aquí —le dijo, agarrando los brazos de Darryl con desesperación. Darryl la tomó de las axilas y tiró hacia arriba para sacarla y ponerla en el suelo. Mantuvo los brazos en torno suyo incluso cuando inclinó a la mujer de espaldas contra la camioneta.

—Estás sangrando —observó Susan. Darryl bajó la mirada y vio la sangre que goteaba desde su brazo hasta la mano.

—Olvídalo. ¿Estás bien?

Susan ignoró la pregunta.

—Jessy… Se llevó a Jessy…

—Está bien. Todos estamos bien —dijo Darryl.

Susan miró a su alrededor. Localizó a Jessy, de rodillas en el patio y luego se fijó en la casa en llamas.

—Tengo frío —dijo Susan.

—Estás en shock —concluyó Darryl. Miró su teléfono—. Rob y el equipo del FBI se encuentran a cinco minutos de aquí. Vamos a ver si llevo algo en el coche…

Un grito inhumano atravesó el patio. Darryl lo había escuchado antes; era el sonido que hacía una persona cuando su carne comenzaba a arder. Una parte de él deseaba ignorarlo, pero era bombero. Para él, dejar que Don sufriera era impensable. Tan imposible como que a Darryl le creciera un par de alas y saliera volando por encima de la casa.

«Joder».

—No puedo dejarle arder —dijo—. Quédate con Jessy, por favor.

Susan le agarró de la camisa. Parecía que iba a decirle algo más, pero al final se lo pensó mejor y le dejó marchar.

Darryl medio corrió, medio avanzó a trompicones de vuelta a la casa. Se detuvo en el umbral; el humo eran tan espeso que ya no podía ver el interior. No le hizo falta plantearse si era seguro entrar. No lo era y menos sin el equipo de protección personal y sin apoyo.

Oyó gritos de nuevo. El sonido se propagaba de forma distinta en el interior de una casa en llamas, pero le pareció que Don estaba en la planta baja.

«Está buscando una salida».

Estaba rompiendo todos los protocolos habidos y por haber, para salvar la vida del hombre que había tratado de matar a Jessy, pero no podía dejar que una persona muriera, no sin tratar de evitarlo.

Darryl encendió de nuevo la linterna, dando gracias por no haberla desenganchado antes. Reunió fuerzas, tomó una profunda bocanada de aire puro y atravesó el umbral corriendo.

Dentro, la casa era un infierno llameante; rugiendo, crepitando y siseando. Darryl se puso de rodillas y gateó por el interior. El humo era tan denso que ni siquiera podía ver sus manos. Contó los pasos que iba dando, sabiendo que necesitaría esa información para salir otra vez.

De pronto, vio una forma humana corriendo hacia él a través del humo. Don ya no gritaba, pero su espalda estaba en llamas. Darryl podía oler la carne chamuscada desde donde estaba arrodillado. Alzó los brazos, dispuesto a tirarle al suelo. Si era capaz de ponerle boca arriba, las llamas se apagarían y podría…

Se dio cuenta demasiado tarde de que Don llevaba un cuchillo en la mano.

«No estaba gritando porque quisiera salir».

«Quería que yo entrara».

Darryl mantuvo las manos en alto mientras Don le embestía, pero al estar de rodillas no contaba con fuerza necesaria para detener su empuje. Se vio a sí mismo caer de espaldas como a cámara lenta.

El cuchillo penetró en su hombro. Darryl sintió cómo todo su brazo derecho quedaba inerte. Golpeó con el izquierdo, sabiendo que no podía permitir que Don le apuñalara de nuevo, pero lo hizo sin apenas fuerza.

«No es así como va a terminar».

Con un esfuerzo sobrehumano, Darryl se levantó, pasó el brazo izquierdo por la espalda de Don y lo alzó en volandas. Don aterrizó con un golpe seco y se quedó inmóvil. Darryl se apartó y comenzó a reptar como un soldado en dirección a la puerta de entrada.

«Sigue avanzando, maldita sea».

Arrastraba el brazo derecho y el izquierdo ardía con el esfuerzo. Pensó en todas las flexiones que había hecho en su vida. Por un momento, temió que no fueran suficientes.

Y entonces, un par de brazos lo agarraron y comenzaron a tirar de él.

23



James

El agente especial James Ramsay permaneció en su asiento, tieso como un palo, mientras Rob pasaba volando por encima de otro bache. Con el pulgar y el índice retiró una pelusilla invisible de su camisa blanca; se había quitado la chaqueta del traje y la había doblado cuidadosamente antes de dejarla en el asiento de atrás.

Habría preferido ser él quien condujera, pero Rob Hope había dejado claro que podía sentarse en el asiento del pasajero o buscar su propio vehículo. James podía entenderlo; sabía que Hope conocía personalmente a las dos mujeres que estaban buscando.

Decidió bloquear aquel pensamiento. No podía pensar en Susan ahora. Desde el primer momento, cuando se habían estrechado la mano, algo en ella le había llamado la atención y no era capaz de descubrir el qué. No era solo que Susan fuera atractiva o que formara parte del cuerpo de policía. En los diez años que había pasado en el FBI, James había trabajado con un montón de mujeres, algunas de ellas igual o incluso más atractivas que Susan, objetivamente hablando. Pero algo en la agente Susan Lopes le hacía desear que su vida fuera distinta, más sencilla. Le hacían desear ser la clase de hombre que pudiera pedirle una cita a una mujer como ella.

James se estremeció. La idea de que hubiera sido secuestrada por un lunático, que incluso pudiera estar muerta en aquel momento... Pero no podía permitirse pensarlo, no si quería resultar de utilidad en la investigación.

—¿Cuánto falta? —preguntó con los dientes apretados.

—Tendría que estar al final de este camino.

—Lo veo —dijo James con calma. Y lo veía; no la casa, sino el humo y el fuego—. Está en llamas, Hope.

—Joder. —Hope le entregó el teléfono—. Habla con Walsh y comprueba su ETA.

Con la siguiente curva apareció la casa del lago. Fuego y humo brotaban del tejado.

«Un infierno rojo».

Entonces vieron la puerta principal y el corazón de James se detuvo por un instante. Había una mujer de cabello oscuro sentada en el patio. Supuso que era Jessy. Una segunda mujer estaba entrando en la casa en llamas; James no necesitaba preguntarse quién era.

—Ve más rápido, Hope —escupió.

Pero la orden era innecesaria. Rob ya estaba conduciendo a toda velocidad por el patio en dirección a la mujer de cabello oscuro. James abandonó el coche antes de que se detuviera por completo y corrió hacia la casa. Mientras se acercaba, se dio cuenta de que Susan no estaba intentando entrar, sino sacando algo grande del interior; era el cuerpo de Darryl. En cuestión de segundos estaba a su lado. El humo y el calor del fuego eran insoportables. Colocó sus manos junto a las de ella, preparado para tirar.

La frente de Susan se arrugó con la sorpresa cuando vio sus zapatos y luego alzó la vista hasta su rostro.

—¿Qué diablos estás haciendo *tú* aquí? —Se recuperó con rapidez y acompañó sus palabras con una orden—. Cógele del brazo izquierdo —jadeó, moviendo ambos brazos hacia Darryl.

James hizo lo que le pedía, con rapidez. Juntos tiraron del cuerpo del bombero. Por fin, Darryl estaba fuera de la casa, pero el calor allí aún era insoportable; tenían que llevarle más allá de las escaleras del porche, hasta la hierba.

—Lo tengo —dijo James y Susan lo miró aliviada mientras lo soltaba. James se acuclilló

frente al cuerpo inconsciente de Darryl y tiró de su brazo hacia un lado, usando el impulso para cargarlo sobre sus hombros; no era el método más elegante, pero en este caso tendría que bastar.

Sus muslos temblaban mientras bajaba las escaleras con aquel hombre; Darryl y él tenían la misma altura, pero el bombero le sacaba a James sus buenas cuarenta libras de músculo.

Miró atrás, en dirección a Susan, que bajaba a trompicones las escaleras tras él. Cuando decidió que estaba lo bastante lejos de la casa soltó a Darryl tan suavemente como pudo y corrió hacia ella. La agarró de la mano y tiró, pero la soltó cuando ella gritó con el rostro congestionado por el dolor. James bajó la mirada y descubrió que sus manos estaban cubiertas de ampollas de un rojo intenso.

James bajó la mano, horrorizado por haberle provocado dolor.

—Dios —murmuró.

Susan le miró. Cuando habló, lo hizo con voz muy tranquila.

—Creo que voy a…

James la cogió mientras se desplomaba y la alzó con facilidad entre sus brazos. Estaba inconsciente.

En aquel momento sabía que la imagen de las manos de Susan cubiertas de ampollas le acompañaría toda la vida, y en esta ocasión no tenía nada que ver con su memoria fotográfica.

24



Jessy

Jessy abrió un ojo, esperando encontrarse fatal. Pero no, en realidad apenas sentía nada. Entonces fue cuando abrió el otro ojo y vio el gotero conectado a su mano derecha.

«Deben de estar metiéndome droga de la buena».

Recordó haberse despertado antes y haber visto a Emma allí, dormida sobre un sillón de aspecto incómodo. Ahora estaba sola.

«¿Cuánto tiempo llevo dormida?».

Recuperó la memoria mientras se miraba las muñecas vendadas. Recordó a Darryl siendo arrastrado fuera de la casa por Susan y el agente del FBI, luego a Susan desplomándose también. Recordaba la sangre…

«¡Darryl! ¡Susan!».

Se sentó en la cama, murmurando mientras arrastraba el gotero con aquel movimiento. Quitárselo sola no parecía buena idea y no estaba segura de poder salir de la cama llevando esa cosa consigo, pero tenía que haber alguna forma de llamar a una enfermera para que la ayudara. Tenía que levantarse y…

Llamaron suavemente a la puerta, un instante antes de abrirla. La piel de Darryl, habitualmente morena, estaba pálida, casi grisácea y llevaba el brazo en cabestrillo, pero estaba de pie y se sostenía sobre sus propias piernas.

Jessy se dejó caer otra vez sobre las almohadas. Sentía un alivio que no podía expresarse con palabras.

El rostro de Darryl se iluminó al verla.

—Jessy, estás despierta. —Su voz sonaba más ronca de lo habitual.

—Estás… Estás vestido —dijo ella. Su voz también era irreconocible. El fuego les había afectado a ambos. Jessy entornó los ojos—. ¿No deberías estar ingresado?

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Me han dado el alta —dijo mientras se acomodaba en el sillón, demasiado pequeño para él. Ella entrecerró los ojos. Podía engañar a los demás, pero Jessy veía más allá de su fachada. Estaba exhausto.

Alguien rio desde la puerta.

—El jefe se dio el alta a sí mismo, más bien —dijo Adrian Walsh—. Y la única razón por la que la doctora Leroy se lo permitió, es porque sabía que iba a pasar el tiempo aquí, de todas formas. Así que, mientras los dos tortolitos estéis bien, yo…

—Lárgate, Walsh —le ordenó Darryl, pero aún sonreía cuando su compañero cerró la puerta tras él.

—Deberías estar en el hospital —le dijo.

—*Estoy* en el hospital —repuso Darryl. Arrastró la silla torpemente para acercarse a ella y alargó su brazo libre para tomarla de la mano, pero vaciló al ver sus muñecas vendadas.

—Tus muñecas…

—Me has salvado la vida —respondió en susurros—. Entraste en una casa en llamas por mí.

—Encanto, yo entro en casas en llamas todo el rato —bromeó.

Jessy miró las vendas de sus brazos y recordó que se había quitado la chaqueta de cuero para envolverla con ella.

—No así —le dijo.

Él le dio la razón sin discutir.

—No, no así. Pero haría cualquier cosa por ti. Y Susan es la verdadera heroína aquí. Entró en la casa para rescatarme.

«¡Susan!».

—¿Está…?

Le daba miedo hasta preguntar.

—Susan se encuentra bien —dijo Darryl con rapidez—. Se quemó las manos rescatándome, pero los médicos creen que se recuperará por completo. Ha pasado por aquí para verte antes de abandonar el hospital, esta mañana, pero estabas dormida.

—Lo siento —dijo Jessy al darse cuenta de lo que poco apropiada que resultaba la expresión.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó. La acarició con ternura. Era difícil concentrarse en algo que no fuera el placer de aquel contacto.

—Lo siento todo. Siento que casi os mataran a Susan y a ti. Todo esto ha sido culpa mía. Don es el hermano de David. No sabía…

—Shh… Tranquila, Jessy. Nada de esto es culpa tuya. Don era un individuo perturbado.

«¿Era?».

—Está muerto —dijo Darryl, mirándola fijamente—. Falleció en el incendio.

Jessy sacudió la cabeza. Aún le resultaba difícil de creer que Don hubiera sido el hermano de David. Que nunca hubiera preguntado realmente por él. Quizá, si lo hubiera hecho, nada de esto habría ocurrido.

—Deja de hacer eso, Jessy.

—¿Hacer el qué?

—Ya sabes el qué. No podemos cambiar lo que ha pasado. Tenemos que mirar al futuro.

De pronto, recordó algo.

—¡Lyle! También estaba en el laboratorio. Me envió un mail. Pensé…

—Está bien —dijo Darryl en voz baja y reconfortante. Todavía la tocaba con delicadeza. Jessy miró ambas manos juntas y deseó que nunca la soltara—. El FBI fue al laboratorio y le sacó. Las ventanas abiertas probablemente le salvaron la vida. Don bombeó un gas narcótico en el laboratorio. Cuando los tres estabais inconscientes, os sacó a Susan y a ti por la ventana y os metió en el maletero. Así fue como llegaste a esa casa.

«El maletero».

Jessy recordó el maletero; recordó la oscuridad, la sensación de que las paredes se estrechaban a su alrededor. Experimentó un escalofrío mientras miraba a Darryl a los ojos.

Él le devolvió la mirada pacientemente, como si supiera todo lo que estaba pasando por su cabeza. Le estaba dando tiempo para procesarlo todo.

—Me alegro de que Lyle esté bien —dijo lentamente—. Él no envió el correo.

—No, fue Don quien te lo envió, para atraerte hasta allí.

Jessy asintió. Su mente seguía intentando procesar la información.

—Así que fue Don todo este tiempo. La música. El coche. El pájaro. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Estaba loco, Jessy. Pasó años en una institución psiquiátrica. La sheriff habló con su médico. Piensan que fue la muerte de su madre lo que lo llevó al límite. No había nada que pudieras hacer.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó. Nunca se había sentido tan perdida en la vida. Lo único que le parecía real era la forma en la que Darryl sostenía su mano.

—Descansa y ponte mejor. Cuando estés bien te llevaré a casa —le dijo.

Jessy cerró los ojos. Trató de imaginar la casa que estaba alquilando. No le parecía un hogar.

Tampoco podía volver con sus padres. La casa de su abuela era el único sitio donde se había sentido realmente cómoda, pero no era un lugar, en realidad, sino un momento en el tiempo. No había ningún sitio que pudiera llamar realmente su hogar.

Darryl se aclaró la garganta.

—A casa conmigo —le explicó—. Por favor, ven a casa conmigo. Sé que probablemente no es el mejor momento, pero quiero que vengas a vivir conmigo.

Los ojos de Jessy se llenaron de lágrimas. Darryl se inclinó para limpiárselas con suavidad y su rostro se contrajo por el dolor.

—No llores, Jessy, por favor. Me estoy haciendo un lío yo solo. Quiero que vengas a casa conmigo. Me gustaría que mi casa fuera nuestra casa. Pero si no te gusta el piso, nos podemos mudar, intentaremos…

—No estoy llorando —sollozó, dejando que sus lágrimas se derramaran más deprisa de lo que él era capaz de limpiar con la mano—. Quiero decir, lo estoy, pero es porque estoy feliz.

—De acuerdo —le dijo, deteniéndose—. Sabes que te quiero, ¿verdad? Pensé que nunca tendría la oportunidad de decírtelo.

Jessy se sentó, con cuidado de no tirar del gotero del brazo y le abrazó con el que tenía libre.

—Yo también te quiero, Darryl. Más de lo que puedo expresar.

EPÍLOGO

Jessy

Jessy se quedó plantada con la boca abierta mientras Rob, Emma, Natalie, Hunter, Susan, Adrian, Alex y Jack entraban en su salón.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí? —preguntó.

—Ayudarte con la mudanza, por supuesto —dijo Susan con una amplia sonrisa.

Jessy cerró la boca, sabiendo que debía de parecer idiota.

—¿Qué?

La sonrisa de Susan flaqueó durante un instante.

—Darryl nos dijo que te ibas a vivir con él —dijo Emma, llegando al rescate de Susan.

—Así es —dijo Jessy. No podía evitarlo, la idea le hacía sonreír.

«Voy a mudarme con Darryl. De verdad».

—Por eso hemos venido a ayudar. Darryl viene detrás.

Jessy cerró la puerta tras ellos. No podía creerse que estuvieran todos allí.

Alex y Jack flexionaron los músculos de los brazos, imitando un gesto propio de culturistas —. ¿Por dónde empezamos?

—Yo… Esto… —Jessy tartamudeó, deseando de pronto tener más pertenencias. No poseía demasiadas cosas: un par de maletas, su equipo de buceo, su cafetera y unos cuantos cuadros que había traído consigo. Todo lo demás era de la casera—. ¿Los cuadros, quizá? —dijo señalando los que eran suyos.

—En realidad no estamos aquí para ayudarte a llevar los muebles —dijo Emma en voz baja, para que solo Jessy pudiera oírla—. Quiero decir, te vamos a ayudar. Pero solo queríamos que supieras lo felices que estamos de que te quedes en Sharp's Cove.

Jessy sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Últimamente parecía que aquello le pasaba mucho.

—Gracias —dijo—. Muchas gracias a todos.

Justo en ese momento, Darryl asomó la cabeza por la puerta de entrada.

—Jessy, ¿puedes salir un segundo?

Emma y Susan le aseguraron que pondrían a los chicos a trabajar en los cuadros y no tocarían nada más hasta que volviera.

—Venga, siéntate aquí en el porche conmigo —dijo Darryl. Parecía nervioso, lo que no era habitual en él.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo va bien. Escucha, sé que estamos dando un gran paso...

El corazón de Jessy se encogió y la sonrisa se congeló en su boca.

—¿Qué ocurre, Darryl? ¿Has cambiado de opinión?

—¡No! —Darryl se frotó la fuerte mandíbula con la mano—. Quiero que te mudes conmigo. Más que nada en el mundo. Pero nosotros… quizá tengamos que buscar otro sitio pronto.

—De acuerdo… ¿Es porque se te acaba el contrato?

—No, no. Hoy le di el preaviso al casero. —Sus ojos parecían tristes.

A Jessy la cabeza le daba vueltas.

—No entiendo nada de lo que dices, Darryl. Pensé que te encantaba ese piso.

—Y así es. Es genial. Para mí. Y esperaba que también lo fuera para ambos. Pero anoche me di cuenta de que pronto tendrás que mudarte por trabajo. Este apartamento ya no nos servirá. Sharp's Cove tampoco. Encontraré otro trabajo…

Sentía una bola en la garganta.

—¿Harías eso por mí? ¿Buscar otro trabajo? —Se giró hacia la gente que estaba dentro de la casa—. Amas Sharp's Cove. Tu equipo está aquí, tu tía está aquí, tu *vida* está aquí.

Darryl encogió sus enormes hombros y acabó haciendo un gesto de dolor. Jessy se había enterado de que había recibido un mordisco y una puñalada de Don. Probablemente tendría cicatrices durante el resto de su vida.

—Volveremos de visita a menudo. Walsh puede encargarse de la estación de bomberos. Nosotros…

Una vez más, los ojos de Jessy se llenaron de lágrimas.

—Déjame hablar, Darryl. Tú no eres el único que ha estado pensando en el tema. Ayer hablé con Tom. Lleva mucho tiempo queriendo que el instituto se expanda, así que le pedí un trabajo como coordinadora. Puedo vivir en Sharp's Cove y solo tendré que ir al instituto una o dos veces por semana. Dejaré de perseguir a los tiburones por ahí.

—Pero amas tu trabajo —comenzó Darryl.

—Así es —dijo con firmeza. Sabía que, si quería tener la más mínima oportunidad de convencerle, tenía que ser fuerte—. Todavía podré hacer mi trabajo y jugar un papel en los esfuerzos de preservación. Nunca dejaré de investigar y aún podré realizar trabajo de campo, aunque sea con menos frecuencia. Quizá una o dos veces al año.

Se inclinó para tocar la mano derecha de Darryl y la apretó con suavidad.

—¿De verdad podemos quedarnos aquí juntos? ¿En Sharp's Cove? —preguntó en voz baja.

—Podemos. Así que será mejor que llames ahora mismo a tu casero. Esperemos que no haya alquilado ya tu piso —dijo mientras se ponía en pie—. Tom me ha dado más noticias: han encontrado a Betti. Aún no ha dado a luz a las crías, pero lo hará cualquier día de estos.

—Me alegro —dijo Darryl, sonriendo. Sabía lo mucho que eso significaba para ella.

—Ahora necesito volver dentro antes de que tus amigos comiencen a empaquetar cosas que no me pertenecen.

Volvió a entrar en casa y subió al piso de arriba, donde Emma y Susan charlaban animadamente.

—Es una casa muy bonita —le dijo Emma a Jessy mientras admiraba la madera nórdica de color claro.

—Lo es. —Jessy estaba de acuerdo, pero no lamentaba irse lo más mínimo. El dinero nunca había significado demasiado para ella, pero ahora sabía de verdad lo poco que importaba. Se había sentido desdichada durante suficiente tiempo como para saber que la felicidad no tenía nada que ver con una casa bonita.

Juntas, comenzaron a coger cosas del armario para apilarlas sobre la cama. Jessy empezó a pensar que quizá había cometido un error de juicio; parecía que hubiera mucha más ropa de la que cabía en dos maletas.

A Susan le sonó el teléfono. Jessy no hablaba español, pero la pegadiza melodía le recordaba a las palabras *olé guacamole* en bucle.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Emma.

Susan sacudió la cabeza con impaciencia y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—¿No vas a contestar? —preguntó Jessy con curiosidad.

—Es el agente especial Ramsay. Seguro que solo llama para seguir intentando planificarme la vida hasta el más ínfimo detalle.

Jessy y Emma se rieron por el tono que Susan había empleado para referirse al envarado agente del FBI, pero Emma se recompuso con rapidez.

—No seas tan dura con él. Rob dijo que estaba conmocionado por tus heridas.

Susan soltó una fuerte carcajada.

—No creo que me haya sorprendido más en mi vida, como cuando miré a un lado y me encontré con esos zapatos de vestir negros, tan pulidos. Me fascina que pueda correr con ellos.

—Jessy, hay más cajas aquí abajo, si las necesitas —le gritó Darryl desde la planta inferior. Jessy bajó para coger un par. Por fortuna, parecía que Darryl había traído una tonelada de cajas. Eso estaba bien. Quizá no las necesitasen ahora, pero, eventualmente, cuando tuvieran niños, tendrían que mudarse a una casa más grande.

«Niños».

La idea la hizo detenerse. Tenía la certeza de que ella y Darryl podrían enfrentarse a cualquier cosa juntos, fuera cual fuera el pronóstico y que siempre estarían en casa para recibir al otro.

«Siempre».

Jessy dio vueltas a la palabra en su mente. «Siempre» no era un concepto con el que estuviera muy familiarizada, pero resultaba bastante adecuado para referirse a ambos.

Jessy volvió arriba con las cajas de cartón dobladas, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en años.

—¿Va todo bien, Jessy? —preguntó Emma, dejando un montón de ropa sobre la cama. Jessy miró alrededor, luego a sus amigas y se dio cuenta de que se encontraba exactamente donde quería estar.

—Todo es perfecto —le dijo, y hablaba en serio.

FIN…

…POR AHORA

-- -- -- -- -- -- --

Gracias por leer este tercer libro de Sharp's Cove. Si has disfrutado con la historia, por favor, dedica un minuto a escribir una reseña rápida. ¡Leo todas las reseñas y las agradezco mucho!

Llega la serie de Mont Blanc: amor, suspense y aventuras en el corazón de los Alpes. Damien Gray es padre soltero y responsable del *Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne* de Chamonix. Cuando su hijo y la niñera de su hijo desaparecen, estará dispuesto a cualquier cosa para recuperarles.

Sigue leyendo para conocer el primer capítulo, y apúntate aquí a mi lista de correo para recibir información sobre nuevos libros y promociones especiales.

Feliz lectura,
JR

ADELANTO: LIBRO 1 DE LA SERIE MONT BLANC



Damien

Damien Gray se levantó y se estiró para desentumecer los músculos del cuello y los hombros. Llevaba una temporada sin dormir bien y pasar el día sentado frente al escritorio no ayudaba.

Se preguntó si debía cambiar su cama por un modelo Super King. En los últimos meses su hijo Jamie, que tenía seis años, se había acostumbrado a meterse en la cama de Damien entre las tres y las cuatro de la madrugada. El niño solía dormirse minutos después, pero para entonces Damien ya estaba completamente despierto.

A menudo se pasaba una hora tumbado junto a su hijo, viendo su pecho diminuto subir y bajar con suavidad, antes de darse por vencido y salir de la cama. Dormido, Jamie parecía aún más pequeño. Le recordaba a aquel día, cuatro años atrás, en el que la madre del chico se había presentado con él en su puerta.

Damien miró el reloj; eran casi las cinco de la tarde y aún no había pasado por el supermercado de camino a casa. Jamie y él iban a enseñarle a Tess, la niñera, a cocinar fajitas de pollo.

Como siempre que pensaba en Tess, una punzada de deseo completamente inapropiada recorrió su cuerpo.

«Déjalo estar».

«Tiene veinticinco años y se lleva genial con Jamie».

«No lo jodas».

Damien apagó el ordenador y alineó los papeles sobre el escritorio. Mañana tendría que venir temprano a terminar un par de informes, pero merecía la pena con tal de pasar la tarde con su hijo.

Ya había apoyado la mano en el picaporte de la puerta cuando sonó el móvil.

—Gray —contestó, obligándose a controlar su impaciencia.

—¿*Commandant*? —La palabra fue pronunciada con un acento canadiense, rítmico y sonoro.

Damien y Drake Jacobs, su segundo al mando en el Chamonix *Peloton de Gendarmerie de Haute Montagne* —PGHM para acortar—, habían trabajado juntos el tiempo suficiente como para saber, cuando escuchó la seriedad en su voz, que los planes para la cena tendrían que esperar.

—Acabamos de recibir una llamada desde Cosmiques. Dos escaladores salieron a primera hora de la mañana. Los esperaban de vuelta para el almuerzo, pero aún no han regresado.

—¿Dónde estás?

—En el coche, de camino a la oficina.

—¿Puedes recogerme?

—Claro. Llegaré en tres minutos, *commandant*.

En el pasado, Damien solo habría tenido que coger la cazadora de su uniforme y la mochila que tenía siempre lista, pero eso había sido antes de convertirse en padre.

Volvió a sentarse tras el escritorio, sintiendo el peso de sus treinta y seis años. Suspiró con suavidad y cogió el teléfono. Sonó tres veces antes de que alguien respondiera al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¿Tess? Soy Damien. ¿Estás con Jamie?

La respiración de Tess parecía ligeramente acelerada.

—Está debajo del sofá, y yo bajo la mesa de la cocina. Jugamos a ser ballenas.

A su pesar, Damien sonrió. La imaginación de su hijo no dejaba de fascinarle; desde luego, no la había sacado de él.

—¿Quieres que se ponga? —prosiguió en su suave acento de Oxfordshire.

—No, por favor. —No se entendía bien por teléfono con Jamie. Quizá era porque sus únicas interacciones por ese medio tenían lugar cuando Damien cancelaba planes con su hijo; algo que pasaba con demasiada frecuencia—. Ha ocurrido algo… No voy a llegar a la cena.

Tess se quedó en silencio. Sabía lo mucho que la cena de aquella noche significaba para Jamie.

—Lo siento —prosiguió Damien—. Necesito subir a la estación de Aiguille du Midi. No sé a qué hora llegaré a casa. Por favor, dile a Jamie…

—No pasa nada, no tienes por qué dar explicaciones —le interrumpió con tranquilidad. Después, alzando la voz, añadió—: Jamie y yo estábamos pensando en ir a visitar a John. Igual nos prepara raclette para cenar.

—¡Raclette! —gritó una vocecita aguda—. *Papaw* nos va a preparar raclette.

—¡Sí! Voy a llamarle para ver si está en casa —dijo Tess. Aún tenía el teléfono pegado a la oreja, pero estaba claro que ya no hablaba con Damien.

Sintió una opresión en el pecho. Tess lo había conseguido otra vez. Había logrado distraer a Jamie para que no se diera cuenta de que Damien le había fallado de nuevo. Sabía que aquello dejaría de funcionar pronto, cuando el chico fuera demasiado mayor para ser engañado tan fácilmente. Pero no hoy.

—Gracias —murmuró.

—Estaremos aquí cuando vuelvas —le dijo—. Ten cuidado.

El teléfono de Damien silbó cuando recibió un mensaje de Drake.

«Estate listo en dos minutos».

Damien se puso la cazadora del uniforme y las botas, asegurándose de meter el forro de los pantalones por dentro. Incluso en pleno verano hacía frío en las montañas.

Envió a su padre un mensaje rápido para decirle que iba a recibir una llamada de Tess. Lo hizo en inglés. Aunque Damien había nacido en Francia y había vivido allí toda su vida, su padre americano siempre le había hablado en inglés, y Damien se sentía cómodo expresándose en ambas lenguas. A veces le parecía que, aunque hubieran pasado cuarenta años desde que se mudó a Chamonix, su padre chapurreaba el francés como si acabara de llegar.

Pese a que eran muy diferentes y se habían distanciado desde la muerte de la madre de Damien, sabía que siempre podía contar con su padre en lo que respectaba a Jamie. Más importante aún, si algo le ocurriera a él, estaba seguro de que John cuidaría bien de Jamie. Siendo un padre soltero, aquel era el único motivo por el que podía hacer lo que hacía; de lo contrario, el riesgo habría sido demasiado alto.

Envió el mensaje y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Su atención se centró por completo en los escaladores desaparecidos.

El gerente del albergue de montaña se encogió de hombros.

—Normalmente no habríamos advertido su desaparición hasta la noche, pero el señor Reeds insistió mucho en que les sirvieran el almuerzo a las dos de la tarde en la terraza de arriba.

—¿Sabe el motivo? —preguntó Damien. El Refuge des Cosmiques era muy popular entre montañistas y esquiadores, pero no era precisamente famoso por ofrecer servicios especiales.

El gerente le miró con impaciencia.

—Por supuesto que sé el motivo. Iba a pedir en matrimonio a *mademoiselle* Lefevre cuando volvieran. Había planeado una petición muy bonita.

«Y seguro que también te dio una buena propina por las molestias».

—¿Y está seguro de que se dirigieron a La Rébuffat?

—Lo estoy. —El gerente resopló—. Anoche no hablaban de otra cosa. La mujer ha hecho ese ascenso muchas veces en el pasado.

Damien echó un vistazo a sus notas.

—Así que *mademoiselle* Lefevre es una escaladora competente.

—Más competente que él, desde luego. Cada vez que pensaba en ello, el pobre señor Reeds parecía un manojo de nervios. Mencionó que iba a ser su primera vía de varios largos.

—¿Fueron solos?

El gerente asintió.

—Salieron a las cuatro y media de la mañana.

Un músculo palpitó tras la mandíbula de Jake, y Damien supo que su amigo estaba pensando lo mismo que él.

«Esos dos no deberían haberse acercado a La Rébuffat; al menos, solos».

—Gracias por su ayuda, *monsieur* Lagarde.

—Jacques. Por favor, llámenme Jacques. Y díganme si puedo ayudar de alguna forma.

Damien y Drake caminaron de vuelta al helicóptero, donde les esperaba la teniente Kat Barreau, la piloto. Tras ella aguardaban dos hombres fornidos y esbeltos. Uno de ellos tenía el cabello oscuro; el otro, tan rubio que era casi blanco.

—Gael —dijo Damien, dirigiéndose al hombre de piel morena y cabello oscuro—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que era tu día libre.

Gael se giró para mirarlos. Con su metro ochenta de altura era algo más bajo que Damien y Drake. Al sonreír, se formaron arrugas en las comisuras de sus ojos verde oscuro. Señaló a los packs de escalada que había en el suelo junto a ellos.

—Esto es lo que hago en mi tiempo libre, *jefe* —dijo Gael, pronunciando la última palabra en español. Era el escalador más experimentado de su equipo—. Rémy y yo estábamos haciendo montañismo por la zona, así que hemos venido a ayudar.

Damien inclinó la cabeza en dirección a Rémy, un guía de montaña de St. Gervais que también trabajaba en la predicción de aludes y que a menudo prestaba servicios voluntarios en el PGHM. Damien sabía que Gael y Rémy solían acometer rutas de escalada imposibles juntos.

—¿Qué tal va mi equipo de la OTAN favorito? —preguntó Rémy, mostrando unos dientes muy blancos.

—No nos llames así —le pidió Gael, lanzando un suspiro dramático.

Damien rio. Rémy hacía referencia a las múltiples nacionalidades que componían el equipo de Damien. Solo Kat y él habían nacido en el país, y Damien era medio francés. El resto habían llegado a Chamonix desde otros sitios. Todos hablaban un francés al menos decente —o no podrían haber formado parte del PGHM— pero cada uno de ellos destacaba en otras áreas de su entrenamiento.

Drake Jacobs, su segundo al mano canadiense, era por supuesto bilingüe. También uno de los hombres más fuertes que Damien había conocido; tanto física como mentalmente. Hiro Tabu, el hijo de una famosa modelo japonesa y de un hombre de negocios francés que había llegado al país poco después de la pubertad, era el mejor adiestrador de perros que Damien se había encontrado jamás. Gael, un rastreador y escalador de renombre mundial de ciudad de México,

había llegado un verano a Chamonix para practicar la escalada y se había quedado para siempre. Jens Melkopf, el médico del equipo, se había unido a ellos tras pasar una década en las fuerzas especiales alemanas. Y, por supuesto, Kat Barreau era la clase de piloto que podría aterrizar un helicóptero sobre una moneda en mitad de una tormenta.

—Yo también me alegro de verte, Rémy. Es una suerte teneros a ambos aquí —dijo Damien, poniéndose serio—. Creo que vamos a necesitar tu ayuda.

Drake les hizo un resumen de la situación.

—Los escaladores perdidos, un hombre y una mujer, salieron a primera hora de la mañana a La Rébuffat. Era la primera vía con varios largos que iba a hacer el hombre. Todavía no han vuelto. Solo nos quedan un par de horas de luz para encontrarlos.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo Gael.

Damien comprendía la urgencia del joven; a pesar de que su trabajo se basaba en atemperarla con cautela, él también la sentía. Los rescates de montaña eran una experiencia intensa. El subidón era similar al que se experimentaba al coronar un pico difícil, pero encima estabas ayudando a alguien en el momento más aterrador de su vida.

—Ya he preguntado en la estación de Aiguille du Midi y nadie que encaje con su descripción ha cogido el teleférico para bajar a lo largo de la tarde —dijo Kat—. Subid, haremos un par de pasadas sobrevolando La Rébuffat para buscarlos.

Sintió el flash de la cámara de alguien en la cara. Damien entornó los ojos y subió al helicóptero, contento de escapar de la creciente multitud. Era algo que ocurría con frecuencia, pues el aspecto de su equipo solía llamar la atención de los visitantes. En particular, la presencia del helicóptero alimentaba la curiosidad morbosa de la gente, que susurraban entre ellos, preguntándose qué habría ocurrido.

El vehículo se elevó velozmente en el aire. Las montañas se alzaban al otro lado de la ventana, altas y majestuosas. Damien no podía imaginarse viviendo en ningún otro sitio; eso, y la enfermedad de su madre, eran los dos motivos por los que había vuelto justo cuando acabó la universidad.

Uno podía caminar durante varios kilómetros por las montañas sin encontrarse con otro ser humano y, aun así, nunca sentirse solo. El olor seco de las rocas, el aroma húmedo de los árboles en verano y de la fría nieve en invierno, y las voces de la gente con la que había escalado esas montañas en el pasado; todo aquello le acompañaba siempre allí arriba.

Unos cuantos minutos después, Kat habló a través de los auriculares que llevaban puestos.

—Mirad a la derecha, ahí está La Rébuffat.

Además de ser una piloto excelente, Kat conocía la región como la palma de su mano.

—¿Es un 6a? —preguntó Damien.

Gael y Rémy asintieron.

—Sí, es un 6a, pero se trata de una vía larga y muy técnica.

—Al parecer, uno de los escaladores nunca había hecho una vía con varios largos antes —dijo Drake.

Gael sacudió la cabeza.

—¿Y eligieron La Rébuffat como bautismo? Tiene nueve o diez largos.

Damien no dijo nada. Si seguían insistiendo, tendría que recordar a su equipo que su trabajo no era juzgar las acciones de los demás, sino ayudarles a tomar las correctas y, cuando ya no era posible, hacer lo que pudieran para ayudarles si estaban en apuros. Pero nadie añadió nada.

—¿Sabemos qué equipo llevaban? —preguntó Rémy.

—Dejaron casi todo en el refugio. Iban a pasar allí dos noches más antes de volver a casa.

Kat les interrumpió a través de los cascos.

—Estoy viendo algo ahí, en la cara sur.

Al principio, Damien no distinguió nada. Kat había puntuado un 20/10 en agudeza visual con el test de Snellen, así que no era sorprendente. Tuvieron que acercarse algo más para que también pudiera verlo: dos figuras pequeñas apiñadas en un saliente.

Drake sacó un par de binoculares.

—Son ellos. Un hombre y una mujer. El hombre nos está haciendo señales.

—Deben de llevar tres largos.

Damien se dirigió a Kat a través de los auriculares para que todos pudieran oírlo.

—¿Puedes aterrizar en ese claro de ahí, Kat?

Ella asintió.

—Por supuesto. ¿Qué vas a hacer?

—Escalaremos hasta allí para ver si podemos moverlos. Prepárate para despegar, puede que tengamos que llevarlos al hospital.

—¿Y quién va a escalar? —dijo Gael mientras se frotaba las manos.

—¿Te estás ofreciendo voluntario?

—Siempre, *jefe*. Ya lo sabes.

—Yo también me ofrezco, *commandant* —dijo Rémy—. Hemos traído un montón de cuerda.

Damien miró a ambos hombres y asintió. Habían pasado el día en las montañas, probablemente practicando escaladas difíciles, y aun así allí estaban, ofreciéndose a ascender de nuevo.

Drake no dijo nada. Todos los miembros del equipo conocían sus puntos fuertes. Drake era un atleta increíble, pero, dado que pesaba más de cien kilos, la escalada no era su especialidad.

—Gael y yo subiremos para evaluar la situación —decidió Damien—. Drake y Rémy se quedarán abajo para ayudarnos durante el descenso.

Kat posó el helicóptero con suavidad.

—Tened cuidado, chicos.

Los cuatro hombres descendieron del aparato llevando consigo todo el equipo que iban a necesitar. Tras estimar la distancia que les separaba de los escaladores, Damien enrolló el tramo de cuerda estática de mayor longitud alrededor de la parte superior de su cuerpo. Aunque sería incómodo para subir, si existía la posibilidad de bajar a la pareja de esa forma, necesitarían una cuerda lo bastante larga.

Vaciaron sus mochilas de todo lo que no fuera esencial, pero dejaron las botellas de agua, la ropa y el equipo de primeros auxilios. No sabían lo que iban a encontrarse al llegar.

Gael, que era el mejor escalador, dirigió el ascenso, mientras Damien le aseguraba durante el primer largo.

—Me hice esta vía yo solo hace unas semanas —dijo Gael sin darle importancia mientras comenzaba a trepar. Damien sabía que a Gael le gustaba el riesgo, pero oírle hablar con tanta calma sobre la escalada en solo integral, donde ni siquiera se usaban cuerdas y cualquier error era, por definición, fatal, le molestó.

—Me da igual, Gael. Sigue enganchando esos mosquetones —le advirtió Damien.

—Tranquilo, *jefe*. Sé lo que hago, y estamos trabajando. No voy a correr ningún riesgo ni con tu vida ni con la de ellos.

Damien se percató de que Gael no había dicho nada sobre correr riesgos con respecto a su propia vida, pero decidió no mencionarlo.

El mexicano llegó al final del primer tramo y se afianzó contra la pared de roca. Damien

esperó a recibir la señal con el pulgar hacia arriba antes de empezar a trepar. Los músculos tirantes de su hombro protestaron. Apretó los dientes. Si el dolor no remitía, iba a tener que visitar al fisioterapeuta en algún momento.

Alcanzó a Gael y siguió avanzando; él era el encargado de abrir el segundo largo. Habían hecho esto tantas veces antes que ni siquiera necesitaban hablar. Una vez Damien se hubo asegurado, Gael empezó a escalar de nuevo. Damien no pudo menos que admirar la facilidad con la que se movía. Era como si formara parte de la roca por la que estaba trepando.

Por fin, Gael le alcanzó y siguió avanzando, liderando el ascenso del tercer —y último— largo.

Tras casi una hora de escalada, Damien llegó al saliente donde habían visto a la pareja. Agradecido, se puso en pie y estiró los brazos y las piernas. Al contrario que Gael, que ni siquiera estaba sudando, a Damien le pesaban cada uno de los treinta y seis años que había cumplido.

Gael se había asegurado ya a la pared, y Damien se apresuró a hacer lo mismo. Estaban a más de noventa metros del suelo; era mejor no pensar en lo que les ocurriría si se caían desde esa altura.

El saliente era más ancho de lo que parecía desde el helicóptero, lo bastante como para que Damien pensara que sería un lugar magnífico para un picnic. Sin embargo, ahora no era el momento de admirar las vistas.

Damien se acercó con rapidez a Gael y a la pareja que estaba en el suelo. Tuvo que hacer esfuerzos para recordar sus nombres: el señor Reeds y la señorita Lefevre.

Gael estaba hablando con ellos, empleando un tono tranquilo.

—Mi novia está herida —le interrumpió a gritos el hombre—, mi teléfono no funciona, ¡llevamos horas aquí!

«¿Por qué la gente asume que su teléfono va a funcionar aquí como si estuvieran en mitad de la ciudad?».

Damien contuvo su irritación y se arrodilló frente a la escaladora postrada en el suelo. Las comisuras de sus labios estaban curvadas, pero tenía una mirada tranquila. Advirtió con alivio que estaba sujeta a la pared de roca con un mosquetón.

«Una cosa menos de la que preocuparse».

—Estamos aquí para ayudar, señorita Lefevre. ¿Puede contarnos qué ha pasado?

—Aline —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Aline —repitió Damien, que aceptó tratarla por el nombre de pila sin protestar.

—Estábamos escalando y haciendo una marca muy buena. Al menos para nosotros, que no nos dedicamos a la competición. Apoyé el pie en un asidero y de pronto sentí que se torcía. Oí un «pop» bastante característico que venía de la parte externa del tobillo… No he podido cargar ningún peso sobre él desde entonces.

Damien y Gael intercambiaron una mirada rápida. Aunque ambos mantenían una expresión neutra, estaban aliviados.

«Puede que no disfrute del viaje de vuelta, pero podemos moverla».

Sin embargo, el tiempo era de vital importancia, pues pronto se haría de noche.

El hombre miró a su alrededor con nerviosismo.

—¿Solo estáis vosotros dos? —preguntó, oteando por encima del borde como si esperara la visita de una plataforma voladora que los llevara mágicamente hasta casa.

—Solo nosotros. No se preocupe, señor Reeds, sabemos lo que hacemos —dijo Damien con confianza. Luego volvió a concentrarse en la mujer—. Aline, voy a levantar la pernera de los

pantalones para mirar tu tobillo, ¿de acuerdo?

Ella asintió y apretó los dientes para prepararse. Como esperaba, el tobillo estaba hinchado y completamente amoratado. Era una torcedura de grado III por lo menos, pero serían necesarios unos rayos equis para descartar una fractura de tobillo.

—Bien, genial —dijo para animarla. Hurgó en su kit de primeros auxilios—. No hay mucho que podamos hacer aquí arriba para que estés más cómoda, pero voy a ponerte una férula de aire en el tobillo para inmovilizarlo.

Aline no emitió ningún sonido mientras Damien deslizaba la férula sobre su bota de escalada, pero sus fosas nasales se dilataron de forma evidente. Le dolía mucho.

—Tranquila, ya casi está. —Hizo esfuerzos por mantener un tono de voz suave y amigable. Hablar con las personas rescatadas era todo un arte. Era importante encontrar el tono adecuado para tranquilizar e inspirar confianza, pero sin sonar condescendiente.

Con el tobillo inmovilizado, cerró la férula con cuidado y bajó la cabeza para soplar por el tubo de inflado. Aline inhaló con fuerza, pero ignoró el gesto; no quería hacerle daño, pero esto haría más soportable el descenso.

—¿Podéis bajarnos? —preguntó Aline, clavando los dedos en su brazo.

—Vamos a hacerlo, sí —le confirmó.

Tras él, Gael hablaba con el hombre con suavidad, mientras le pasaba una segunda cazadora por encima de los hombros. Damien se dio cuenta de que había estado tan concentrado en la mujer que no había prestado la suficiente atención a su pareja, cuyo errático comportamiento era, de hecho, compatible con un caso leve de hipotermia. Debía de haberse quitado su propio abrigo para dárselo a su novia en algún momento; solo Dios sabía cuánto tiempo había estado allí sentado en camiseta.

Damien cabeceó hacia Gael.

—De acuerdo. Vamos a enganchar esta cuerda a vuestro arnés y vamos a bajaros de uno en uno. No tendréis que hacer nada; a partir de ahora, nosotros nos encargaremos de todo. Simplemente, relajaos y utilizad los brazos para alejaros de las rocas si veis que os acercáis demasiado.

—No puedo… No creo que pueda hacerlo. —La nuez del hombre subió y bajó.

—Sé que puede, señor Reeds. Y tiene que ser ahora. Son las siete y media. Pronto estará demasiado oscuro para intentarlo y no tenemos el equipo necesario para pasar la noche aquí arriba.

Como si Damien lo hubiera orquestado, de pronto se levantó el viento. En cuanto se ocultaba el sol empezaba a hacer frío en las montañas.

—¿No podéis recogernos en helicóptero?

Damien sacudió la cabeza con paciencia.

—No hay ningún lugar para aterrizar, ni manera de subiros a uno con las medidas mínimas de seguridad. El helicóptero ya está esperándoos abajo para llevaros al hospital.

—Confíe en nosotros, señor Reeds —dijo Gael, que alzó la vista. Estaba preparando las cuerdas—. Hemos hecho esto antes.

—Todo va a ir bien, cariño —dijo la mujer. Pese al dolor, se había dado cuenta de que su novio lo estaba pasando aún peor en el interior de su cabeza—. Tú irás primero.

Su pareja reaccionó a estas palabras sacudiendo de inmediato la cabeza.

—No, no. Estás herida. Tú irás primero. Yo estaré bien.

«No tenemos tiempo para esto».

—Vamos a prepararte, Aline —dijo Gael, agarrando el rollo de cuerda estática que habían

traído y enganchándolo a su arnés.

—¿No es demasiado delgada para ser cuerda de escalada? —preguntó el hombre.

—Es cuerda estática —le explicó Gael con paciencia—. Nos viene mejor para esta situación.

—¿Estás lista?

Damien usó la radio para hablar con Drake, que estaba abajo.

—Vamos a hacerles descender, Drake. Prepárate. Aline irá primero. Tiene una torcedura bastante fea en el tobillo izquierdo. Lo hemos inmovilizado, pero no puede apoyar peso.

—Entendido. Rémy y yo estaremos listos para recibirla.

Trabajando juntos, Damien y Gael bajaron primero a Aline y luego a su novio. Para cuando ellos culminaron el descenso, había oscurecido. Damien deseaba haber traído consigo una capa extra de ropa.

La pareja ya estaba acomodada en el helicóptero, envuelta en mantas Mylar. Se susurraban cosas al oído con las manos entrelazadas; Damien recordó las palabras del gerente del albergue y confió en que la pareja pudiera contar aquella historia a sus hijos y nietos.

«O quizá rompan la semana que viene».

En cualquier caso, no importaba. Lo único que le preocupaba era que ambos pudieran tomar esa decisión. Esa era la razón más importante, y en el fondo la única, por la que él y su equipo hacían lo que hacían.

Damien miró el reloj. Probablemente su hijo ya se estaba preparando para irse a la cama.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, en primer lugar, ¡gracias a todos mis lectores! Sin vosotros, esto no sería posible.

Para los que me preguntáis por el lanzamiento del próximo libro, apuntaros aquí a mi lista de correo y seréis los primeros en enteraros.

Gracias a todos los que me habéis ayudado a que este libro vea la luz, entre ellos mi traductor, mi correctora, mis lectores beta, y Maria Spada, de *Maria Spada Book Cover Design*. Cualquier error que persista en el libro es cosa mía.

¡Gracias, y feliz lectura!